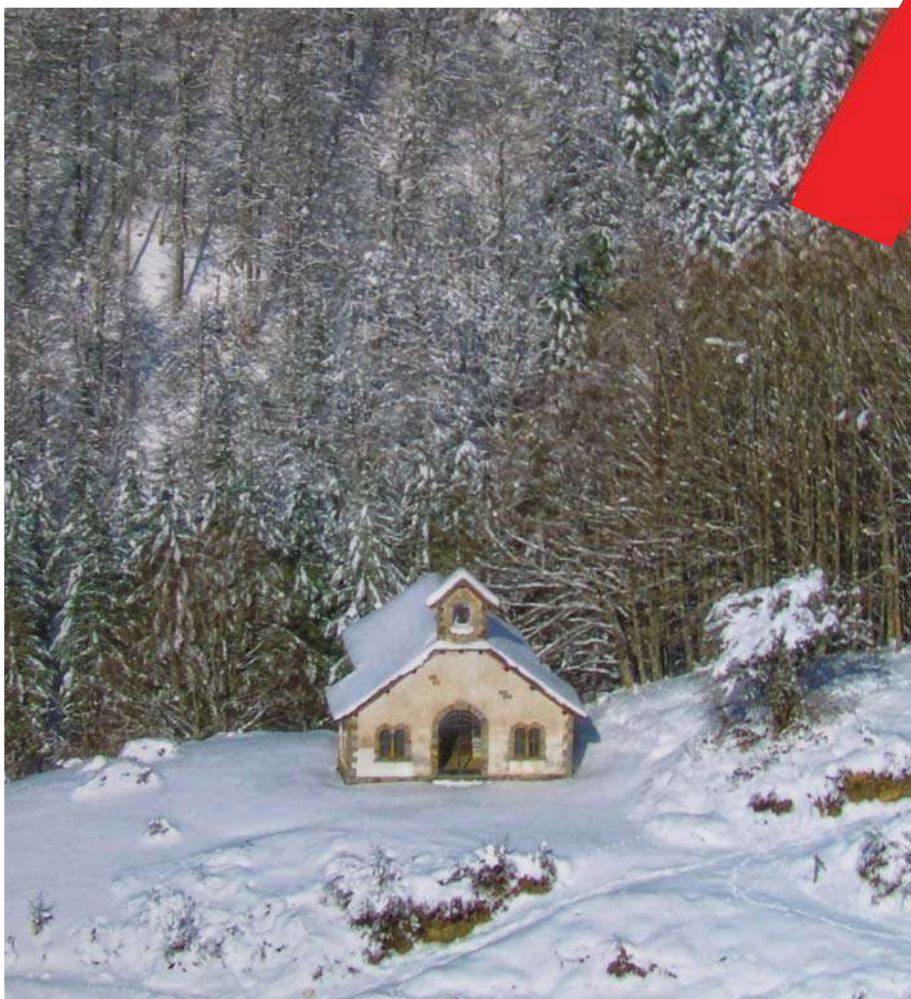


POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

XIII. DE ETXARRI ARANATZ A BAZTANGOIZA



POR NAVARRA

Muchos de esos artículos fueron publicados en Diario de Navarra. Algunos han sido corregidos y aumentados.

Edita: NAVALIC
Impreso en I.G. Castuera, S.A.
I.S.B.N.: 978-84-613-6063-5
D.L.: NA 3.185 - 2009

POR Víctor Manuel Arbeloa NAVARRA

DE ETXARRI ARANATZ A BAZTANGOIZA

XIII

CRÓNICA DE LA NIEVE

*H*oy cae nieve, una nieve derretida, amarillenta y sucia, escribía Dostoyevsky en sus *Memorias del subsuelo*.

Pero ésta de Pamplona no es aquélla de Moscú. Es la de hoy una nieve corpulenta, alba y original, que llena ya mi ventana y va formando los primeros y recios chinchurros que cuelgan de los alféizares.

Un nuevo mantazo de nieve ciega de blancor el horizonte, que llega hasta San Cristóbal, y está a punto de desaparecer la torre de San Cernin, único referente urbano que me queda en pie.

Los pinos y cipreses de la Vuelta del Castillo se han enfundado en su albornoz recién estrenado y entran también en la vorágine de luz cegadora que amenaza con engullirse esta precipitada tarde de diciembre.

Juan Panero, el menor de los grandes Paneros, tío de los Paneros ruidosos, decía sobre la nieve en la revista *Escorial*, noviembre de 1940:

*La nieve en flor derrama la blancura
en su manso caer alborozado.*

CRÓNICA DE LA NIEVE

*Milagro del candor en paz colmado.
Purísima doncella de la albura.
Bautismo de la luz y la dulzura,
el agua en oración ha derramado
la castidad del lirio immaculado
que es de los blancos cielos la clausura.*

Es difícil decir algo más bello sobre la nieve, y ese cuarto verso es inolvidable. Todavía en el segundo terceto acierta a llamar a la nieve *encendida alabanza de azucena*, y aún más exquisito es el penúltimo verso del soneto:

Silencio por la luz fortalecido.

Eso. La nieve es el silencio, lo he dicho más de una vez, pero hay que añadirle la luz del verso de Panero, que a estas horas está retrasando aquí, junto a la ciudadela, el impetuoso anochecer.

No pasa nadie y no pasa nada.

Se oyen unas campanas lejanas, lejanísimas, perdidas, hundidas en la nieve, viejos peregrinos exhaustos, cuando venían para aquí con sus toques de horas y campaneos de misas.

Al encenderse las farolas, nos damos cuenta de que a cualquier cosa hemos venido en llamar luz. La luz es la de la nieve, fortalecida por el silencio. Pero ahora la nieve enfría su propia luz, que no es del todo suya, hasta que mañana su amigo el sol, tan viejo como ella, le devuelva toda su prístina fermosura.

Algaracea.

Ha nevado a ratos durante la noche, pero ha amanecido Dios con sol y nieve, y los dos andan disputándose la mañana.

Como la temperatura está hoy también más templada, la gente cree que seguirá nevando. Se sorprendía Ángel Mari Pascual de que en Pamplona creyéramos que el mucho frío impida nevar, como si en la Europa central no nevara a 20 y 30 grados bajo cero.

Mi madre está toda preocupada por la ausencia de sus gorriones mañaneros, siempre puntuales a los maitines de las migas matutinas:

– Los gorriones no vienen. Igual ni ven.

– Cómo no van a ver. Ya vendrán.

Les abro una de las ventanas, y les ponemos las migas en el suelo, a ver si entran. Veo uno rondando el balcón de los tiestos, en la parte sur: les ponemos migas allí también.

Tres chavales corren con sus perros por los glacis. Los perros parecen lobos. Las personas cojean todas un poco. Como no hay hielo, nadie resbala imitando a los personajes de los cuadros de Holbein el Viejo.

Toda la ciudadela ha quedado amansada por la nieve: bastiones, revellines, fosos y antefosos, lunas y lunetas, blancos de candidez pacífica.

El corro de abetos aparece, según quien los mire, ya monjes rusos en traje coral de gala, ya dioses escandinavos preparando una de sus largas aventuras.

Cuando llega la salida de los colegios, los glacis y los anteglacis, junto a las riberas de la circunvalación, se llenan de esquís y de trineos, de balones y de pelotas, y comienza un variado espectáculo multiuso de colores chillones y deportivos, y de todo tipo de movimientos en trono a la nieve, con la nieve y por la nieve.

Cuando la chiquillería se va, quedan en el museo imaginario y fugaz de la explanada unos muñecos de nieve, en forma de profesores, con ojos grandes y hundidos, boca más grande y hundida aún, y un palo o varios lápices en el supuesto orificio de la nariz.

Al final de la mañana se despeja la nevisca de San Cristóbal; Sollaudi se clarea un poco, y a ratos se deja ver Juslapeña. Se ven volar gorriones y palomas entre los árboles desnudos del parque. En la

sierra de Tajonar hay ya pinos sin nieve. Izaga se cubre con cuatro capuchas blancas.

Pero mientras los poetas se pasan la vida describiendo y cantando lo que ven, los filósofos dudan de todo y lo dicen así, aunque pocos les hagan caso. Según Cicerón y Sexto Empírico, el viejo filósofo griego Anaxágoras de Clazómenas negó que la nieve fuera blanca, al ser agua congelada y ser ésta negra. Quería enseñarnos que los sentidos son limitados y las sensaciones engañosas.

En los glacis de la ciudadela ya se ve más verde que blanco, los muñecos se han deshecho, los perros ya no parecen lobos ni las personas cojean al andar. Las picazas suben y bajan.

Han vuelto los gorriones a donde solían.

Sólo los cortes camineros de la Higa aparecen nevados. Las ubagas de Alaiz están un poco más verdes. Sigue blanquísima la pirámide del Alto de la Cruz. El sol rebrilla en el pico sur de Izaga, y unas galeradas de nieve cubren la bóveda de la biblioteca universitaria en El Sadar.

Nieve hay aún en el frente occidental de Erga.

Han aparecido, después de estar perdidas entre la nieve, las iglesuelas de Ansoain viejo, de Elcarte y Larragueta.

Aralar se ve aún borroso, Ostiasco brumoso, Aliseto brillante, y en San Cristóbal se sacuden la nieve los últimos pinos. En Berriozar Alto levantan bien la cabeza los abetos que lo circundan.

Ya despejada de nieves, desafía a los soles la frente limpia de Malkaitz.

Los días y las noches, con nieves y neviskas, nos traen a la memoria cultivada todo un mundo de vivencias personales y de imágenes artísticas, que nos han ido posando los viejos relatos familiares, los poemas, las novelas, las películas, los sueños...

CRÓNICA DE LA NIEVE

La luz y la vida se debilitan al llegar el último otoño; el calor y la alegría desaparecen; llegan los días desabridos y las noches largas. Desde las grutas de Laponia baja el invierno de las tempestades, y ante sus pasos se enfunda la Naturaleza en una calma preocupante.

Los grandes lagos quedan atrapados; los ríos paralizados en su carrera alegre; suspendida e inmóvil la cascada en su despeñadura, y enmudecida la floresta.

La masa de nieve cubre los campos y llena los valles:

*Die Felder deckt, die Täler füllt
ein ungeheure Flockenlast,*

versos recitados con grave solemnidad por el tenor Siegfried Jerusalem.

A la manera tradicional —¿que más tradicional que la nieve?— Gottfried van Swieten, el libretista de F.J. Haydn, describió la fuerza del invierno nevoso, dentro de ese canto general a la Naturaleza, que es el oratorio *Las Estaciones*, fuente de inspiración de muchos poemas musicales posteriores, compuesto cuando el glorioso autor había cumplido ya 90 años de soles y nieves.

Pero el viajero —*Wand'rer*—, aquí como allí, no se pierde del todo en la nieve. Pronto ve la luz próxima: allí, la velada bullanguera de los paisanos al calor de la buena vecindad; aquí, el buen sol que desniva placentemente —demasiado pronto— los alrededores campesinos rurales de la capital, siempre resistente a todo lo que venga de fuera, incluso del puro cielo de diciembre.



EN ETXARRI-ARANATZ, TRAS JESÚS ULAYAR

En el año 1976 participé en un cursillo público sobre doctrina social de la Iglesia que organizó la parroquia en el cine parroquial, siendo párroco don Tomás Lizarraga, y en una mesa redonda sobre la situación política de entonces. La buena villa fronteriza, que había sido durante muchos años y sobre todo en los treinta una rocaforte carlista, había cambiado mucho, había sido muy trabajada políticamente y las tensiones se hacían evidentes entre el público participante.

El 16 de enero de 1977, el PNV quiso hacer de Echarri Aranaz la nueva Estella del 14 de junio de 1931: un lugar emblemático del poder municipalista vasco, pero no lo consiguió, por la prohibición del Gobierno de la Nación y por la poca asistencia de ayuntamientos navarros y no sólo navarros. A pesar de todo, en aquella reunión entusiasta, celebrada en el salón municipal de plenos, se anunció y proclamó claramente lo que el nacionalismo independentista vasco iba a llevar a cabo en los años venideros, como ya lo he explicado en otra publicación.

A mediados de febrero de 1979 acudí, junto a dos compañeros del PSOE, a un bar céntrico del mismo pueblo, para un mitin den-

tro de la campaña de las elecciones generales. Hubimos de suspenderlo a última hora teniendo en cuenta las circunstancias, que literalmente nos rodeaban. Dos años después, siendo presidente del Parlamento, visité Etxarri, como el resto de los pueblos de la Barranca; en la casa consistorial me recibieron el alcalde y el secretario de la Corporación.

Pasado el tiempo, recorrí los barrios y calles de la vieja bastida levantada frente a los malhechores castellanos de Guipúzcoa, queriendo situar los personajes y sucesos de la sectaria novela de Arturo Campión *Blancos y Negros*. Ya entonces las pintadas, los lemas de apoyo a ETA, o agresivos en las sedes de PNV y EA eran numerosos. Más numerosos aún y contundentes, si cabe, eran los que vi cuando, con unos amigos, asistí a una de las fiestas del Nafarroan Oinez, convertida la calle mayor en una exposición y exaltación de presos etarras y una de sus calles transversales en urinario público. Una tarde en que visité allí mismo a la familia de una religiosa a quien había conocido en Dakar (Senegal), siendo parlamentario europeo, nos destrozaron a la luz del día los faros del coche.

Vengo hoy, 19 de enero de 2004, con dos hijos del asesinado a recorrer los lugares de la vida y de la muerte trágica de Jesús Ulayar, víctima de la banda terrorista ETA, el 27 de enero de 1979. Faltan cinco días para el homenaje público que, a los veinticinco años del crimen, organizará la plataforma cívica *Libertad ya* en la misma villa.

Es una tarde fría y soleada de enero, con la nieve posada en las sierras de Aralar y de Satrústegui y arremolinada en las estrías, grietas y resquebrajaduras del acantilado de Beriain. Unos cúmulos níveos deambulan bajo el cielo azul y unos cúmulos-nimbos llevan brazadas de nieve a las cimas más altas.

Entramos en Etxarri por las casas baratas de los años cincuenta y sesenta, con geranios y begonias en las ventanas bajas.

—Esa es la casa familiar de los asesinos de Jesús Ulayar.

Hay paredes, como veremos luego en otros muchos espacios de la localidad, atiborradas de pintadas: *amnistia*, *gora Eta*, *presoak kalera* ... La efigie del preso etarra Bautista Barandalla, sellado con tinta negra, está por todas partes, con la leyenda *etxia* (a casa).

Ya en el centro urbano, enfilamos la clásica calle Larrañeta. El Centro de Salud está forrado de pintadas similares. También flanquean la ikastola Andra Mari y otros bloques próximos: *Policía asesina*, *Hau ez da Espainia* (Esto no es España), *Luis askatu*, y lemas a favor de la autodeterminación y de la independencia.

– ¿Quién es ese Luis?

– Uno de los asesinos de Fernando Buesa.

Miro la Barga nevada y el blanco peñón encaramado de Beriain para ver algo deleitable. Porque las pintadas que rodean el que fue polémico solar de las escuelas nacionales, que alberga hoy, como quiso el alcalde Ulayar, el frontón, la cafetería, la biblioteca y el hogar provisional del jubilado, son todavía más espesas. Muy cerca, los reacios sillares del elkartetxe o ceentro de EA, donde ondea la ikurriña, se manchan con negros zarpazos de ETA, *Gora ETA*, *EA-PNV abertzale faltsuak zarete* (... sois unos falsos patriotas). En la puerta del hogar del jubilado, otra pintada habitual: *PP-UPN, euskararen etsaiak* (...enemigos del euskara). Me dicen que el batzoki del PNV, que vi en su día pintarrajeado y cerrado, se vendió hace unos años: ya consiguieron algo. En la vecina casa consistorial, desde cuyo balcón tiraron el cohete festivo los dos asesinos recién salidos de la cárcel, nombrados antes hijos predilectos de la villa, no ondea bandera alguna, pero a los dos lados de la fachada se recuerda al preso Bautista Barandalla. El kiosco de la plaza está hoy limpio de los habituales retratos-banderolas de los presos etarras; sólo quedan restos de carteles y cartelones pegados a los muros.

Recorremos luego los nuevos barrios de Malkarramendi y Aldapasoro y luego la zona industrial, a lo largo de la vieja carretera, donde predomina la madrugadora Ufesa, hoy del Grupo Siemens, con sus dos plantas, por cuya estabilidad y permanencia trabajó tanto el alcalde Ulayar.

Volvemos desde Aritzalko por donde hemos venido, supera-

mos la regata Zurkillo y nos acercamos al altillo donde se asienta la Escuela Pública (Ikastetexe Publikoa) San Donato. La placa del título ha sido blanco de muchos perdigones y la versión castellana ha sido ensuciada y limpiada más de una vez. Me dicen que cada reparación le cuesta a la corporación local un pastón.

En una de los muros del cementerio, un dibujo con la cabeza de un guardia civil y tricornio está tachado por una equis, y se le juxtapone la dura interjección euskérica *alde* (¡fuera!).

Los restos de Jesús Ulayar Liciaga, católico piadoso y activo, trasladados de la primera tumba en tierra, reposan en una sencilla urna. En una placa de mármol negro, bajo su retrato se subraya en vascuence, la raigambre local de su familia y se pone en su boca un escalofriante resumen de su vida y de su asesinato. *No lloréis por mí*—se añade en castellano—. *Llorad más bien por vosotros y por vuestros hijos* (De la Pasión de Nuestro Señor).

Entre las inscripciones del amplio y ajardinado camposanto, con muchas fotos y muchos símbolos religiosos, locales y profesionales, no falta en uno de ellos el anagrama de ETA dentro de un mapa de Euskalherria.

En la parte oriental del pueblo, en el barrio Mundiño, vemos el edificio de tres pisos, que albergó la casa natal de Jesús Ulayar y el antiguo Círculo Católico que regentaron sus padres y, tras pasar por la Plaza de los guerreros (Gudarien Enparantza), entramos en la plaza del barrio de Maiza, con altos plataneros. La mitad de la casa en hastial al sur del anchurón, nº 4, Txartxenekoa, era la modesta vivienda de la familia Ulayar. No faltan en su pared bien caleada dos burlas infames: *Gora ETA (m)* y *Luis askatu*. Es el colmo de la desvergüenza de un ayuntamiento y de todo un pueblo, responsables de tolerar tamaña profanación. La ventana baja da a lo que era un estrecho cuarto de estar, que hacía a la vez de tienda de electrodomésticos, y contiguo a una pequeña cocina.

Por la puerta del garaje en la calle lateral Elgibel salieron, aquel 27 de enero de 1979, a las ocho de la tarde, Jesús y su hijo pequeño Salvador hacia la camioneta de casa aparcada en la plaza. Vicente Nazábal, escondido tras uno de los plátanos, le metió al padre cinco tiros en el cuerpo sacándole abruptamente la vida. Aún puede verse un impacto de bala junto a la puerta. A unos metros le esperaba en un taxi robado su hermano Juan. El pequeño Salvador siguió entre gritos y sollozos al asesino hasta el coche, pero lo perdió pronto y se volvió con el terror metido para siempre en el alma. El exacto lugar donde cayó la víctima lo cubren unos contenedores de basura.

Seguimos hoy la ruta que siguieron los criminales: tras pasar por delante de la iglesia, viraron frente al jardín de las monjas –sucio también hoy de pintadas etarras–, torcieron hacia la vieja tejería de Antonino, y continuaron por un camino rural hasta Arbizu. No tardaron mucho tiempo en ser detenidos.

Bajamos hasta la estación ferroviaria, bien aseada pero ya cerrada, donde ETA hizo explotar también una bomba incendiaria, cuando el jefe de estación y su familia dormían en el piso superior. Luego, por entre unos robledales prietos, altos y desnudos, salimos a la carretera de Lizarrusti, y por Lizarraga Bengoa llegamos a la autovía.

Miro de nuevo la nieve reciente y celeste de Beriain y San Donato, porque necesito ver algo limpio, algo puro, que me aleje de tanta crueldad, ferocidad y degradación inhumana. Malditos los que un día las cultivaron, sin arrepentirse, y todavía, sin arrepentirse, las cultivan.

ARTAZA Y URRRA

Artaza, duro de nombre encinoso; alto entre rocas de aldaya; verde de bosque hayedado; solo de soles silentes...

Volvemos a las Améscoas esta tarde de agosto; llegamos a las Ventas de Baríndano; pasamos el puente sobre el Urederra, junto al molino de Zudaire (hoy serrería). Por encima de los encinares descuella la torre, ahora sin yedras, de Gollano.

El pueblo se abre en una ancha avenida bien pavimentada, entre huertas y casas nuevas, que se va estrechando a medida que entramos, hasta aparcar a la sombra de la iglesia parroquial, nº 32 de la única calle que lleva el nombre de Santa María.

El techo del atrio cubierto está muy deteriorado, con las maderas al aire, y el suelo lleno de bolsas vacías de pipas y cucuruchos de helados. En el tablón de anuncios, puesto por el Concejo, aparecen los nombres de 34 vecinos, 9 más que en tiempos de Madoz, que entonces equivalían a 123 almas. Unas hileras de bancos de piedra invitan a sentarse sombriando.

Pero el poblado no termina aquí, sino que sigue subiendo y tras

él subimos, con Fidel y José Luis, dos cucos de esta tierra cuca, que llegan unos minutos más tarde.

El barrio alto, compuesto casi todo por villas recientes y alguna sin terminar, se recuesta bajo una loma, en cuya cima estuvo antaño la iglesia parroquial y aún sigue allí el cementerio, con sus dos cipreses devotos. Una estela, con una cruz rehundida en el centro del disco, que antes se hallaba en el interior del recinto, está ahora pegada a la pared meridional, en el centro de un banco de piedra, que los paisanos llaman todavía el banco de don Román (aquel párroco célebre).

A nuestros pies se hunde el barranco Errecazulo, por donde serpea el arroyo Mendi, que separa la loma y el pueblo somontano de los escarpados taludes de la sierra.

Desde las Peñas de las Monjas hasta los crestones de Larraiza, contemplamos el gigantesco faldón almenado de Urbasa, guarnecido de hayedos y robledales –la aldaya–, con cimas, rasos, quebradas, barrancas y collados, que llevan desde hace siglos nombres euskéricos, a veces enigmáticos, como Arrepuya, Igarate, Gaezmendi, Ichasi, Iturza, Murgaga o Igunarte...

A nuestra derecha, ya sombreado, el farallón encrespado de San Cosme, que oculta en sus hondones el barranco y la cueva de Basaula. Fueron estos parajes, aún lo son en parte, escenarios de pastores, vagabundos, carboneros y ganaderos. También de guerreros, como ya ha contado el viajero alguna vez. Y de cazadores de bestias salvajes, como el lobo. De Artaza era el famoso León Aramburu, quien, el 10 de diciembre de 1923, apostado en una senda próxima a la Venta Zumbelz, a la espera del jabalí, mató al lobo feroz, que durante un decenio había sido la pesadilla de los amescoanos.

En la loma, que se despeña en su límite sobre el Urederra, crecen ejemplares de encina verdaderamente ejemplares. En la ladera cercana a las nuevas casas están los más frondosos y de bellota más

dulce, y por eso el lugar se llama Artegocho (de gozo, dulce, sabroso).

Cuando paso cerca de su casa, recuerdo al querido Crescente, que fue el primer alcalde de Améscoa Baja en nuestra recién estrenada democracia.

Fidel me habla mucho del hermano de Crescente, don Román –ya lo hemos visto–, que fue cura párroco aquí, conocido por su celo religioso; un tanto extremoso como solía ser la clerecía en aquellos tiempos, y por sus muchas ingeniosidades.

– Era muy repentino –dice una y otra vez Fidel.

Más larga fama arrastra otro cura de Artaza, el legendario don Cástor, de quien un día hablará el viajero con todo lo que de él ha recogido el patriarca de las Améscoas que es don Luciano.

A don Cástor, natural de Baquedano, le tocó en 1891 inaugurar la nueva iglesia, tras incendiarse la anterior. Conserva trazos y trazos de siglos precedentes, como la torre, la portada, la pila de agua bendita, la gran cruz procesional gótica y una Andra Mari espléndida, a pesar de retalles y repintes, del siglo XIV.

Son mucho más recientes los focos de la calefacción y las campanas eléctricas.

Puestos en ambiente, José Luis y Fidel cuentan y no acaban anécdotas de don Cástor y don Román, como cuando éste recriminaba desde el púlpito no sé qué entuerto y apuntaba a un banco en el que se sentaban tres hombrazos:

– En ese banco está, y no en los orillos.

Levantó don Román sobre la sacristía una sala de estar con bar y televisión, que ha servido de centro social durante muchos años.

Cerca de la iglesia, la casa de Sáez de Jáuregui, o casa del pastor, tiene dintel del siglo XVI con escudo del XVIII: rey sedente portando espada, doce cañones enfrentados y tres árboles.

Rincones antiguos, casas con parras, malvas reales... Unas huertillas que se riegan con el agua sobrante del depósito.

Junto a unos cobertizos con leña y una casona vacía con huellas de horno exterior, está el lavadero antiguo, lleno de agua, que viene de una fuente de dos chorros. Aquí tiene lugar, durante las célebres fiestas patronales de Artaza –las antiguas mecetas– la pesca de truchas, que la piscifactoría de Zudaire pone a disposición. Dos chicas meriendan pan con chorizo.

Subimos todavía más, hasta el palacio de Urra, a 720 m. de altitud, donde saludamos a los hermanos palacianos: Javier, Urbana, Alejandra y el P. Ángel (faltan dos hermanos escolapios), que han conservado, mejorándolas, las mejores tradiciones palaciegas.

Como éste no es un palacio de hadas, en el salón de recepciones hay también unos panes, unas manzanas y unas naranjas.

Fue un antiguo señorío y el palacio era considerado a comienzos del XVIII cabo de armería. Construido en el siglo XVII, aprovechando estructuras y materiales anteriores, es un bloque horizontal de cantería entre dos torres cúbicas de sillarejo, todo él recientemente enguapecido. En el campo del escudo, tres calderos, entre serpientes con garras de ave y cabeza de perro. Dentro de sus espesos muros habitaron los Ochoas, Beltrán de Albizu, y los Urra hasta mitad del siglo XVIII.

A un tiro largo de piedra del palacio, a derecha e izquierda, hay otras dos casas de labranza con corrales y pajares. La finca señorial, que los actuales vecinos, antes arrendatarios, compraron en su día, y

se repartieron a partes iguales, tiene 235 robadas de terreno labrantío y 860 de monte (roble, hayedo y castaño).

– Sí, en los castaños hay muchas ardillas.

De los veintitantos habitantes que fueron en tiempos pasados quedan nueve, todos mayores, algunos ya retirados, y, lo que es peor, empelazgados entre sí. Han tirado adelante con el cereal, el ganado, la madera y alguna huertilla. En 1952 pusieron, a su cargo, la luz, y en 1989 el teléfono.

Los palacianos proceden de Eguino y Heredia (Álava) y hacen algunos aspavientos sobre los seis millones que ha costado la renovación del edificio, de los que han tenido que pagar casi un tercio.

Javier, que tiene mucha alma, nos enseña luego la iglesia de la Asunción, entre ciruelos silvestres, achunes, matorrales y saúcos (inchusas). Construida hacia 1200, conserva, en parte, su factura original. Una talla gótica de San Pedro, esbelto y un tanto atroncado, preside el presbiterio. La venta de algunas piezas del retablo barroco le amargarón a don Román sus últimos días. Ya el origen de ese retablo fue tema de conflicto en su día entre el rector de Gollano –de donde dependía la iglesia de Urra– y la señora de Urra.

El último sol de la tarde se sube a las torres del palacio y nos recuerda-refleja la resistencia de las cosas y la fragilidad de los hombres.

¿Pero de qué sirven sin los hombres las cosas?

VIERNES SANTO EN CINTRUÉNIGO

Como es todavía pronto, seguimos un poco más lejos. El barranco de la Nava tiene un fondo barroso. Parece que nieva por la parte de Cervera y Aguilar. Antes de llegar a Valverde tenemos que volver: nieva y, más que todo, no se ve.

– La helada va a ser de aúpa, dice el más experto de nuestros meteorólogos.

Dejamos el coche en la calle real del Barón de la Torre, y, dejándonos guiar de la torre parroquial, vamos hacia la iglesia. Bajo unas letras grandes, que dicen Domingo de Ramos, un cartelón junto a la puerta de una tienda anuncia un Espectáculo taurino. Arte navarro y joven en busca del Sur.

Por las calles Caballeros y Cortesa no pasa un alma. En la esquina e Caballeros nos quedamos mirando una casona barroca, una de las muchas que hay en la villa, con sus balcones, arquillos, y blasón de piedra con yelmo y mascarón. En el balcón principal de la casa consistorial lucen las cuatro banderas, y yo las veo tan tristes que me parecen a media asta.

A la plaza de San Juan Bautista, antiguo cementerio, se abre la puerta sur de la iglesia-catedral, que tanto le gusta al viajero. Encontramos gente conocida, algunos forasteros como nosotros.

Personas de toda edad andan en torno a los pasos, colocados para la salida por la puerta principal, ahora cerrada, y el bullicio va subiendo a medida que se acercan las ocho. Van y vienen cofrades con velas y cirios en mano, costaleros con el hábito en una bolsa, y otros devotos y curiosos. Desde abrigo invernales a camisetas floridas, el desfile es muy variopinto. Ahora entran dos curas muy jóvenes, con collarín.

Los pasos están adornados con claveles blancos y rojos, calas y gladiolos, mayormente. Una música sacra y sosegadora pone a través de los altavoces el tono propicio. Cada cofradía tiene una peana o andas y se encarga de prepararla para hoy, de ornamentarla, y alumbrarla: antes con cirios y hachas, y ahora con tulipas y farolas.

Abren la fila la talla procesional barroca de la Oración del Huerto, la también barroca de Jesús con la cruz a cuestas, y la de comienzos del mismo siglo XVII, del Cristo a la columna; las tres del retablo que lleva este último nombre. Los expertos catalogan el Cristo a la columna entre las obras del círculo de Juan de Biniés, que parte del cuerpo perfecto del romanismo para tallar los más realistas y serenamente expresivos. Cristos sufrientes de Murchante, Cortes, Buñuel o Corella.

Vemos una imagen menor y un poco extraña, como la de un jesuita antiguo, y preguntamos a una mujer.

— San Juan Evangelista —nos dice—. Le llaman San Juan del águila.

Es verdad. Todo es tosco: el águila, la pluma, el libro... Junto a él, otra imagen menor, la Verónica, con la efigie de Cristo colgada del cuello, en paño blanco sobre el fondo negro del vestido.

Del retablo del Crucificado, en la nave del evangelio, han sacado hoy el Cristo, del primer tercio del XVI, ya sin el fondo decimonónico de la Jerusalén celeste, como en su altar. Él solo es un paisaje agónico, estremecedor: el cuerpo sangrante, los cabellos empa-

pados en sudor, el costillar numerable a la intemperie, la boca en sus últimos estertores. Más patético que el bellissimo Cristo muerto, de Biniés –venerado en un altar próximo–, el propio escultor y el pintor, Juan de Lumbier, lo donaron a la parroquia para la procesión del Jueves Santo, suprimida ya por los años veinte.

También al retablo barroco de su nombre pertenece la Soledad, imagen de candelero, del maestro fiterano Marcos de Angós (1728), autor a la vez del Cristo yacente –el Sepulcro o el Cristo de la cama–, adosado habitualmente a la zona inferior del retablo.

La señora que nos ha ilustrado sobre san Juan Evangelista nos dice que antes había muchos más pasos que hoy, pero el anterior párroco dijo que era un alarde y los han ido suprimiendo poco a poco.

– Por ejemplo, los niños judíos, vestidos de samaritanos que llevaban el Hosanna. Y los enlutados de los tricornos. Y el estandarte de las Cinco Llagas...

Ni se sabe donde está ahora todo eso. Se queja asimismo la piadosa paisana de que ya no se pone el monumento del Jueves Santo como antes, cuando hacían los turnos los centuriones. No le preguntamos el nombre del párroco, porque, como en el cantar popular, nosotros no somos de la parroquia, y, además, por lo dicho, ese párroco parece que han sido varios, en tiempos diversos.

Damos una vuelta por los ricos altares, donde pusieron sus manos primorosas Esteban Obay, Guillén Obispo, Pedro de Aponte, Biniés, Lumbier, Casanova... Si pudieran sacarse, junto a las hermosas tablas, los tableros del banco del retablo mayor, del pintor aragonés Aponte –vividlos, dramáticos, luminosos–, con esos sayones, soldados o fariseos, brutales, gritones, ridículos, nuestra piadosa interlocutora no echaría en falta lo que el anterior párroco se llevó, y todos iríamos a ver la procesión de Cintruénigo.

Nos habían dicho que los alabarderos salían de casa del capitán, allá lejos, en los Paseos, y preferimos esperarlos.

Vienen por la plaza de las Carnicerías acompañando a la corporación municipal, no sé si después de tomarse el aperitivo de olivas y vino, como en otros tiempos.

Abre la marcha el abanderado, en la mano derecha el banderín negro, sombrero de hongo del mismo color, y capa también negra, con bordes rojos y verdes. Siguen detrás ocho parejas de alabarderos o centuriones con yelmo de morrión y visera, coraza gris, faja azul y roja, manguitos plateados y guantes blancos, faldilla larga, medias y alpargatas negras. Mueven con la mano derecha la negra alabarda, rematada en la blanca moharra, al ritmo del redoble del tambor.

Es este pueblo de frontera, con su viejo castillo y su Hermandad de Ballesteros de la Santa cruz –la única que nos queda en Navarra–, un pueblo amante de las tradiciones, que han sabido conservar a pesar del crecimiento de la población y de su enriquecimiento agrícola e industrial. Pueblo también, un día, de capuchinos, los mayores del lugar recuerdan bien los ejercicios dominicales de cuaresma en la iglesia conventual, con los cofrades vestidos de túnica y capillo negros, portando los atributos de la pasión, y, al final, los dos entunicados, uno con la calavera y la vela, y otro con el Crucifijo:

– Acuérdate, hermano, que has de morir.

– Este es el Señor que nos ha de juzgar.

Nos colocamos discretamente en un callejo cercano a la salida, Cantón de la Villa, debajo de un balcón y junto a un ángulo que nos separa de la gente agolpada en la acera cercana.

Se oye una música fuerte, que parece de la banda o de algún disco puesto a la salida de la iglesia. Abre el cortejo un monaguillo con la cruz y otros dos con cirios. Un mozorro con un farol precede al primer paso de La Oración del Huerto, llevado por cuatro jóvenes,

dos entunicados y dos sin entunicar. Doce cofrades con farol alrededor, algunos sin capucha, dos mujeres entre ellos, y luego devotas y devotos con velas en la manos. Cada paso lleva su música, que en éste es fuerte y un poco movida. Dicen que antes el Huerto de los olivos iba lleno de frutas y que después de la procesión los cofrades se las llevaban, bendecidas, a casa.

Llevar el Cristo a la columna, dieciocho costaleros, algunos descalzos. Tras el Cristo con la cruz a cuestas, entre entunicados blancos con capuchas granates, camina un chico con túnica y cruz al hombro.

Pasa el Cristo en silencio, en su peana sobre ruedas, los brazos extendidos como remos rotos, como alas quebradas:

*Con esos brazos a la cruz clavados
has hecho, Maestro carpintero, casa
de Dios a nuestra pobre tierra, dándole
morada a nuestro suelo.*

Seis adultos, entre ellos nuestra informante, y cuatro niños siguen al San Juan del águila. Acompañan al Sepulcro, también rodado, lívido entre varias series de tulipas, los alabarderos: paso solemne, secos tambores.

Y tras la Dolorosa, consolada de claveles blancos, tres sacerdotes jóvenes con capas pluviales, y el Ayuntamiento, presidido por el alcalde con gabardina oscura. Cierra la procesión la banda municipal con una música severa y solemne.

Volvemos por la calle de las Espeñas, vulgarmente el Paretón, una nueva y cómoda travesía que remata el talud sobre el río y sobre las huertas. Hace frío, bajo unas nubes blancas iluminadas por el lucerío de la villa. Espinos en flor y olmos verdeantes. Llegamos a la calle Larga para ver de nuevo el paso de los pasos entre galerías de arcos y austeridad arquitectónica.

VIERNES SANTO EN CINTRUÉNIGO

Al salir de Cintruénigo, la luna tiene un velo tristón. Aún llegamos a tiempo de ver, en la cuesta de entrada a Corella, la segunda parte de su clásica procesión. La gente sentada en las aceras sigue llevando mantas. Vemos de cerca la canallada de la botella incendiaria sobre el palio de la Dolorosa. La gente se asusta pero luego reacciona. Y sigue la procesión.

Una barbarie más en el vía-crucis de los siglos.

DE CARCASTILLO A GALLIPIENZO

Salimos por el camino de Larrate, una vieja querencia del viajero, en el término de Arcalete, frente al El Pinar, término de Murillo el Fruto al otro lado de la corriente.

La última vez que pasé junto a la orilla del río estaban los espinos en flor y no parecían espinos. Los sauces se miraban otra vez verdes en el espejo del agua, la hierba estaba cencida, las malvas aparecían recién pintadas, los álamos y los fresnos como nuevos, y los mirlos ya habían estrenado sus flautas. Ni siquiera los trozos de plásticos negros, rotos y quemados, esparcidos por doquier, incluso por las ramas de los árboles, o el pudor de algunas almajaras podían oscurecer la belleza universal de la primavera, vivísima en el primor de las flores frutales y en los primeros violines de los pájaros.

Ruidoso y valiente va hoy el río Aragón, después de una semana de lluviazos, zaleando troncos y ramas. La presa de Gamazos está enorme, como si estuviera doblada, y anegados arbustos y juncales. Inmensa dentadura blanca de la cascada, riente el agua que salta como si asaltara una trinchera imposible. Las innumerables gotas de agua salpicada levantan una columnilla de humo blanco, fluvial, evanescente. Los sauces tiemblan en las orillas. Los viejos álamos torcidos y avezados no se arredran. Han desaparecido los espigones de gravas y limos. Mirarlo todo desde el morón, encima de la toma de

la acequia que riega el regadío bajo, es gozar una visión que sólo en la geografía navarra nos da el Bocal en Fontellas.

Con razón el viejo letrado, unos cuantos metros más bajo, advierte: *Zona de variaciones bruscas del nivel del agua. Es peligroso entrar en el cauce del río.* Hoy nadie se habrá atrevido a hacerlo. Dos jovencitos amartelados, que han venido hasta aquí en coche, no han pasado de los bancos de piedra después de haberse quedado embobados mirando al río

*El amor es como un río
que no sabe cómo crece.*

Andamos nuestro camino entre campos amaizados y trigales con las espigas ya cabeceadas, ceriondas. Hemos dejado Larrate a nuestra derecha. Los pies se nos enredan entre viboreras, floridas blancas y amarillas, amapolas, margaritas, cardos rosados. Anchos campos de cereal junto al río y algunas hazas regadas. Pasamos cerca de él y luego nos alejamos.

Próximo a nosotros, hacia el este, el cabezo Puylato; poco más allá la elevación de La Saga y detrás, las Bardenas de Cáseda. A la otra ribera del río, los montecillos de La Sierra y Santa Agueda (661 m.), en tierras de Murillo. Estamos ya en el término de Antoñanzas y pronto vamos a dejar el terreno plano para bordear el terreno levantado que desde la Sierra de Peña (929 m.) en Javier, y de San Pedro (892 m.) en Cáseda, va extendiéndose en derredor hasta llegar a orillas del Aragón.

Tenemos a nuestra izquierda la cordillera de Ujué, que avanza en dirección NO-SE desde la villa mariana (815 m.) hasta arrodillarse cerca del río, en Alto del Pinar y Muga Baja empujando hacia el cauce fluvial como señal de rendimiento los barrancos Muga, Aldunate, Lezain y Azandiet. A la altura del Pinar de Cáseda, que nos oculta el poblado de San Isidro del Pinar, el camino atraviesa el flanco occidental de la meseta, entre pinos, enebros, ollagas, encinos, coscojas. Junto al río, campos de cebada. Los ribazos están llenos de amapolas y margaritas grandes. Un coche blanco sale de una pista lateral y desaparece. Es el único signo de vida humana que vamos a ver

en toda la travesía. Varios terrenos panizos. Junto a un viejo corral, una oveja cerrera y sola.

El camino se adentra más aún entre pinos y enebros, coscojas y escambrones, sobre un suelo rocoso ascendiendo ligeramente para volver pronto a descender. Ya no oímos el río. Va hacia el Aragón una canaleta de agua de riego tomada del Canal de las Bardenas, que atraviesa tierras de Cáseda para internarse en las de Carcastillo. Si miramos al fondo de la gran cañada, nos cierran la vista los montes de Gallipienzo y Ujué, compactos, atrincherados, azulosos por arriba y verdiamarillosos en los declives. Colores para un pintor como Zuloaga. Si miramos a la derecha, ahí están los montecillos Centenale (545 m.) y Malcuerno, estribaciones de la sierra de San Pedro. Si a la izquierda, el Jurío (724 m.) en medio de la sierra de Ujué. En un tramo de sembradíos, ribazos y senderos, sin árboles, van y vienen, activas y festivas, las orondas calandrias, las acrobáticas alondras, las coquetas cogujadas, pensando ya, a su manera, en los filleznos.

En los bordos del río nos llama la atención unos edificios antiguos en medio de un paraje risueño y acogedor, con álamos, alisos y mimbreras en la orilla. ¿Fue un molino, una ermita, una casa de campo? ¿La Torraza de Gallipienzo acaso? Nadie sabrá decírmelo. Una puerta de medio punto, una ventana amainelada, una escalera que sube hacia una torre baja dan fe de su nobleza labriega. También una higuera seca. Quedan paredes de piedra y adobe. Y se aprovechan de todo unos corrales contemporáneos

Dejamos el enigma. Unas colmenas encajonadas en un rasillo del pinar. Pasa un regatillo silente. Campos de labor. Un lavazo. Otras piezas recién trabajadas. El río, serpenteante, unas veces nos coge cerca y otras nos lanza lejos.

El camino que no cesa se nos hace a ratos dudoso. ¿Vamos bien, vamos a alguna parte? ¿Es posible que no pase nadie? *Ser de un mundo perfecto / donde el hombre es extraño*, rezan dos versos de Luis Cernuda. Unos corrales abandonados. Una serna larga, con las espigas ya amarilleantes, se extiende cerca del río. Al pie de un altillo se espesa un bosque de madroños, una de las especies de la laurisilva del período terciario que nos quedan. Lanzales chopos negros se cim-

brean sobre un río barroso, que parece plateado al dar con las losas del suelo. Vemos un pequeño olivar, el primero que hemos visto durante la picada, pero en las laderas del otro flanco hay algunos más, entreverados de almendrales y algunos alcaceres. Nos parece ver la hondura del barranco Andiaga que se despeña bajo el monte de su nombre, al sur de Chucho Alto (932 m.). Todos los montes, montecillos, colinas, lomas, cabezos, tozales, están clavados de pinos.

Seguimos al río, pista ondulante, más segura que la pista caminera, hecha a medida de aquélla. Nuevo madroñar junto a un lentiscar anejo, y en la ribera una chopera desmelenada que da gloria. Las aguas del nuevo regolfo son quietas y mansas; no parecen proceder de las últimas torrenteras.

Un corral grande me recuerda al paciente y sobrado cabrero de Gallipienzo, el de la historia hecha leyenda —otros hacen de la leyenda historia— que un día rememoré recorriendo los lugares de las penas y las iras cabreriles de la mano segura e industriosa del gallipienzano Javier Sagüés. Lástima que desde entonces, que yo sepa, no se haya aprovechado esa inspiración popular y sugestiva para revivirla y disfrutarla. ¿Ni siquiera por motivos turísticos?

El viajero ha cantado a este pueblo montano y bravío una y otra vez y no puede repetirse. Pero, eso sí, con emoción y regusto reatrapa este conocido y varias veces pisado camino viejo.

Desde Chucho Alto la cadena de montes desciende hasta los 543 m. donde se asienta, o cabalga, mejor, el pueblo viejo, defendido por su Pico, que llega a los 613'7. El Aragón, río pirenaico, nival y fronterizo, da su mayor rodeo y juego de aguas frente a este lugar roqueño, históricamente fronterizo también; pasa sosegado y prudente bajo sus acantilados y junto a los follajes dormidos de las riberas, para dispararse poco después, ya bien encajado entre agrestes contornos y sin humanas servidumbres, hacia las feraces y anchurosas tierras aluviales de la Ribera navarra, contoneándose a su antojo, a sus anchas, poderoso reptil del tiempo de los mitos de creación, que lleva a todas partes vida, poder y belleza. Bien acompañado de alisos (árbol contra la rabia, en griego), fresnos, mimbreras, chopos negros, álamos y sauces blancos.

Estamos en el término de Zabaleta, que habla de anchos campos, bajo el monte Caparreta (666,5 m.). La tarde está a punto de apagarse y dejarnos. Zancajeamos hacia la presa, la central eléctrica, la central de la cueva y el llamado puente romano, entre playas de grava, islas y arenales que colonizan los sotos:

Siempre los ríos han hecho pensar a los filósofos, no sólo a los amarridos, y pocos poetas se han resistido a cantar, a llorar, cuando no, al menos, a escribir unos cuantos versos serenos, como éstos del *Arte Poética* de J.L. Borges, inspirados en la ancestral imagen de la vida y del tiempo como ríos interminables y a la vez, ay, tan inconstantes:

*Mirar el río hecho de tiempo y agua
Y recordar que el tiempo es otro río,
Saber que nos perdemos como el río
Y que los rostros pasan como el agua.*

Por eso los ríos son algo más que bellos.



EN SAN MIGUEL, CON BERNARDO ECHAPARE

Salgo de San Juan de Pie de Puerto, a media mañana, por la *Route de Saint Michel*, bajo un cielo incierto que pone un punto de incertidumbre en todas las cosas. Desde Mendiguren (233 m.), la colina de la ciudadela, se estira la tiramira, entrecortada de collados, con las cimas del Cherrango (299 m.), todo verde y punto geodésico, y del Harispunta (282 m.), tapizado de helechales sepia.

Paso entre villas vistosas, de viejos nombres vascos: Errobia, Etchebestia...; algunos clásicos, como Saint Michel, y otros más modernos, recuerdo tal vez de algún emigrante, como California. Entre granjas y praderas. Un poco más adelante, un establo tradicional de vacas.

A mi derecha, unas nubes torvas se arremolinan sobre el rocoso macizo de Mendiola, que va alargándose, tras el bosque de Larra-mendi, hasta el Orisson, Hastateguy y nuestro Astoburu. A mi izquierda, el macizo de Handiamendi, más pelado, otoñado en los bajos por el helechal. Una lluvia menuda abejea, al fondo, sobre el Yramendy, que se entromete entre los bosques de Bihurry y Har-chury.

Un perro me ladra, furioso, saliendo al carretil. Me agacho a co-

ger una piedra, algo..., y el animal, que tiene grabada en su código genético esa imagen de amenaza y miedo, se echa para atrás.

Granja Alcía: *Ici foie gras et confit de canard*. Ocas a un lado y a otro. Varios edificios y corrales. Venta directa y degustación. Zarzales con moras en los ribazos. A la altura de Antonea, comienza el sirimiri. Un corral de ovejas. Casas nuevas a los dos lados. Entre la cortina transparente del orvallo, veo la torre y la parte alta de Saint Michel (Ehyeralarre). Primero, se llamó San Miguel de Pie de Puerto, o San Miguel de Cisa. Después, Saint Michel-le-Vieux o San Miguel el Viejo.

A la derecha, un carril sube al Camino de Santiago que viene de San Juan, y otro lleva a los caseríos. Se anuncia el queso Ossau-Iraty, que se vende en el de Ithurburúa, a tres kilómetros y medio. El cementerio reposa entre praderíos.

Al llegar al puente sobre el Nive de Beherobie, la aguarnechida es ya aguacierzo. Por una calle lateral entro en la calle Mayor y me refugio en la escalerilla que da a la galería del frontón cerrado. Está construido tras una casa de dos plantas, en cuya pared una placa, con foto, conmemora a Larramendi: *Martín Goeneche Pertsulari zenari eskual herriaren orhoitzapena, 1870-1935. Egina 13-VI-82* (A Martín Goeneche, "Larramendi", ex bersolari, homenaje del pueblo vasco..., hecho el . . .) Resuenan los golpes de la pelota contra la pared. En la fachada frontera, una inscripción en el portal bajonavarro lleva fecha de 1790.

Calle Mayor. Casas sencillas. Entrada a la escuela, con patio al fondo. *Mairie/Herriko Etchea*.

Una plazuela asfaltada hace de atrio de la iglesia. Los muertos del pueblo en la primera guerra mundial fueron cinco; en la segunda sólo uno. El monumento recoge sus nombres y su muerte en acto de servicio, *pistearen esperantzaz* (con la esperanza de la resurrección).

La placa, de mármol blanco, que recuerda al que fue párroco de Saint Michel, está sostenida sobre una de las columnas del pórtico: *Bernard d'Etchepare Eskuerako Liburuzeharrearen egilari* (1545) (A Bernardo de Echepare, autor del libro más antiguo escrito en vasco). Encima de la inscripción, una figura de un hombre desnudo, al parecer, y de espaldas, con las manos levantadas, y unas letras al revés (*adi al-di euskara*), que remedan malamente los dos primeros versos de su famoso *Kontrapas*:

Heuscaraljalgui adi campora
(Lengua vasca/ sal fuera)

Los que pusieron la lápida debieron de juzgar poco importante que el poeta fuera párroco de San Miguel.

Mosén Bernat, Bernard, Bernart, Bernar (Bernardo) Echepare o Echapare, Dechepare o Dechapare (¿de *Etchecapare*= casa hidalga?), ilustre apellido en Cisa y en todo Untrapuertos, nació tal vez en Sarrasquette o Sarrasqueta, a 5 kilómetros de San Juan, o en otro lugar cercano.

Sabemos documentalmente, gracias a José María de Huarte, que en 1516 era rector (párroco) de San Miguel el Viejo, y, dos años más tarde, vicario general de San Juan de Pie de Puerto; cargo judicial, provisto por el obispado de Bayona, con el visto bueno del virrey de Navarra. Este último y el Real Consejo de Navarra le tenían por hombre hábil, letrado, de virtud y buena fama; más celoso y riguroso, en cuanto a disciplina de la clerecía atañe, que su predecesor Pedro de Mendicoaga. Además, les merecía toda la confianza —*muy servido de Su Magestad*—, habiéndose servido de él, en ocasión delicada, como confidente.

Como el obispo de Bayona que lo nombró, Bertrand de Lahet, murió en 1520 y, visto el empeño del virrey por confirmarlo en su cargo, parece que siguió desempeñándolo después de esa fecha. La vicaría no le impidió ni su residencia ni su labor personal en San Mi-

guel, pues tenía sus audiencias en San Juan, a 3 kilómetros de su casa.

El buen rector y vicario iba escribiendo en el dialecto bajo navarro oriental, si es que no tenía ya escritos, versos de amor –y también de desengaño–, y sus versos sacros, más bien catequísticos, parte principal de su futuro libro, *Linguae Vasconum Primitiae* (Primicias de la lengua de los vascones). Alguno de los sabios críticos que le han estudiado –Stempf, Urquijo, Schuchardt, Lewy, Lafon, Altuna, Villasante– piensa que los poemas XIV y XV (*Contrapás* y *Saltarel*), en exaltación del vascuence, y, no digamos, el XIII (*La Canción de Mosén Bernardo Echapare*), fueron posteriores a todos los demás.

La *Canción*, dolora personal y apasionada, sigue siendo un tanto enigmática. El hecho es que, delatado ante el rey, éste le llamó urgentemente al Bearn (a su corte de Pau, seguramente). Inocente, se defendió honrosamente (*ohorezqui*), pero sufrió larga cárcel, el mayor de los males. Pero peor es el infierno, y, quién sabe, si no estuviera en prisión, quizá hubiera muerto a manos de sus enemigos, como otros. Acongojado ante el hecho de que algunos están siendo ejecutados en la ciudad, pide a Dios el favor de salir con vida:

Gathibutan hil enadin; guizon oguen gabia

(Para que yo, inocente, no muera en la cárcel...)

Hay un consenso entre los autores para atribuir la encarcelación al rey de Navarra Enrique II de Albret, casado después con Margarita de Angulema (Margarita de Navarra), dada la actitud y la actuación política de Echepare en aquel momento y lugar tan críticos. El rector y vicario, tan buen servidor de Su Majestad, Carlos I, como buen *beamontés* y *pro castellano* (Orella), pagó cara su lealtad.

Siendo tan trágicas las circunstancias, parece que el proceso y la condena pudieron tener lugar tras la capitulación de la fortaleza de San Juan, el día 15 de mayo de 1521, ante las tropas francesas y

agramontesas del señor de Asparrós, a las órdenes del rey Enrique, que conquistaron Pamplona nueve días más tarde. Y antes de que los hombre de Diego de Vera reconquistaran, al asalto, para el emperador la plaza de San Juan, a mediados o finales de julio, tras veintiún días de resistencia.

Dos años más tarde, estando el emperador en Pamplona, las tropas imperiales, venidas en gran parte de Flandes, entraron sin contemplaciones en Ultrapuertos y llegaron hasta Mauleón, Sauveterre y Navarrenx, que acabaron rindiéndose.

Pero, la verdad es que, en tiempos normales, sólo San Juan de Pie de Puerto y sus alrededores, a la sombra de la fortaleza, estaban seguros dentro de la Corona imperial española. El resto o era tierra de nadie o tenía que obedecer al rey Enrique II de Navarra que residía en Pau. Así, el 2 de mayo de 1524, un día antes de que los últimos rebeldes navarros agramonteses jurasen en Burgos fidelidad al emperador, el rey navarro confiscaba los bienes y hacía demoler el castillo del señor de Luxa, en Mixa, por haberse inclinado a la causa española; pronto la abandonó.

Todavía el 26 de septiembre de 1527, el general Hernando de Sandoval recibía en nombre del virrey conde de Alcaudete el juramento de varios pueblos de Ultrapuertos, entre ellos San Juan, en el que se desdecían del prestado antes *—por fuerza y temores que les hicieron—* al de Albret. Pero el emperador, harto de incursiones, de inseguridades, de gastos continuos, y ante la nueva amenaza de ingleses y franceses unidos por el Tratado de Amiens, decidió, tal vez ese mismo año, a la chita callando, dejar de cobrar impuestos y retirar la guarnición.

Enrique II de Navarra quedaba como único dueño fáctico de la Tierra de Vascos (1050 kilómetros cuadrados y 2080 fuegos). ¿No pudo ser entonces llamado a capítulo y castigado el *castellanista* Bernardo Echapare? ¿O fue entonces, más bien, liberado, una vez alejado el peligro?

De todos modos, tenía Ollarra razón que le sobraba, cuando, hace unos meses, se sorprendía de que en la exquisita edición sextilingüe, hecha por la Real Academia de la Lengua Vasca, del libro de Echepare, en su 450 aniversario, no se hiciera siquiera mención de todo esto, ya conocido, aunque no reconocido, por todos, y más contando con la colaboración y subvención del Gobierno de Navarra y de la Universidad Pública de Navarra. Hubiese bastado un resumen del breve y excelente trabajo de José Luis Orella, historiador navarro, que precede a la edición crítica (1980) de Altuna (ahora, Patxi; antes, Francisco María), máximo experto entre nosotros en el mundo lingüístico y poético de Echepare, y prologuista (lacónico) de la edición conmemorativa.

Sectarismos aparte, el libro de poemas de Echepare se publicó el año 1545, en Burdeos, gracias a su amigo, allí residente, François Morpain, “primer impresor de la lengua vasca” (*lehen inprimiçalia heuscararen hurada*), que pidió y obtuvo todos los derechos de impresión por tres años.

No tenemos razones para dudar de que ésta no fuera la primera edición, ni de que no viviera en esas fechas, ya maduro, el rector de San Miguel el Viejo, libre ya de su antigua vicaría general.

Mossén Bernat vio por fin el heuscara fuera, en la plaza, en el mundo. Si antes fue la última de las lenguas –escribe–, ahora va a ser la primera. Si antes se mofaban de ella, ahora príncipes y grandes señores preguntan por la misma, deseosos de estudiarla. Bendito el País de Cisa que ha dado al heuscara el rango que le corresponde:

*Garaïco Herria| benedica dadila
Heuscarari emandio| beharduyen thornuya.
Heuscara
jalgui adi plaçara.*

Bien se ve que ésta no es la iglesia donde ofició Mosén Bernat.

Bajo el pórtico, con techo interior de tablones, hay dos lápidas altas, que recuerdan, en vasco, a Valentin Lesgars, párroco durante 30 años, fallecido en 1949, y a Jean Rablaghe, muerto en 1923, a los 68 años, *fundador de esta iglesia*. Antaño ocupaba esta solar una leprosería.

La iglesia parroquial de entonces estaba fuera del pueblo, a la vera del camino de San Juan de Pie de Puerto, junto al cementerio que sigue estando allí. Era la iglesia de San Vicente.

Hace años que el maestro Clement Urrutibehety nos enseñó que el hospital de San Miguel, sobre la colina, y su homólogo de San Vicente, en la falda del cerro, fueron reunidos en 1189 bajo la autoridad de Santiago de Compostela. La Colegiata de Roncesvalles consiguió, dos años más tarde, licencia para construir allí arriba una iglesia para servicio del hospital y de los peregrinos de paso. En 1246 recibía la iglesia y el hospital de San Vicente, propiedades de Compostela. Cuarenta años después, en fin, tras hacerse con San Martín de Zaro y Santa Magdalena de Orizun, obtenía el oratorio de San Bartolomé, junto al que establecerá su encomienda, para sustituir en adelante a los dos hospitales del burgo. La Colegiata navarra dominaba ya la otra vertiente pirenaica, el Puerto de Cisa.

Durante los años de opresión calvinista, el noble Domingo de Lalane, capitán de la villa y castellanía de San Juan, se quedó como arrendatario de la encomienda de San Miguel. Restituidas las encomiendas a sus antiguos propietarios, la de San Miguel el Viejo, poseía al comienzo del siglo XVII un molino a pie de la casa, el usufructo en todo el territorio de Cisa, el diezmo de las parroquias de San Miguel y Zaro, mas jornales, feudos, jurisdicción civil, ofrendas de fiestas, etc.

El dintel de la Casa Arbelenia o Arbelainia, junto al río, ostenta dos cruces de cayado de Roncesvalles yuxtapuestas, sobre dos estrellas de seis puntas y la fecha –1671– de reconstrucción y renovación de la que se llamó *commande et hospitaü de Saint Miqueu lo bieilh*. Otra casa cercana lleva fecha de 1688, en números romanos.

La iglesia parroquial muestra en la parte inferior su limpia piedra remozada y una bóveda de medio cañón (ladrillo y argamasa) pintada de blanco. Un arco de piedra rosada abre el presbiterio. Columnas de hierro forjado y pintado sostienen la clásica galería, que llega hasta casi el altar mayor, con cinco bancadas y barandilla abierta en semicírculo.

Sobre el retablo, una vidriera en color con motivos alegóricos. Tallas modernas de San Vicente, San Francisco de Javier y San Juan de Mayorga, bajo el techo deteriorado por la humedad. Unas conchas jacobeanas, en bajo relieve:

*Recuerda de quién es la fiesta aquel día
y a quién está dedicada la iglesia.
escribió el ilustre rector de San Miguel.*

El cirio pascual. Unos tiestos con flores. El ambón con el micrófono. Dos armoniums. El sagrario, fuera del presbiterio, con una vela eléctrica:

*Mira luego a donde está el Santísimo
y piensa que Él es tu Salvador.*

No falta, como en todo templo de Francia, Santa Teresa del Niño Jesús, ni Santa Bernardita (Bernardette). A cada lado de la nave, en dos arcos abiertos en el muro, las tallas, en madera, de la Virgen y San José, con luces bajas. Mosén Bernat fue muy devoto de Nuestra Señora (como el Arcipreste de Hita) y le dedicó tres poemas; el más bello, escrito como amante desengañado, tiene 146 versos y está lleno de gracia y de fuerza:

*Bercec berceric gogoan eta nic andredona maría
andre hona daquigula gucior othoy valia.
(Allá cada cual con sus amores; el mío es Santa María.
Ojalá la buena Señora a todos nos asista)*

El poeta o quien el poeta represente ha tenido sus amores y no pocos, pero en nada se ha beneficiado de ellos. Por un placer hay mil congojas en cualquier amor:

*¿Es que acaso hay un solo amor que sea fiel,
que no mude ante halagos o joyas?
Aun el más seguro a menudo le traiciona
y el mejor resulta el peor, al menos para el alma.
(...)*

*Hay mucha gente como yo en el mundo
que se pasa la vida en falsas ilusiones.*

Cerca de la entrada hay un tranquilo espacio penitencial, entre cristales ahora soleados:

*O jaun hona aytor cendut beghatore niçala
eta gaizqui eguitiaz oguen handi dudala.
(Buen Señor, confieso que soy pecador
y tengo mucha culpa en haber obrado mal).*

Unas tablas colgadas en las paredes, con los símbolos de las estaciones del Vía Crucis, en forma de manos: manos de Pilato, de la Verónica, manos de María, manos clavadas de Cristo...

Mosén Bernat recomendaba en su Oración dominical meditar sobre la Pasión y sentir en el corazón su gran pena:

*Cómo estuvo en la cruz cubierto de heridas
pies y manos clavadas, desnudo el cuerpo...
(...)
Ay, qué mal lo pasó su afligida madre,
su entrañable madre, sostén del mundo entero.*

La torrecilla de la iglesia, con ventanas de persiana, tiene un re-

loj puntilloso y exacto. Una talla de la Virgen con manto y corona ocupa la hornacina.

Pequeñas casas alrededor del templo, con varios y vivos colores. Enfrente, una pequeña, en hastial, con jardincillo, donde crece un cerezo, y huerta con tomates y alubias verdes. Otra, con inscripción de 1749. La calle-carretera es contigua a la mayor. El frontón (1977) hace de plaza. Algunos tejados de lajas y de madera. Un almacén de heno, que huele nutritivamente.

Salgo hacia Zaro entre portadas bajo navarras, con fechas de 1805, 1830..., y nombres familiares: Irigaray, Bidegain... Pasa un regato con toda naturalidad.

Un Cristo en cruz de hierro, protegido por un pequeño cerco, preside la bifurcación de caminos: *Route de Çaro* y *Chemin de Taillepalde*. Tomo el primero, carretil recién asfaltado que sube decididamente.

Se imagina el investigador Gil Reicher a Mosén Bernat Echapare yendo y viniendo en su caballo, como vicario general de San Juan, y evocando viejos amores femeninos de sus tiempos juveniles y hazañeros. Aquél, por ejemplo, que nació para ser su tormento. O aquél otro, al que amó con amor exagerado:

Yo sufría en aquel entonces por tí.

(...)

¡No te aflijas! No te faltará otro amante.

¿Y el que tuvo su pecho en un continuo llanto? ¿Y el que no le dejaba dormir ni tener el corazón sosegado? Y ¿para qué darle vueltas a los ahincados requerimientos, no sólo de palabra sino manos a la obra? (*Hiçac haribira dugun eguyna*).

En los momentos más serenos el maduro poeta acabaría recitándose quizás la última estrofa del "Desdén de la amada cruel":

*¡Sólo falta que muera yo por falta de mujer!
Tengo que desengañarme de todas; es lo mejor.
Con ellas no puedo medrar y sí arruinar el alma,
y, además, renegar de todas por culpa de una.*

Eso último no, menos que nada. En defensa de las mujeres es uno de los mejores poemas y más audaces, cercano a los de Sor Juana Inés de la Cruz:

*Por mi vida! No habléis mal de las mujeres;
si los hombres las dejaran en paz, no obrarían mal.
(...)
Más les valiera guardar silencio;
ellas no saben obrar mal, sino es con los hombres.*

Vaya una hombrada detractar a las mujeres y equipararlas a todas. La mujer siempre es útil para el hombre y donde falta la mujer no hay nada apetecible. Jamás se oyó decir que la mujer atacara primero al hombre. En fin, Dios ama a la mujer más que a todo el mundo. Hablar mal de ella es una gran villanía. Y además:

*Munduyan ezta gauçaric hayn eder ez placentic
nola emaztia guizonaren petic buluzcorriric.*

Cabalga, con sus criados, apuesto y pensativo, Mosén Bernar. Pasado un rato, se le oye canturrear la tonadilla del *Saltarel*:

– Y tirorírorí, tirorírorá. Más tararí, más tarará.

SAN MIGUEL EN OSQUIA

*P*ero ante todo —escribe Virgilio en el libro I de las *Geórgicas*— *da culto a los dioses y cumple cada año el rito a la gran Ceres, oficiando sobre la lozana hierba, cuando ha tocado a su fin el largo invierno y entrada ya la serena primavera.*

Era la fiesta de la *Ambarvalia*, celebrada el 19 de mayo. Iban los campesinos en procesión, llevando las víctimas del sacrificio —un cerdo, un toro y una oveja— alrededor de los campos, cuya purificación se deseaba. Era una fiesta del culto familiar, en la que el oficiante y el sacerdote era el mismo campesino.

Hoy también la hierba está lozana en torno a Osquía, y se ha impuesto por doquier, con alguna que otra llovizna, la serena primavera. Hay unas nubes bajas, con agua en los bajos, pegadas al monte Erga.

El Churregui, el Gaztelu y el Vizcay dividen las encinas verdipardas de sus carasoles, de los verdiausteros robles y de las hayas verdilúcidas de sus umbrías.

En los prados próximos esperan a San Miguel las flores de abril y las primeras de mayo, entre las que abundan las margaritas, los dientes de león, los llantenos, los botones de oro y las esparcetas.

SAN MIGUEL EN OSQUIA

Algunas personas mayores van tiqui-taca hacia la ermita, mientras un corro de gente espera en el barrio bajo de Erroz, junto al puente.

Comienzan a tocar las cansadas y autómatas campanas de la parroquia de San Babil y vemos avanzar la procesión que sale del pueblo, tras la cruz parroquial.

*Por Pascua nos llega
el Ángel Miguel.
Se alegra la tierra,
los hombres también.*

Viene San Miguel alzado en el asta procesional llevando sobre su cabeza, con sus dos manos, la reliquia de la cruz, que es lo que se olvida tan a menudo, como si el arcángel fuera sólo venerado por sí mismo. Y no sé si es el sol primaveral o el gozo de volver a Osquía, pero lo veo más juvenil, con otra reluscencia. Con otro aire, vamos.

Marchamos –que esto es marchar– por el margen izquierdo de la carretera, por la que pasan, al comienzo, varios ciclistas y unos coches con banderines de carreras. Vamos a prisa, pero no con tanta como para no mirar y contemplar todos los lados de esta mañana de mayo primero, de los primeros verdes –*prima viridia* (primavera)–, que son mucho más que pura *cloro* (verde, en griego)-*fila*.

Los chopos junto al Araquil, los manzanos en flor en las huertas cercanas, las flores puntiagudas de las aliagas en los ribazos, y el telón rocoso de Osquía, están como si lo hubieran puesto esta mañana para la romería del ángel.

Pasa y silba un tren, que anda un poco más ligero que nosotros antes de meterse en el breve túnel.

Las buenas gentes del Valle que vienen detrás hablan de setas: que si fulano, que si mengano, que si los precios; saco en conclusión,

apresurada sin duda, que esas setas no valen la pena. Luego se vienen a temas más cercanos:

- Antes, en la procesión, cantar y así.
- Ahora, ya, nada.

Una abuela que va delante con dos nietecillos, coincide en la apreciación

- Antes se cantaban las letanías.
- ¿Y las campanas? –le salta una de las creaturas, yendo más a lo de ahora.

Caen unaa gotas frías, como para animarnos un poco.

Hemos pasado junto a unos montones de piedra caliza menuda y de ofita, que traen de las canteras de Lete. Enfrente tenemos el mamotreto de uralita que cubre las canteras de Osquía, propiedad de los concejos de Atondo y Erroz. Junto a ellas, aunque no se ven desde aquí, hay dos hormigoneras, de dos empresas privadas. El cementerio se semiesconde bajo una densa franja de cipreses.

Al entrar en la ermitá, acurrucada bajo el espolón sureño de esta vertiente, el párroco de los lugares aledaños y don Inocencio atacan la letanía tradicional:

- *Sancte Michael*
- *Ora pro nobis.*

El capellán del santuario de Aralar, casi tan popular como el ángel –arcángel en el protocolo celeste–, ha venido en coche, debido a sus muchos años, pero tiene vigor y pesquis como para recordarnos, antes de la misa, la historia de San Miguel, que este año ha recibido, además, una mano en el dorado de su plata.

Se sienta durante la misa y la veneración del ángel, y mucha gente va temiendo que cuando se vaya don Inocencio ya no será lo

mismo; que San Miguel ya no estará tan cerca, y otras cosas tristes y melancólicas. Cuando nos van a dar de besar la reliquia de la cruz y la efigie del ángel portador, nos pregunta si sabemos las letrillas nuevas, y entonces nos reparten unos dípticos con ellas. Pero, nada, la señora que tiene mejor voz se arranca por la letrilla de siempre:

*Arriba, Navarra,
de brío sin par...*

Eso sí, el estribillo es el mismo:

*Miguel, Miguel / Arcángel Miguel
guardad, guardad / a este pueblo fiel.*

El portador del ángel, portador a su vez de la reliquia de la cruz, sale pronto y tras él salimos casi todos, porque algunos vecinos de Atondo se van a su pueblo desde aquí.

Apenas si cabía hoy la gente en la ermita de Nuestra Señora del Pilar del Puerto de Osquía, erigida en 1570, con un hermoso portalón lateral dovelado, una sacristía adosada y una leve espadaña de ladrillo. La yedra que cubre a la roca que la cobija comienza también a rodear la ermita. Tiene ésta un retablillo barroco de madera, con un San Juan Bautista en la parte superior, y, en el centro, la Virgen del Pilar —qué mejor advocación bajo la roca—, pequeña y bella talla renacentista de alabastro, que se guarda ahora en la iglesia de Atondo.

Por aquí cerca existió, al menos desde el siglo XI, un poblado, de nombre Osquiat, Hosquiate, Oscatea u Hosquiatea. Hacia 1500 estaba ya despoblado, perteneciente con sus propiedades a los Beaumont y luego a los Alba. La iglesia estaba dedicada a Santiago.

Ya no está el pescador que estaba sobre el pretil del puente cuando llegamos, pero el Araquil sigue bajando despacioso, claro, soleado, entre alisos, espinos navarros, fresnos de hoja ancha, avellanos y sauces cenicientos. Un juego de leves escalas en lo más ancho

de la corriente quiebra la lámina fluvial en mil irisaciones placenteras antes de llegar a la garganta de Osquía.

Pasa, casi encima de nosotros, otro tren, esta vez festinante.

Al otro lado del cauce, dos espolones de estratos calizos casi verticales suben paralelamente al flanco oriental del Gaztelu. En las repisas —donde no anidan las rapaces— hay penachos de hierba, encinas y enebros. La hiedra tapiza algunos roquedos desde la base, dejando al aire paredes enteras del cantil grisáceo. En medio del desfalladero, un islote hirsuto resiste la avalancha de la pedriza, que se despeña incesante desde el canchal hasta las gleras ribereñas.

El camino viejo iba, antes más, entre el Churregui y el Gaztelu, por un portillo bien visible todavía. Volvemos, también ahora por la izquierda, a buen paso, hasta que, cerca del puente medieval de Erroz, se detiene el cortejo. Don Inocencio nos lee el trozo evangélico de los lirios del campo, que ni hilan ni tejen, pero ni Salomón, en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y, con San Miguel en alto, bendice los cuatro puntos cardinales del valle de Araquil.

Y sin más, sin cantar siquiera la letrilla del adiós, la comitiva inicial, tras la cruz alzada, vuelve a Erroz Alto, donde habrá un aperitivo y desde donde volverá el ángel a su capilla celeste de Aralar.

Subimos al vecino lugar de Atondo (cerca del Puerto), recostado en tres gradas bajas del carasol encinoso del Vizcay. Pastan vacas y caballos en los prados de los alrededores.

Una fuente con recio chorro de agua. Nogales, higueras y manzanos.

¿Es Atondo el *Alantone*, la *mansio romana* (fin de etapa), que aparece en el *Itinerario de Antonino*, en la vía Astorga-Burdeos? Nadie lo sabe a ciencia cierta.

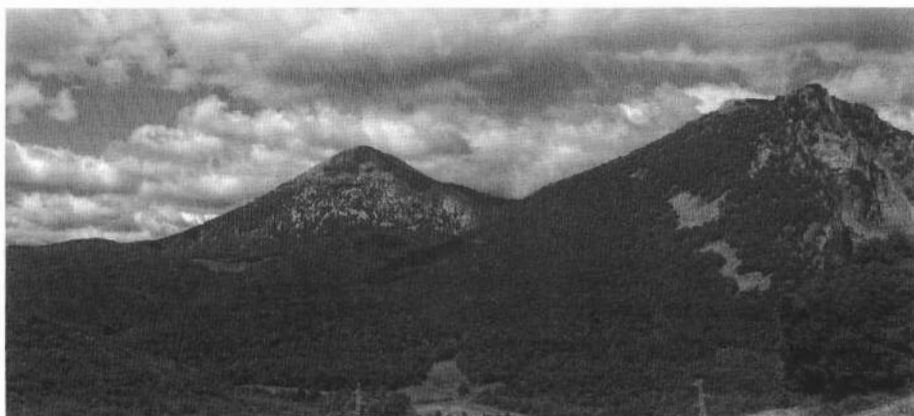
La iglesia de San Martín conserva de su construcción renacentista la torre campanario, el perímetro mural y varios restos escultóricos del retablo mayor. En el espacio contiguo, donde estuvo la escuela, está hoy el centro social.

Un contenedor de vidrio ocupa el espacio de una fuente de piedra que lleva la fecha de 1918.

En una casa de dos cuerpos, con largo balcón corrido, luce el escudo de los Atondo, trasbuelos de San Francisco Javier: medias lunas (doradas) entre (rojos) travesaños, circundados por una guirnalda, con cuatro caras en cada una de las cuatro esquinas; una orla despintada recorre la parte superior de la fachada. Los Atondo eran ya en el siglo XIII una familia de la alta burguesía afincada en la Población de San Nicolás de Pamplona y ocuparon diversos cargos en el Reino. Guillerma de Atondo casó con Arnalt Pérez de Jaso y fueron los abuelos del santo.

En la parte occidental del pueblo, entre lirios blancos y morados más bellos que Salomón, árboles frutales y jardín, hay otra casa, a cuatro aguas, del siglo XVIII, llamada Garacoechea, de la que, se dice, procedía Pedro de Atondo e Irigoyen, fundador de la ermita de Osquía y de su cofradía, y que parece coincidir con el famoso abad (párroco) exorcista, al que J.M Satrústegui dedicó, en 1984, uno de sus trabajos.

Volvemos por el ameno camino de Ochovi, entre el rítmico temblor de los cebadales.



ROMERÍA DE SANTA CRUZ EN SOLCHAGA

Nos circundan durante un buen rato las espigas barbudas de los alcaceres y barbilampiñas de los trigales. Las primeras cabecean y coquetean entre sí, y las segundas se disparan limpia y verdemente hacia el cielo azul.

Vivos rosales rojos en algunas casas de Las Campanas, pueblo que, como se sabe, no existe. Junto a Barasoain veo las primeras cecezas coloradas. Viene un señor con el pan debajo del brazo y leyendo el periódico. Dos niños chicos. No veo el muro tradicional que separe la distinguida villa palaciana de la contigua Garinoain, también con palacio.

En término ya de Solchaga, grandes rollos de heno recién cortado. Algunos rodales de encinas.

Lugar de realengo, con mayoría de hidalgos en el siglo XIV, Solchaga se monta en una mesetilla, lo que se nota al subir.

Casi todas las casas están rehechas, restauradas y ampliadas. En las huertas caseras, las verduras alternan con los árboles frutales. Huele a jamón frito, a chula, que decíamos en mi pueblo

Algunas villas recientes, entre arbolitos jóvenes. Junto a una de ellas, un desmesurado frontón.

ROMERÍA DE SANTA CRUZ EN SOLCHAGA

La antigua casa parroquial tiene puerta de ingreso con grandes dovelas, bolas reyescatólicas y escudo en clave, con la iglesia parroquial en uno de los cuarteles. Siendo su estructura del siglo XVI, debió de ser restaurada dos siglos más tarde

– ¿Cómo se llama esta casa? –le pregunto a quien parece ser su dueño.

– Casa Ciáurriz.

– ¿Y no tiene otro nombre?

– Que yo sepa, no.

En la parte sur del caserío se bienplanta el llamado palacio, cabo de armería, (s.XVI), que fue de los Solchaga y Pérez de Solchaga, emparentados luego con los Garro, Peralta, Echalaz, Donamaría y otras muy principales prosapias navarras.

Los Solchaga, como señores del palacio de Mendivil, tuvieron asiento en Cortes desde 1542. Como señores del de su apellido, de 1586 a 1596, y, con muchas interrupciones, todavía en 1817-18, los representaba Manuel Ángel Vidarte Solchaga Zaro y Cuadrado.

Hoy está deshabitado. Lo que más llama la atención es la rejería de la época en cuatro ventanas, con hierros entorchados y cuadrados.

Nos quedamos sin ver el famoso patio interior, rectangular, fotografiado tantas veces, con sus soportes, pilares, capiteles, ménsulas...

Dice el Programa de Actos de la Fiesta de Santa Cruz que a las 11 se sube en procesión a la Ermita. Bajo la primitiva portada del

templo (1200), bajo el pórtico adintelado sobre dos pilares poligonales (s.XVI), y por el atrio con acacias, sale la reducida comitiva de media docena de personas, incluido el portador del Crucifijo que presidirá la misa. Algunas personas aguardan en unos cercanos bancos de madera, junto a un olivo de adorno; otras se añaden más adelante; mientras los más madrugadores y activos ya llevaron en el tractor el pan y el vino que pone el ayuntamiento para la comida, o en coches particulares el condumio de una o varias familias. Este año la sociedad Mairaga no organiza el yantar, así que cada cual se proveerá el suyo y lo devorará en los alrededores de la ermita.

Subimos con Francisco, que sabe mucho de campo. Pasamos junto a una viña joven y alta, seguimos entre cebadales escasos:

– Este año tendremos una cosecha mediana. No ha llovido hace tiempo y se va a notar. Aunque algo mejorará con las aguas de estos días.

Le pregunto si la tierra es buena, porque ya Madoz escribía que era de mediana calidad.

– Si, la tierra también es mediana. Pero solemos sacarle provecho.

El camino es bueno y herboso pero nos tira hacia arriba. Cuando no se le atraviesan algunas nubes grises y piadosas, el sol nos tuesta las carnes, como si fuéramos cañas de cereal que tostar.

– Esta tarde, tormenta.

– Lo más seguro.

Caminamos entre encinas y carrascas en flor, enebros, coscojas, espliegos, aliagas, otaberas, tomillos cerrenzas... y flores de arveja, cicutas rojas, ajos silvestres, y, sobre todo, correhuelas, de hojas grandes y sonrosadas.

Me dicen que una extraña bañera con agua en medio del bosque es para que beban los jabalíes.

ROMERÍA DE SANTA CRUZ EN SOLCHAGA

– Llegan hasta aquí a comer, pero luego vuelven a los montes de Alaiz.

Por los claros del encinar vemos el caserío y la iglesia de Eristain, el coto redondo de Lepuzain, Orisoain terso y ofrecido bajo San Pelai, Pueyo suspenso...

Tomamos un atajo, que en mi pueblo llamamos alcorce, y pronto dejamos el repecho para quedarnos con el pecho más tranquilo. Al frente, los molinos de Guerinda, menos turísticos que los del Perdón. El monte del Conde y otros muchos montes detrás.

Nos pasa un grupo de Orisoain; una señora muy mayor al frente, lleva un trote que pa qué.

– Antes más subían también de allí un día más tarde, el 4; ahora ya no está abierto ni el camino.

Ya cerca de la ermita, antes del último arreón, Francisco nos hace asomarnos, sobre un peñasco de pudingas, al lindo valle de Leoz, que abre el regato homónimo descolgado de la sierra de Izco. Alto Leoz, pura piedra. Las casas de Iracheta, y Amunarizqueta. Campos de colza en Artariain.

Llegamos con tiempo como para ver el piedemonte del otro lado: medio embalse de Mairaga, el río de Solchaga, donde un día se pescaban madrillas; la estampa serrana de Echagüe; los carrascales del Carrascal.

La ermita cumbral de Santa Cruz está limpia como una patena. Con un largo banco de madera a lo largo de la pared. Se restauró en 1985 con el patrocinio de un americano del pueblo, a quien Dios guarde muchos años.

Difíciles de leer son los versos de la inscripción sobre el dintel:

*Vos, cruz santa, sois canal
por donde viene a la iglesia*

ROMERÍA DE SANTA CRUZ EN SOLCHAGA

*la fuente de siete caños
obra costosa y perpetua.
(...)
Sois escalera del cielo
y, por ser alta y derecha,
parecéis agria a la vista
y llana al que va por ella.*

El ermitaño Joanes Recari, según se escribe, edificó esta ermita con la limosna de la buena gente y con su trabajo en 1580.

Hubo ermitaños hasta 1774. Me cuentan los paisanos que en la última restauración descubrieron una tumba central, bien señalada, y... no encontraron dentro ni rastro. ¿La cavó –sobre roca– para sí el último ermitaño, que murió tal vez fuera de aquí? ¿La preparó para algún personaje desconocido? ¿Se pensó que el sepulcro estaba ya ocupado?

– Vete a saber.

La bien refrigerada sacristía hace hoy de frigorífico de las viandas.

La misa se celebra en la pequeña campa, que dejan libre las encinas. El altar y los asientos son unas piezas de hormigón. Jesús, que es de Eristain, muestra bien esa sabiduría de sabor de vida, que él ha aprendido en su larga formación de hombres. Se reza, se canta, se contempla. Y hasta se leen unos versos, mientras cantan los pimpines y los mirlos:

*Como cada mayo, con distintas alforjas,
como cada año, salgo a tu encuentro.
Dejo atrás las encinas, los enebros, los tomillos,
y subo en ellas mis deseos, mis risas y mis miedos...*

Nos volvemos luego a los cuatro puntos cardinales, en una bendición de los campos, lírica y realista a la vez: el cierzo, la cosecha, la luz de oriente, el norte de la ciudad, la violencia o la droga... Se termina con la adoración de la cruz.

ROMERÍA DE SANTA CRUZ EN SOLCHAGA

El horario del Programa se ha cumplido. Viene ahora el almuerzo-comida de hermandad. Algunos bajan para el pueblo. Bajamos también los forasteros.

– Venga, hombre, vamos a echar por lo menos un trago.

– Claro que sí, hombre.

Parece que no, pero bajar es otra cosa. Y uno ve lo que no había visto (las madreselvas, por ejemplo), y oye lo que no había oído: los mil rumores del campo que sólo se perciben con las orejas del silencio.

Viendo –tras unos meses de pelazgas teóricas– la primavera toda verde, hermosamente pródiga, siento qué razón tenía Goethe al decir.

*Gris, caro amigo, es toda teoría
y verde el árbol áureo de la vida.*



EL CABRERO DE GALLIPIENZO

Hace años ya, escribió el viajero lo que sabía y, sobre todo, lo que veía y sentía de Gallipienzo, una encendida mañana de primavera. Recordó de paso la que entonces creía leyenda del cabrero, porque no contaba aún con el precioso-preciado trabajo de Javier Sagiés sobre Zacarra, el cabrero de Gallipienzo, con su correspondiente y riquísimo vocabulario.

Tras él y con él la visita es otra, y todo el recorrido se convierte en revivencia no sólo de una historia insólita, sino de todo un drama rural y social.

Debió de venir de Salazar a comienzos del siglo XIX, con sus treinta años cumplidos.

Llegó acompañado de Tolín, su inseparable rapatán, y de su negro perro pastor, llamado Zartxu, después de muchas deballadas y puyadas, cañadeando hasta las Bardenas, y vuelta otra vez.

*Ya ha llegado San Miguel,
pastores, a la Bardenas,*

EL CABRERO DE GALLIPIENZO

*a beber agua de balsa
y a dormir a la serena.*

Se llamaba propiamente Zacarías Eseverri Miquelena, y su oficio oficial era pastor de ovejas.

Había conocido en una de sus trashumancias a una moza garri-da del pueblo, que la llamaban Lucy, y decidió presentarse al alcalde de Gallipienzo y sentar plaza de cabrero concejil. Pero el caso es que la Lucy ya estaba apalabrada con un mozo de casa fuerte, y Zacarra, que nunca más quiso saber de amores, se dedicó por entero a su cabreril menester, sin abandonar nunca por eso una indefinible nostalgia:

*No te cases con pastor,
que huelen a cachurrina;
cásate con labrador,
que huelen a rosa fina.*

Era analfabeto pero sabía mucho de casi todo: de estrellas, pá-jaros, plantas, horarios solares, guisos y curanderías; no digamos de ovejas y cabras.

De estatura media, enjuto de carnes, bien atezado por el sol y el viento, solía calarse una pequeña boina hasta media frente; vestía por fuera un espaldero de piel de cabra, pantuflas de pana y calzaba duras y bien cosidas abarcas. Se apoyaba en una gayata de fresno adornada con dibujos de plantas, animales y hombres, hechos a navaja.

Parco en palabras, se le tenía por discreto y era muy escurridizo delante de personas que no eran de su confianza, a las que llamaba furrufallas y sabihondos. Era en su hablar, como luego fue Tolín, tajante, contundente, puntilloso y seco, como hombre endurecido por una vida hecha de ventiscas, aguaceros, granizadas, tormentas y calorazos.

Diez años sólo tenía Tolín, el rapatanico. Vestía como su amo, y, como no sabía leer ni escribir, fue a la escuela del pueblo hasta los 15 años y después a la escuela que decían de vela, (y en otros pueblos nocturna), donde aprendió mucho, aunque tanto más aprendió de su amo, a quien siempre llamaba tío.

Desde lo alto de Gallipienzo se ve la vieja escuela, junto al nuevo frontón, con anchos ventanales en los dos pisos, que dan al río.

Zacarra se había quedado con el crío, cuando el Zabarte, un pastor hermano de la Luteria, la madre soltera, se lo trajo a su casa, cuando tuvo que ir a Francia a cortar leña.

El chico se llamaba de suyo Antolín, pero todos le había acortado el nombre, como para hacerlo más fácil, sonoro y hasta pastoril.

Un domingo de mayo, bajo las Peñas de los Chiricoterros, aprovechando la tranquilidad de la hondonada, donde aún se adivinan huellas del legendario monasterio de Santa Quiteria, entre el río y el camino de la ermita de la Concepción, Zacarra se animó a contarle a Tolín toda la verdad, cuando éste ya tenía 12 años. Enebros, madroños, sabinas, lentiscos y bojes eran los únicos testigos de aquel relato íntimo que le hacía sudar al pobre y generoso cabrero. Cuando llegó a su fin, tras incontable rodeos, Tolín se echó a los brazos de su padre adoptivo y gritó de alegría

– ¡Viva mi padre! ¡Viva mi padre!

Pero siguió llamándole tío. La verdad es que Zabarte había reclamado hacía poco al chico. Ahora le sería más fácil a éste preparar su decisión. Pero ésta ya estaba tomada.

Zacarra era muy levantero. Solía lavarse en la palangana; tomar para desayunar sopas de leche o chocolate, y preparaba luego el companaje para todo el día: tortilla con birica, patatas con conejo...

No faltaba nunca a la misa primera del domingo y el sermón le

servía, como a Sancho, para reflexiones y comentarios de todo género durante la semana.

Algunas veces Zacarra se juntaba con Valero, el dulero o yegüero —en cuya casa se calentaba Tolín la comida cuando iba a la escuela—, y con Celestino el vaquero, alias Muñigas. Solían ir por el camino de Ujué hacia los pastos altos de Valescura.

Los más de los días, recogía las cabras que remugaban por las ezpuendas del pueblo, en el barrialto y en el barribajo, y se iban a los pastos cercanos de Barrelengu, o, por Malpaso, a las Peñas de los Chiricóteros, o, hacia la Peña de los Buitres, Berangu, y las siete hoyas de Valdescuras, vertiente sur de la sierra que se pierde en términos de Ujué.

O, al otro lado del río, hacia las escarpadas laderas de Peñas Altas y de San Pedro o las pasturas más cómodas de Caparreta. O a las badinas y pingües riberas del Aragón.

La merienda habitual consistía en queso con pan cabezón.

Sabía y decía muchos refranes. Sobre el tempero (Febrero es loco/y marzo no poco); sobre Dios y la naturaleza (Con agua y con sol/ Dios es el criador); sobre vicios y castigo (Por un gustazo/ que venga el trancazo), o sobre las malas compañías (Quien con lobos anda/ a aullar se enseña). No digamos, sobre mujeres (Tabaco, vino y mujer/ echan al hombre a perder), o de curas (Si los curas van de peces/ qué no harán los feligreses)...

A la vuelta del día, Zacarra encerraba a las cabras en uno de los corrales del pueblo durante unos momentos, y luego salían los animales, bajo la atenta mirada del pastor y de su rapatán, con destino a sus casas. Las tardes del buen tiempo, la chiquillería de Gallipienzo, salía a esperar con gran alborozo, la llegada de la cabrería.

Como Zacarra tenía mucha habilidad para poner lazos de perdiz, liebres y conejos, siempre estaba la cena asegurada, y en invierno pocos días faltaban las sabrosas migas de pastor, en las que era un experto.

En tiempo de nieves y fríos, Zacarra y Tolín pasaban el tiempo hablando de cosas pasadas y presentes, al calorillo del hogaril, hasta que pronto les vencía el sueño.

Impresiona ver hoy en el abrigado rincón de un diminuto callejil la casa de Zacarra y Tolín: un pequeño cubo de piedras pequeñas y argamasa, puerta estrecha, un banco bajo junto a ella. Está adosada a otra casucha, un poco más amplia. Un chamizo exterior, también de piedra, lleno ahora de tiestos y cachivaches parece suplir el poco espacio de las dos viviendas. Los jóvenes dueños de San Sebastián que las compraron, han arreglado y adornado un poco todo, sin destruirlo; han apañado una terraza, han puesto un tiesto de claveles en el ventanuco y un perro negro, con una larga cadena, a la puerta. Pero el perro no se mueve. Cerca, la llamada casa de la condesa, unos restos de piedras aún en pie.

Tolín hizo enseguida amigos en los chicos de la escuela, que eran muchos entonces, más de un centenar. Los más íntimos eran el Mostillo, el Vinagre, el Gateras, el Mediopito, el Mocoverde, el Caguera, el Currusco y el Morrochoto: algunos de estos apodos procedían de las familias, y otros habían sido ganados a pulso. Tampoco las chicas se libraban de remoquetes: la Guindilla, la Culona, la Sargentona...

Jugaban al marro, al burrico de las alforjas, al tálallevas, a los cuatro navíos, —que todos pronunciaban navios—, al pote, al cinto, al repelón..., y a otros más tranquilos, como el alentruño, las canicas, las tabas.

El zurrumpero, que en otros pueblos llamaban arristroso, era uno de los preferidos cuando había mucho tiempo y estaba la tierra resbalosa (aunque algunos la volvían pronto así abriéndose el pantalón). Era uno de los más arriesgados y risioneros, y fácil en un pueblo como Gallipienzo, donde todo son taludes y pendientes. Lo malo era cómo quedaban luego los calcetines, pantalones, vestidos y bragas.

Pero donde Tolín sobresalía sobre todos era en el pastoril arte de la honda —honda de cuero—, especialidad que a los demás les era negada, y que consistía en hacer llegar la piedra precisa y directa contra cualquier objetivo: perro, zorro, conejo, oveja, peña, coscoja, roble... Podemos decir que en esto les daba a todos sopas con honda, aún al mismísimo Zacarra cuando éste fue haciéndose viejo.

Hoy también planean sobre Gallipienzo los buitres que anidan en los roquedos de Peñas Altas. No se paran ahora en el peñasco que lleva su nombre, pero circulan sosegadamente en torno de alguna presa, o de su recuerdo sólo tal vez.

Zacarra los conocía bien. Uno de los primeros días de cabriteo, le dijo a Tolín:

—Esos buitres van a buscar el almuerzo. Vienen de Peñas Altas donde viven y crían un pollo al año. Tienen mucho fato, pero, sobre todo, vista. Sólo comen carne muerta. El primero que atisba la carroña avisa a todos con movimientos de las alas. Luego se raya hacia el animal muerto y todos le siguen.

Y continuó contando todos los pormenores de los carroñeos buitrescos, que él había visto tantas veces. El chico le seguía embelesado, y bien pronto pudo comprobar la verdad del relatorio.

Pasaban los días. Casi todos eran los mismos para Zacarra y Tolín, ya hecho un hombre. Pasaron muchos días, como en los cuentos; como en las largas y monótonas historias de verdad.

Era a primeros de marzo de no sé qué año, y que se irriten conmigo los malos historiadores.

Un bando municipal ordenó, dada la escasez de agua de aquellos últimos meses y la seca general, el traslado de las cabras, durante tres meses, a la zona baja de Zabaleta, donde el río Aragón tuerce el cuerpo, dando la espalda a la villa, camino de Carcastillo y de Murillo el Fruto.

Nadie del ayuntamiento les consultó, por supuesto, pero ni siquiera les dio una explicación. Sólo pusieron a su disposición el bu-

rro llamado Chairo para poder llevar el condumio comprado en el pueblo. Pero incluso los dueños de las cabras se llamaron andana: se conoce que no quisieron enmendar la plana a la autoridad, o que, en el fondo, se veían durante unas semanas con un cuidado menos.

Así que aparejaron a Chairo con la zalma y la baticola bien ajustada; metieron pan, aceite, abadejo, patatas, sal y vino; recogieron, mustios y mohinos, las cabras y salieron hacia Zabaleta.

Cada diez días llevaría Tolín los repuestos necesarios, y los lazos puestos en el campo darían lo demás.

Nadie salió a despedirles.

Cuando Tolín iba y venía con el burro, nadie le preguntaba nada ni le daba recuerdos para el tío Zacarra, a no ser don Sebas, el párroco. Ni un alma se les apareció en la triste paridera solitaria y ventorrera, y menos mal que no eran aquéllos los peores meses del año. Ni el Valero, ni el Muñigas, ni los ganaderos. Nadie. Nada. Parecía aquello una maldición. Y Zacarra y Tolín, cada uno para sí, le daban vueltas y revueltas al enigma, que se les hacía casi un misterio. ¿Una denuncia? ¿Una calumnia? ¿Algún mal querer? ¿Alguna venganza de todo el pueblo?

La temporada tocaba a su fin. Zacarra consumía las interminables jornadas entre la amargura y el desasosiego. Hablaba cada vez más con su perro y hasta consigo mismo, y cada vez menos con Tolín.

Callandoso y caviloso, le dijo a éste una tarde después de cenar tortilla de patatas y cebolla y un poco de conejo:

– Tolín, el alma con tristoras / hasta en los gustos llora.

Llegó el día del regreso, en las acaballas de mayo. Tras desayunarse con pan y chocolate en la majada, Zacarra y Tolín aprestaron a Chairo. Terminado el arreo, Zacarra se subió a la caleta y se puso a echar un discurso a las cabras, que llegaría a ser casi tan famoso como el que hizo don Quijote a los cabreros.

Les agradeció con las ternuras más expresivas su compañía durante los tres meses de destierro, mientras que calificaba con enfu-

recidas expresiones a sus dueños: repolaines y pindongueros, bocones y cascazuris, falsos y zalameros, enreadores y rutiñosos, cagáus y chupacharcos de amor, gente de mala crianza, andragueros y gata-musas:

Me fastidian los que tienen tantas duricies en su conciencia y en su corazón, que no se acuerdan ni de sus cabras, ni mucho menos de los cabreros. (...) El que no agradece a Satán se parece.

Y ajustándose la boina, prosiguió a gritos y como fuera de sí:

Ya sabéis que amor con amor se paga, y que a todo cerdo le llega su San Martín. Como la ocasión la pintan calva, y cuando el aire es favorable, hay que aprovecharlo, prestad atención, queridos amigos y amigas. (...) Amos y dueños que no dais, qué esperáis? Pan, pan, muchos lo toman y pocos lo dan. (...) Que ayunen los santos que no tienen tripas. Así paga el diablo a los amos desgracidos.

Dicho lo cual, bajó de la caleta y la abrió con fuerza. Ayudado por Tolín y por Zartxu, tan atónito uno como el otro, metió las cabras en los viñedos cercanos y campos verdeantes como nunca. De pronto levantó Zacarra la voz:

– Devorad, arrasad, triscad, retozad. Todo es de vuestros amos, de vuestros señores, de vuestros dueños, de los míos. Se verán muy contentos. Os premian así vuestros largos días de ausencia. (...) Dios del cielo, ya sé que no es bueno vengarse, pero no es malo refrescar memorias ni desquitarse. Señor, Dios, buen Pastor, perdona este regalo que he guardado para mis queridas cabras. A mucho amor, mucho perdón, y la pasión digna es de conmiseración.

Durante unas horas el rebaño de cabras arrasó en aquella zona la cosecha del año.

Nadie lo supo de inmediato. Pastor y rapatán regresaron a Gallipienzo, entre glebas y gleras, y llegaron entre el alborozo de la chiquillería del lugar. Sólo un día después supo todo el mundo la zacara-rada.

Dice la tradición oral que el alcalde habló con Zacarra y con Tolín y que el viejo cabrero no abrió la boca. Que nadie tomó represalias contra él. Y que todos acabaron perdonándole la travesura, que hizo famosos al cabrero y a la villa de Gallipienzo.

Volvieron a pasar los años, y Zacarra, ya muy concurrico, se contentaba con esperar a Tolín que volvía con el hatajo. Sólo tres días estuvo en cama, como los héroes antiguos.

Una pulmonía le arrancó el alma, un aciago 6 de febrero de 1850. Tenía 70 años cumplidos.

Dicen que su última oración fue aquella que aprendió de labios de su madre salacena:

*Como estoy en esta cama,
estaré en la sepultura.
Ahora que llega la muerte,
ayúdame, Virgen pura.*

Todo el mundo desfiló para darle la cabezada y para rezar el rosario. Todos asistieron al funeral y al entierro.

Hasta las cabras, solas y desperdigadas por eras y terraplenes esos días, salían a los callejos y cuestras por donde pasaba la comitiva hacia el cementerio, a los pies de la iglesia románico-gótica del Salvador, en la cima del pueblo, cerca de donde estuvo el castillo. Tomillos, malviscos, gramas, amapolas, kirtagorris, tastaburres, lenguas de perro, marrubios, murajes..., sus fieles acompañantes de cada día, le acompañaron también en esa postrera ocasión.

Debajo de la cruz de piedra que preside el hoy camposanto viejo descansó Zacarra, del que ya no queda inscripción alguna.

Tolín recibió, después de algunos años, una herencia de 300 ovejas de su tío el Zaborte y tuvo que ausentarse del pueblo. Siguió bajando, hasta muy mayor, desde la montaña, para visitar al tío Zacarra en su tumba. Unas golondrinas revuelan sobre las tapias resistentes.

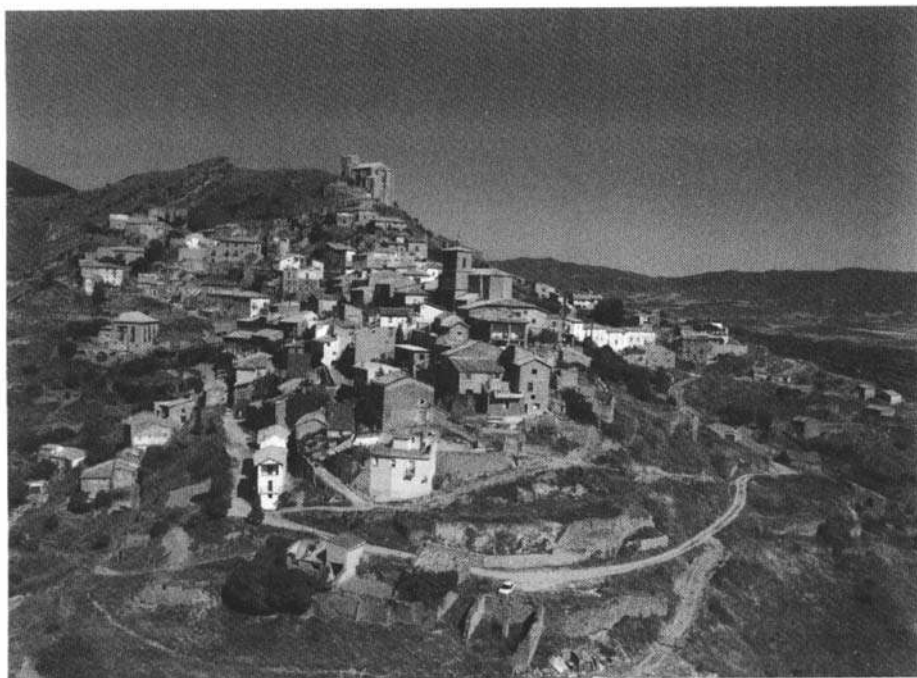
EL CABRERO DE GALLIPIENZO

El viajero espera que el Ayuntamiento de Gallipienzo y los servicios correspondientes del Gobierno de Navarra harán lo posible para que este hermoso pueblo pase a formar parte del circuito turístico, que merecen esa docena de pueblos históricos del Valle de Aibar.

Gallipienzo podría ofrecer en una sala cómoda y digna un vídeo sobre la historia del cabrero Zacarra, que nadie puede escribir mejor que el autor del trabajo citado, el profesor, escritor y músico Pedro Javier Sagüés, que tiene casa natal y casa de trabajo en Gallipienzo. Sé que hasta algunos productores de cine y guionistas está estudiando ese texto.

Después, los visitantes harían, contentos y regocijados, el recorrido por los lugares zacarreños.

Me apunto, desde ahora, a esa primera excursión.



USI, BELZUNCE Y MARCALAIN

Cuando el viajero llegó, el último verano, al alto (620 m.) lugar de Usi, pasando entre chopos, olmos muertos escalados de yedras, vacas royas y rebaños aquí y allí, vio tanto coche y tanta gente, que pensó se celebraba alguna fiesta. ¿No era éste aquel pueblo perdido, en el que sólo vivía el pastor?

El pastor, nacido en Lerín, me acompaña hoy, finales de diciembre, por los parajes usianos batidos por la ciercera, que se escapa entre los faldones del Txutxurro, el Arronomendi y el Aldaun, por el collado de Bacolekua.

En sus 2,13 kilómetros cuadrados tiene hoy el término de Usi 65 ha. de pastos y 60 de monte maderable, quedando sólo 6 de secano. Hace poco más de un siglo, en las 6 casas ancestrales habitaban 8 vecinos que sumaban 53 almas.

La llamada *Casa del Pastor*, a la vera del camino, hoy carretil, es un típico ejemplo de la casa antigua del Valle, construida casi siempre en el siglo XVIII y XIX: dos plantas y ático, mayormente en hastial; portada de medio punto y dovelada; sillares en vanos y esquinas; balcón corrido bajo el piñón del tejado; pequeño balcón lateral en el primer piso, y largo alero de madera.

El *baltegui*, que un día fue cobertizo o alpende junto a la era, da hoy título a la casa levantada sobre él. Cercana y orientada hacia el sur está la imponente Apyzcochea, fabricada en 1802, con los nombres de los dueños inscritos en la clave: Martín José Ezcurra y María Egozcue. Completan y cierran el anchurón hacia el norte, casa Ansorena, con un pequeño balcón de madera salido y pintado de negro, y la pared occidental del caserón del pastor, que necesita una reparación seria. Una de las dos viviendas de casa Ansorena es de una joven cantante de rock.

Como las mujeres de la casa de mi acompañante andan aún atareadas preparando una comida casera –hoy toca berza con patatas– en una cocina primitiva, vamos por el altillo, entre fresnos, hasta el extremo donde están restaurando, después de muchas visicitudes, la iglesia, dedicada a San Andrés, de comienzos del XIII.

Preside las obras y los deshechos una alta grúa azul. Se ha evitado que se hundiera el techo y ha quedado reforzada toda la fábrica. Han limpiado de yedra y maleza toda la cabecera, que guarda la puerta de ingreso, todavía pinturriada de cal. Queda de los tiempos originales la pila bautismal. En el retablo decimonónico sobresalen el sagrario y unas tablas del siglo XVI. La polémica casa parroquial, hoy casa particular, oculta y afea, como en los otros dos pueblos vecinos, la bonita figura del templo, pero aquí llega hasta las mismas campanas.

Si exceptuamos un coqueto chalé a la entrada del pueblo, las casas nuevas se arraciman detrás de las antiguas, en forma de un bloque de cinco viviendas, con jardín, y dos villas más altas y separadas.

Un camino breve lleva a la fuente vieja, con chorro recio de agua, que se derrama hasta el cauce del Zubiaga, que ahí cerca nace. Junto a la fuente, una pila baja y un lavadero elemental. El letrero interior *Cuida tu pueblo. Ni tires porquerías* no parece haber servido de mucho. Unos metros más abajo, la granja de corderos, con dos naves, es de Borja, el pastor.

Camino de Belzunce, el viajero va viendo una granja alta; un cementerio de coches, todos en fila; una serrería; unos largos invernaderos, que acampan también en el otro extremo del lugar; un mesón y un chalé.

Belzunce se acomoda a los dos lados del riachuelo Zubiaga, que baja crecido, hoy, primeros de marzo. Bajo los pinos y las hayas del Mendurro, el pueblo desciende desde la iglesia y dos casas contiguas, pasando por otro bancal de tres mansiones, entre huertas y herbales, hasta el rodal de viviendas congregadas al otro rumbo del río.

La iglesia de Santa Eulalia, que da nombre a la calle única, es también de comienzos del XIII, aunque varias veces reformada después. El siglo pasado fue pintada con motivos vegetales y despieces de sillar. Sobre la triple arquivolta de la portada gótica, guarda-lluvias con ajedrezado. Una hilera de canes medievales, vegetales, animales y antropomorfos, guardan la entrada, protegida por un pórtico. Frente a la entrada, un Crucifijo, del XV, desde un marco barroco, entre faroles y pinturas de altos edificios góticos, abre los brazos, bello, apolíneo, casi dormido. La valiosa cruz procesional, del XIV, hoy en el Museo Diocesano, ha sido llevada a varias exposiciones.

La casa adosada al templo, vivienda hoy restaurada, debió de ser la primitiva casa parroquial; fue luego escuela, donde estuvo Carmen, que nos guía por aquí. Tras un atrio breve y umbroso, con acacias y hierbas altas, está la mole de la reciente casa parroquial, hoy casa Pollero, con fachada al poniente, balconcillo de madera y plantas trepadoras. En el antiguo huerto parroquial triscan unos cabritillos pintojos.

En medio de la verde pendiente, Casa Arocena, que mira hacia el sol de la tarde, da la talla de la casona tradicional.

Cerca de la carretera, una planta baja que fue la última escuela del Valle, hoy, con los cristales rotos de las ventanas, suele servir en verano de bar *sui generis*.

Entre las casas, nuevas o muy restauradas, de allende el río, la de Fransarena, ahora convertida en almacén, es, si no la más ilustre, sí la más lustrosa de historia.

Belzunce fue antaño un señorío nobiliario. Estuvo en manos del monasterio de Leyre, de los Sanjuanistas, de la Catedral, de la Monarquía navarra y de los marqueses de Belzunce. Juan de Goyeneche, nacido en Arizcun en 1656, marchoso comerciante y político, que fue entre otros muchos cargos, tesorero privado de Carlos II, compró las pechas y señorío de Belzunce, que se elevaban a 40 robos de trigo al año. En 1696 consiguió del rey de España una real cédula que erigía la casa que aquí construyó en palacio de cabo de armadura, mediante un donativo de 3000 reales a la real hacienda para las fortificaciones de Pamplona. Fue desde entonces señor de Belzunce, como fue señor de otros varios señoríos castellanos, entre otros, de Nuevo Baztán, que fundó él mismo.

Su hijo Francisco Javier, hombre dotadísimo, que llegó a ser tesorero general del Consejo de Indias, recibió de Felipe V, en 1731, el título de marqués de Belzunce para él y sus sucesores.

Bloque cúbico, de dos cuerpos más ático; dos puertas de medio punto, una de ellas con rosca moldurada; soberbio alero, con dos franjas, superior e inferior, y caballetes adornados en las esquinas, el casón resiste aún, con los párpados caídos de las persianas rotas. Como el pino que tiene delante, seco ya en un tercio.

Las demás casas llevan unas huertas con cardos, puerros y cebollas, y jardines, donde juegan niños y perros, y se picotean levemente unos pavos y unos patos. No falta, en la parte más alta, una cuadra de caballos. Una avanzadilla de chopos, algunos acosados por la yedra, acompaña al afluente del Juslapeña.

Tomamos el camino viejo de Marcalain y vamos entre verdegales de cebadas y trigos. Bajan del monte tres arroyos hondos. Dos huertillos con casetas, verduras y árboles frutales. Una fea tapia con bloques de cemento armado.

Bella vista sobre Belzunce, alto, en pie de foto. La orla baja de pinos de repoblación sigue hasta los montes de Usi. Junto al campo

de fútbol veo otro chalé nuevo, y la Fundación de Traperos de Emáus, con un frontón de dos paredes pintadas de verde.

Marcalain, bajo unos montecillos familiares y el puerto de su nombre (Ataburu), no tiene raíz segura. Marcalain o Marcalagain es monte y término entre Cirauqui y Mañeru, y, según algunos filólogos, es un ejemplo típico de la denominación de las heredades romanas: *fundus Marcelli o Marcelliani*, que, por metátesis, daría Marcelain, Marquelain (como aparece en los documentos del XIV), o Marcalain. Sea, pues, esto último, o signifique marca, límite, frontera, no tienen razón alguna los que han borrado en el letrero de la carretera la *c* y la han sustituido por la *k* (en latín no existe esta letra).

Marcalain fue señorío realengo. Los reyes navarros lo cedieron a los Esteban de Mauleón o a los Juan de Monreal.

Las 15 casas de los libros son ahora algunas más. Y los 60 habitantes del siglo pasado allá se andarán.

Nos sale al paso al final del camino la iglesia de San Miguel, rodeada por la agobiante casa parroquial. Han florecido ya las hortensias, y en el jardín hay un corrillo de narcisos que hacen fiesta a un ciruelo japonés que está sonrosándose. Unos lirios azulosos se abren en la huerta de casa Aldaz, junto al manzanal. Yo los ofrezco a la memoria de Juan Cruz, que nos daba aquellas inolvidables cuajadas.

Las casas mejores se condensan en la parte baja del poblado. En torno a la plaza o anchurón están además de la ya mencionada. casa Tejedor y casa Larraya, mirándose cara a cara. Con la fachada hacia el camino está la antigua Posada, que fue también tienda, y, cerca, otras tres casas clásicas, todas en hastial. Llevan fechas de 1742, 1763, 1810, 1818, 1850... La dueña de Valentinena anda cogiendo unas lechugas.

– Sí, a ver un poco el pueblo, que está muy bonito.

Las viviendas se extienden en el recodo que hace el camino-carretera, entreveradas de huertas y jardines. La del veterinario y después del herrero, la del caminero, la del pescatero . . . La antigua

escuelita, ahora Centro Social y Casa del Concejo. Allí arriba dicen que van a hacer un restaurante. Dos chalés recientes de hijos del pueblo. Uno grande, entre pinos, en el extremo oeste.

La ladrillosa y un tanto descuidada Casa Consistorial del Valle de Juslapeña (*yuso*: debajo de) acoge hoy también la farmacia y el consultorio médico.

El tío Agustín, cuando le dejaron libre las cátedras y otras pompas, dedicó sus últimos y lúcidos años a estas tres parroquias, que amó entrañablemente. En ellas fue testigo sobre todo de la fe, de la esperanza y del amor sin límites.

Los plátanos y los rosales del atrio, todavía desnudos, esperan su florecimiento junto al pórtico y a la entrada de la iglesita de comienzos del XIII, y frente al relieve empotrado de la Virgen románica con el Niño. Cuántos encuentros con gente de toda condición en ese salón parroquial.

El día del funeral, teniendo delante las vivas escenas de la Pasión, de Juan de Gasteluzar, la preciada cruz parroquial del siglo XVI, y el gran San Miguel, vestido de soldadote romano, recordaba yo aquella jornada popular y regocijante de la fiesta de la restauración, varios años antes. No llegó a ver mi tío restaurada la de Usi, y sufrió la casi total deserción de Belzunce, cuya iglesia espera, hoy, cerrada... desde el 1 de enero al 27 de mayo, a que alguien venga de Pamplona; para poder celebrar algo con alguien!

Aún queda un rabo de tarde. Entre los campos de labor –Madoz habla de *tierras de mediana calidad*– se alza ligeramente el camposanto de Marcalain, sin un solo árbol.

Pasada la venta o bar de La Estrella, Garciriain se sube y aleja en su otero.

Y Ollacarizqueta hace de puerta y pasillo hacia la Cuenca.

La primavera está saliéndose por todas partes.

PRIMAVERA EN EL VALLE DE YERRI

Lo escribía hace más de cincuenta años, en el diario *Arriba*, de Madrid, Camilo José Cela, el viajero, el andarín, el ventolero, el vagabundo Cela, tratando sobre los viajes pequeños, que no se parecen al de Marco Polo: los viajes de vía estrecha, sencillos y cercanos:

Pero el viajecillo (...) se nos antoja más amoroso, más cauto e incluso más hondamente misterioso, más inequívoca y forzosamente sincero. Cuando no se sale de casa a descubrir nada, porque se va a caminar las sendas que trazaron, valle adentro o ladera arriba, muchos cientos de años de continuo descubrimiento, ha de perfilarse con cautela el rasgo de la escritura porque se va a hablar al lector de su padre y de su madre y no de aquel tío que nunca conoció y que vive de siempre en los lagos de Tanganica, en la cordillera de los Andes o en la meseta del Tibet.

El Valle de Yerri aparece en los viejos cronicones y cartularios como la Tierra de Deyo o de Deio (*Degius*, en latín, Deyerri o Deyerri en vascuence), que siempre estuvo en poder de los cristianos. En la época anterior a la fundación de Estella, su ámbito administrativo era mayor que el actual y contaba 29 lugares, diez más que hoy. Confinado por un anfiteatro de montañas al norte, al este y al oeste, el río Salado lo limita por oriente, separándolo del actual valle de Guesálaz, y el Urederra por occidente, en la muga con el valle de

Allín, mientras que el río Iranzu, que lo drena verticalmente, hace de límite sudoccidental al acercarse a Villatuerta.

Por tres carretilles se puede llegar desde la carretera hasta la leve colina donde se asienta horizontalmente Arandigoyen, antiguo señorío nobiliario, en el borde meridional del valle de Yerri. Subimos por el más occidental entre una docena de casas ajardinadas recientes, fijadas en la suave ladera y a la entrada del pueblo, donde alza su cabeza amarilla la jirafa de una grúa. Hace siglo y medio el pueblo tenía 11 casas, 14 vecinos y 74 almas, exportaba vino pero bebía el agua de un riachuelo (el Iranzu), agua exquisita, según un famoso diccionario. Hoy los habitantes son ochenta.

La iglesia medieval de San Cosme y san Damián, transformada en siglos posteriores, sobre todo en el XVI, y con un octogonal y barroco cuerpo de campanas, es la gloria religiosa y artística de Arandigoyen, y así lo indica el letrero que lee el visitante que se acerca. El pequeño crucificado románico, la talla renacentista de la Virgen con el Niño, y las dos cruces procesionales del XIV y del XVI son algunas de sus joyas. En el tablón de anuncios del atrio se anuncia una excursión a Hecho y Jaca para la semana de Pascua.

En la contigua calle La Chara, la sociedad recreativa Escargaña ocupa el edificio de las antiguas escuelas. Bajamos por la calle Nueva hasta asomarnos a los campos, montes y caserío creciente de Villatuerta. Relumbran los plásticos oscuros que recubren los caballos de las esparragueras y la cruz blanqueada de Maurien.

Las calles de Arandigoyen, pueblo famoso en la comarca por sus fiestas de septiembre, están limpiísimas y con muchos tiestos de flores. Veo los primeros narcisos de este año. Las casas antiguas, todas recentadas, tienen dos o tres niveles y varias de ellas están enlucidas en tonos pastel. Las viejas cruces negras del Vía-crucis aparecen en las fachadas; en algunas han quedado pintadas del color del enlucido.

Un arco de ingreso dovelado y de medio punto con escudo en clave y otro escudo dentro de una construcción moderna son herencia del siglo XVI. El segundo de ellos, que incluye dos calderos en el segundo y tercer cuartel, puede corresponder al viejo palacio del lugar, que, según el Libro de Armería, trae de Aznárez, es decir, los dos calderos del palacio de Aznárez. En el anchurón central se acomoda el nuevo frontón de dos paredes pintado de verde. Tres muchachos, sentados en un banco próximo, junto a una fuente de hierro, se jalan unos bocatas.

En el número 15 de la calle Mayor, que cruza el poblado de oeste a este, leemos la inscripción del primer beato del pueblo: *Aquí nació Rufino Lasheras Aizcorbe, OH [Orden Hospitalaria], 15. 6. 1900, + 5. 9. 1936, beatificado el 25. X. 1992.* En esa fecha de 1936 no sólo murió, sino que, además, fue martirizado, motivo central de su beatificación.

Una señora, sentada a la puerta de su casa, nos dice que es la única forastera que vive aquí y que las casas nuevas las hacen los jóvenes del pueblo. Al otro cabo de la calle hay también unos chalés. A la entrada oriental de Arandigoyen se abre a los aires el nuevo camposanto entre herbales y ziapés. Alrededor ondulan unas lomas suaves con algunos rodales de quejigos. Un molino de viento voltea haciendo en medio de un campo de labor.

Cerca de la carretera a Murillo, precedidas de un bonito espacio ajardinado, están las tres naves, blanqui-rojizas por fuera, de la Sociedad Cooperativa Agraria Orvalaiz. Murillo, Murillo de Yerri, viejo señorío realengo, está enhiesto sobre un pequeño altiplano en forma de cono truncado, y los verdes campos de labor le suben hasta las bardas. La torre, la tercera torre de Murillo, hace de mástil, que parece arbolar el caserío navegante en un mar de historia cereal y verdemar undante.

Un patio con un árbol de lilas. Huertas con manzanos. Adelfas y parras junto a algunas puertas. Aquí el cementerio es viejo y entre

matorrales. Un pequeño frontón de dos paredes, en el extremo oriental, está viejo; dos mozuelos juegan sudorosos a pelota, que la pierden de continuo.

Aunque en el listín telefónico sólo aparece la calle de San Esteban, leo aquí o allí: Plaza Mayor, Calle de la Fuente Vieja...

De la iglesia primitiva dedicada al protomártir no queda en el actual edificio reconstruido en los siglos XVII y XVIII más que la portada gótica y la pila bautismal de piedra; junto a ella, una lauda sepulcral del siglo XVI con dos escudos, uno de ellos de Joan de Goñi, con cruz de Malta. En el retablo mayor dejó el escultor estellés Bernabé Imberto un buen resumen de su vigoroso arte romanista; su Cristo Resucitado nos recuerda al Cristo de Anchieta en el retablo tafallés, inspirado a su vez en el arte supremo de Miguel Ángel.

Se conserva una casa con escudo del siglo XVII y dos del XVI con portalones y escudos del tiempo. Uno de ellos lleva las armas de los Biguria, de los Goñi, y de los Murillo (los tres castillos). Un torreón próximo es quizás el resto de una antigua fortaleza. Es muy probable que el nombre del lugar –Murillo, de murus– proviene de un recinto fortificado que tendría por centro el castillo. La situación elevada del pueblo sobre el terrazgo cerealero tiene todos los visos de un antiguo fortín.

Murillo, que llegó a despoblarse a mediados del siglo XV a causa de las guerras civiles y fue entregado por un censo perpetuo a Juan Remírez de Baquedano, tenía también hace siglo y medio 14 vecinos y 80 almas. Hoy el número de habitantes ha descendido hasta 37; producía asimismo vino, no se nos dice que lo exportara, y tenía una cantera de piedra –término La Cantera–, con cuyo material se construyó el convento de San Francisco en Estella.

A poca distancia del pueblo, camino de Montalbán, tras ascender un leve repecho, llegamos a la ermita de Santa Bárbara, patrona bien conocida en el Valle, edificio cuadrangular, que parece hecho o rehecho en el siglo XVI.

El pequeño mogote, cubierto de ollagas, tomillos, de algunos agavanzos y zarzamoras, y donde vemos los primeros adonis vernaes de este año, es un buen mirador sobre lo que la vista alcanza, y aquí nos remoramos contemplando el imperio verde y hegemónico de la primavera, desde las desafiantes Peñas de Echávarri hasta el luciente caserío de Salinas de Oro; desde la geométrica y neblinosa Artesa hasta el cejijunto y rebrillante Montejurra. En este vasto mapa recortamos, no administrativa sino estéticamente, el valle de Yerri, a partir de La Planilla, sobre Ibiricu, y de los montes de Lezaun, sobre Arizaleta, terminando en la terracilla que acoge a Lorca. Nos da en la cara una leve oriella.



ROMERIA EN SANTA FE

U nas nieblas altas y unas nubes bajas cierran esta mañana de junio en un triángulo amarillo entre la Sierra de Aranguren y las de Izaga y Zariquieta, que sólo rompen el costillar verdinegro de Gongolaz y las frondas del río Irati, al que acaba de darle el Urrobi un buen empujón.

Traen sus últimas aguas, en este año reseco, las regachas Sas-toya y Muru. Por tierras de Ozcoidi los trigales no se han quiscorriáu todavía, y bajo las sardas y sembradíos hay unos ribazos tan llenos de amapolas, que parecen colgaduras de balcones corridos y naturales.

A lo lejos, las crestas engalladas del Aldasur y del Baigura.

Como tenemos tiempo, nos paramos en Imirizaldu, asentado en un altillo sobre una vega fluvial y campos de labor, al que el río Areta rodea de vegetación y de frescura. Y de pájaros:

*Y las aves sin dueño
con canto no aprendido
hinchán el aire de dulce armonía*

escribía el divino Garcilaso. (Aspire el lector la h de la última palabra).

Pueblo con dos docenas de habitantes y un corto término concejil, fue otrora señorío realengo y perteneció, entre otros, al poderoso Juan de Beaumont. Hay árboles y flores por todas partes. Sobresalen dos casonas a cuatro aguas, un alto frontón (1977) en medio del poblado y una iglesia en un cabo del mismo, muy reformada y con algunos vestigios del siglo XVI. Abriendo una verja que chirría se pasa a un pequeño atrio cercado, donde florecen acacias, rosas y acantos, junto a un castaño más alto que la torre. Esta mañana, las llaves del templo están en la puerta y podemos ver la pila medieval, el Crucificado romanista traído de Santa Fe, y un sagrario de piedra del despoblado próximo de Artanga. Una fotografía del P. Esteban de Adoain recuerda al que fue párroco de este lugar el año 1837-38.

Al otro lado de la carretera se construyó hace unos años una hilada de casas de una altura, con jardincillo anterior y huerto posterior, para los veranos y fines de semana de diez familias originarias de aquí, que viven fuera.

De la iglesia salen ahora unos jovenetes que llevan la cruz parroquial a la romería.

En Irurozqui, el pueblo vecino, anda la gente, con el sueño roto sobre las caras, preparando la fiesta del Día del Valle, que coincide con la inauguración de la restaurada Casa Consistorial. En una bodega grande, cercana a la iglesia, están poniendo las mesas y sillas para la comida popular, a la que seguirán bailables en la plaza, como anuncian los programas. Pero a Irurozqui volverá pronto el viajero en busca del poeta Zacarías Zuza, y dirá entonces alguna cosa más.

Llegamos a Santa Fe, a Santa Fe de Ezcániz, que es como hay que llamarla. Encuentro todo, después de unos años, más limpio y rehabilitado, aunque queda todavía trecho para llegar a la perfección. Perfectas son las rosas que ornan el barrio bajo de Epároz.

En el cruce del camino de Ezcániz se juntan y aguardan portadores de cruces, casi todos ellos mocetes con muchos bríos. Hasta que el cura baja desde Santa Fe con la cruz de la basílica y tras ella suben todos entre un alborozo de campanas.

Entre las cruces va la de Adoain, gótica del siglo XV, punzonada en Pamplona, y la de Epároz, del mismo estilo y tiempo, punzonada en Sangüesa, con bellos relieves históricos y simbólicos, que merecen verse despacio. En Adoain le contaron al viajero algunos incidentes, que hoy es mejor callar.

La gente se arremolina en el fresco interior de la iglesia proto-gótica de Santa Fe y se sienta o se apoya donde puede, hasta en los dos pies, cuando no hay otro remedio. Sustituye esta vez al venerable y venerado don Félix el párroco de Lumbier, quien, afortunadamente, sabe qué es una romería y cómo debe hacerse una liturgia seria, emotiva y breve en la ocasión. Y a tí te digo, Pedro, para que me entiendas, Juan.

La vendedora de chucherías de toda la vida se ve sorprendida por un merecido homenaje. Y, como, a la hora de la comunión, el previsor se quedó corto, la función se acorta también.

Mejor no recordar las tablas robadas al retablo romanista (bien se está el Cristo gótico en el Museo de Navarra), que ni San Miguel, que alancea al dragón, ni San Jorge, que se las ve y desea con el demonio, pudieron impedirlo. Menos lo iba a hacer la bella Santa Fe, con las dos manos ocupadas en sostener el libro y la paloma del martirio.

Después de la misa sacan a la santa en procesión, seguida por las cruces del Valle, los alcaldes y fieles del común, que dan la vuelta al cerrillo, en el que han plantado unas acacias.

Tomad, Virgen Pura/ nuestros corazones...

A los presidentes de Concejo y alcalde del Valle, chapetones algunos de ellos, se les han unido otras autoridades locales y forales. Es hoy un día postelectoral y no les faltan conversación, enhorabuenas y guiños. Están aún relucientes del óleo civil de la unción popular o esperando el aceite graso de la componenda y del mangoneo.

—Qué contentos andan todos —dice con sonrisa machuna un pai-

sano guasón, de los que miran la procesión desde la repisa del repecho.

Terminada la bendición de los campos, vuelven todos a la basílica. Y la gente se dispersa, pero no mucho, porque la mayoría tiene que ir a Irurozqui.

El viajero aprende esta vez que el arco, bajo el que se pasa de la iglesia al claustro, fue traído de la casa Irigoyen de Epároz después del incendio de la misma, hace veintitantos años.

Por un carretil sombreado de chopos, que sube hasta el despoblado y semicoto redondo de Larequi, nos desviamos hacia Ozcoidi.

Pega un sol de plomo o un plomo de sol, no sé cómo decirlo. Todo parece azorrado a estas horas en el campo por la calor.

No hay nadie en el pueblo, como es natural un día de romería. El poblado vivo de ocho casas que un día fue se ha reducido a dos. Y contento, en esta zona de despoblados.

Están los principales edificios, algunos ya reducidos a corrales o bajeras, a los lados del camino. Las dos casonas vivas tienen tres niveles, a cuatro aguas; una de ellas con un escudo del siglo XIX, y dos torreones en la parte inferior, del siglo XVI; la otra con las armas de Miguel José Urniza y un jardín al pie con rosales, geranios, estrilizias, margaritas, malvas reales... Son casa Chandía y casa Adoñena.

Unas huertillas alrededor y un corralillo lleno de perros cazadores.

Peor suerte ha corrido la antigua casa parroquial, convertida en corral junto a otros corrales recientes. Cachurrina.

La iglesuela, también protogótica, está cubierta de teja vieja y yedra añosa, tiene una sola ventana y tres contrafuertes, bajo una torre recrecida. Está dedicada a San Pedro y, según me dice quien co-

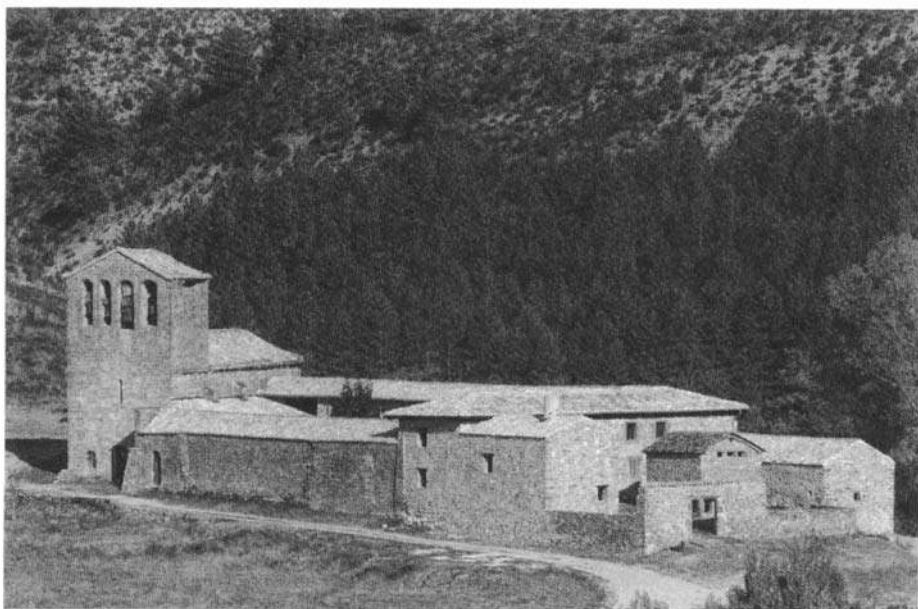
noce bien la cosa, no está abierta al culto, aunque una de las familias encarga cada año una misa y la mantiene limpia todo el tiempo.

Lo que pasa es que de vez en cuando saltan las cabras, con lo malas que son, y dejan el pequeño atrio, guardado por una verja, lleno de cirrias, hecho una miseria.

Pero los de Ozcoidi saben bien que su Virgen del siglo XIII, de grandes ojos y niño pequeñín, flor en la mano derecha, corona trebolada y velo, está a su disposición y a la de todos en el seguro y reluciente espacio del Museo Diocesano de Pamplona.

Cuando volvemos por Irurozqui, las autoridades forales y locales que asistieron a la romería están cumpliendo celosamente el primer acto del programa del Día del Valle.

Todo estaba bien previsto..., menos esta calorada.



DE LEPOEDER A RONCESVALLES

Cuando desde San Juan de Pié de Puerto llegamos aquel mediodía a Lepoeder (bello collado), por el Camino Francés, no estaba tan bien señalizado como hoy, y tomamos el llamado camino militar, ampliado seguramente por las tropas de Napoleón, que desciende hasta Ibañeta Seguimos después por la actual carretera, construida en 1881, hasta la colegiata.

Algunos autores, entre ellos don Ramón Menéndez Pidal, que recorrió estos parajes en 1947 con don José María Lacarra, dan por segura la calzada romana que desde Lepoeder descendía por el sur hacia Iturissa-Pompaelo-Astorga. Así que en compañía de Javier, que todo lo sabe, y de Antonio, que pasa unos días por aquí, hemos ido en el Polo de Santi hasta el collado, hemos ojeado el túmulo semioculto, visto el pequeño baluarte, todavía bien visible de Burreguieta (de *buru*, no de burro) y nos hemos quedado contemplando esta gloriosa mañana primaveral y todo lo que nos trae en su alta bandeja luminosa.

Las nieblas, que brotan en estas mañanas soleadas y agostañas de las entrañas del bosque, nos velan y desvelan el Adi, el Menditxuri, el Lindus y el Guirizu, en un juego cinético de blancos, verdes y grises, que es maravilla. Serenos, impertérritos, se nos muestran el Tiratun, el Larrogain y el Corona. Limpia de nieblas y alegre de sol

aparece la altiplanicie de Roncesvalles, donde se dibuja, caminal y coqueto, el antiguo y pequeño Burgo de Roncesvalles, o Burgo de la Plana, ahora llamado Burguete.

Al otro lado, no de la muga, sino de la mañana, los líricos y épicos nombres de Astobizkar, Mendichipi, Txangoa, Leizarateka, Bentarte... que el viajero ha transitado una y otra vez y mira hoy con una miaja de nostalgia. Por ahí iban y venían nuestros antecesores de la edad de los metales, los romanos, los peregrinos jacobeos, los soldados napoleónicos... Por ahí vino a Hispania un día Carlomagno, tras interrumpir la lucha contra los sajones, dispuesto a hacerse con varias ciudades musulmanes, que le habían prometido algunos musulmanes enemigos de Córdoba. Franqueó por aquí los Pirineos, pasó por Pamplona, ciudad de los navarros (*primo Pompelonem Navarrorum oppidum adgressus*), y llegó a Zaragoza, que, contra lo prometido, encontró cerrada. A causa de una nueva revuelta en Sajonia, se vio obligado a volver. Recogió algunos rehenes sarracenos, destruyó las murallas de Pamplona y se dirigió hacia el paso pirenaico.

No ha sido menester traer los textos de los *Anales Mettenses*; los *Anales Regios*; la *Vida de Carlomagno*, escrita por el monje Eginhardo; los *Anales Fuldenses* o *El Poeta Sajón*. Porque Javier se sabe todas las prosas y versos latinos que hacen al caso y nos las va recitando con vigor y galanura mientras bajamos por un camino cómodo al comienzo, a la vera de un hayedo claro, con varios troncos caídos. De la rama de un haya cuelgan unas zapatillas deportivas, tal vez un exvoto peregrinal y ecológico, y sobre un marcuero del borde hay clavadas unas crucecillas hechas con ramas, según la tradición jacobea en Ibañeta.

Llegan por fin las tropas del rey franco vencedor de los vascos hispanos y de los navarros (*hispanis wasconibus et nabarris subjugatis*) y se acercan a los Pirineos.

El camino, el nuestro, se estrecha entre helechos y algunos juncos. La cuenca alta del regato que lleva un nombre tan moderno co-

mo Basajaunberro, se abre en dos valvas o ventallas del hayal esplendente. Luego la vía se tuerce y retuerce y cuesta imaginar por aquí una calzada, al menos una calzada clásica. Los autores discrepan aún sobre qué vascones fueron los autores de la escaramuza, si los de este lado o los del otro, y no digamos nada sobre el lugar. J.M. Lacarra, que no comparte la opinión de Menéndez Pidal de que hubiera sido en estos parajes por los que pasamos, prefiere suponer que los atacantes prepararan la emboscada, apostados ya en Guirizu ya encima del camino entre Ibañeta y Lepoeder.

Salvo e incólume asciende el ejército franco y, dada la angostura del terreno, los soldados marchan en fila india (*cum agmine longo*), cuando, en la misma cumbre del monte sienten de cerca la perfidia de los vascones: *in ipso Pyrenæi jugo wasconicam perfidiam parumper in redeundo contigit experiri*.

Carlomán ya pasó, con sus mejores tropas. Pero las acémilas y los carros de la intendencia, la caballería protectora, los rehenes y cautivos, y el tesoro real custodiado por algunos palatinos, engrosado con las exacciones y las rapiñas, son más lentos de pasar. Los vascones, acechantes en las alturas, promueven un alboroto para asustar al personal y al bestiaje: *Wascones in summi montis vertice positæ insidiis, totum exercitum magno tumultu perturbant*. Les lanzan una granizada de dardos (*missilibus primo sternunt ex collibus altis*) y abalanzándose contra la retaguardia matan a todos y los arrojan al precipicio. Les favorece a los vascones la sorpresa, el conocimiento del terreno, muy incómodo para una fuerza pesada (*loci iniquitas*), la ligereza de su armamento (*levitas armorum*) y la sombra protectora de la noche. Y la probable niebla, me atrevo a añadir yo.

Para los cronistas francos que se deciden a mencionar la infamante derrota, los atacantes no son más que una turba nefanda de ladrones (*victrix latronum turba nefanda*), que se llevó un ingente botín (*ingentem rapuit prædam*), con el que se enriquecieron aquellos saqueadores (*praedones illos spoliis ditant opimis*), desaparecidos como por ensalmo, veloces y dispersos, en la tenebrura de la noche.

Allí quedaron muertos el senescal Eggihardo, el conde de palacio, Anselmo, y Rolando, duque de la marca de Bretaña (*Hruodlandus Britannici limitis praefectus*), que dieron lugar a uno de los ciclos líricos y épicos más importantes de la literatura mundial.

Al llegar a Haritzmakur, dejamos a un lado la pendiente que va a dar al vallecico que drena el Arrainosin (pozo de peces); allí se abre un sendero por donde descienden algunos peregrinos. Hemos bordeado el costado sureño del hayoso montecillo llamado Don Simón, en honor de un canónigo cazador y amigo de sus veredas.

El bosque espeso se regolfa y se esclarece ahora sobre el serojo, entre cardos morados, ranúnculos, acebos, hayas y pinabetes. Ya vemos la sierra de Labia, la planicie de Roncesvalles, y poco más tarde la colegiata, con la torre de la capilla de San Agustín en primer plano, radiante de sol y de gótico.

Damos al camino de Basajaunberro. Hayas centenarias resisten imperturbables y estoicas entre endrinos, saúcos, helechos y arándanos. Corre el regacho, entre molsos de berros, peregrino cantarín y sin remedio.

EL ROCÍO DE RADA

Ni febrero ha sido revuelto, ni marzo ventoso, ni abril especialmente lluvioso, pero mayo nos ha salido florido y hermoso.

Carretera de Caparroso a Mérida. En la desviación a Rada ya se nos indica: *Al Rocío*.

Los primeros arrozales. Granjas y bajeras aquí y allí.

Entre cebadillas y amapolas en los bordes del carretil, llegamos a Rada, nada menos que a la Calle del Concilio. Y luego a la Avenida de Navarra. La torrecilla espigada de la iglesia, entre chopos, es su más alto signo y símbolo. Sobre la puerta del templo, una hoja que anuncia, el próximo día 15, fiesta de San Isidro, *El Día del Mundo Rural*.

Están montando el mercadillo en la calle frontera de la Esperanza.

— ¿Todos los sábados hay mercadillo?

— Los sábados y los domingos, y otros días también. Quédense un poco y verán cuántas cosas tenemos.

— Luego, a la vuelta, que vamos al Rocío.

Bajo el pórtico de El Cortijo hay varios paisanos con traje cam-

pero. Muchos coches particulares. Un autobús. Allá lejos, los restos, a la deriva, del alto navío histórico de Rada.

– Por aquí, sí, a la laguna.

Los organizadores han madrugado mucho más que nosotros. Y ya van ahí adelante las cuatro carrozas, acompañando al baldaquín de la Blanca Paloma, entre claveles y gladiolos. Y hay un revuelo de caballos alazanes y no alazanes, y de sombreros cordobeses, peinetas, mantones, pañuelos, cabelleras al viento fino de la mañana, basquiñas, volantes y faralaes. A lo lejos se oye un grito con alma de cante

– ¡Viva la Madre de Dios!

Nos detenemos un poco para dejar pasar a los coches, al polvo y a varias personas a pie, junto a un almacén abierto, lleno de aparatos agrícolas. En la parte baja una huerta, a la vera de un regacho tapado de cañas.

Avanza lentísima la procesión rociera.

Por un buen camino, entre pinares, y entre campos de arroz inundados de agua, que nos recuerda tanto las marismas andaluzas del Guadalquivir, en el Parque de Doñana, cerca del bendito santuario de la Virgen del Rocío.

El viajero que en sus buenos tiempos visitó Rada y su laguna, no se imaginaba este cambio cualitativo de paisaje. Así que se queda entre sorprendido y pasmado, como otros muchos que vienen acá por primera vez.

- Viva la Blanca Paloma!
- Viva la Madre de Dios!
- Y bonita.
- Guapa-Guapa.

La comitiva aprovecha un recodo del camino arrocero y se detiene un rato a tomar aliento; es decir, el bocadillo, el otamen, la ley, el *amarretako* –aunque son las 11–, o el almuerzo a la navarra.

– Entrando en vino, dice Alfonso.

Aquí uno saluda a muchos amigos y hermanos, que llevan la medalla de la Hermandad al cuello, y nos invitan a tortilla y vino tinto. Pepe y Manolo, y Luisa y Macarena, y Antofito, y Mariano.

– Pero si estáis medio mundo.

Tantos navarros como andaluces. Y gente de toda condición.

– Aquí hay de todo –me dice Andrés–, –que va de costalero empujador–. Fíjate, hasta yo mismo.

Alfonso quiere más tortilla y le falta pan, así que vuelve a hacer cola junto al carromato de la manduca colectiva.

– Perdón por la confianza.

– Nada, que no nos movemos.

Reemprende el camino la caravana. Detrás de nosotros, no lejos de la Blanca Paloma, va un carrito, tirado por dos ponis, colmado de niños y niñas vestidos de fiesta, y, alrededor, madres y padres, con una alegría chispeante en los ojos que es maravilla.

– Pero qué bonito mantón de Manila.

– ¿Y esa rosa al pelo?

Un letrero nos indica la dirección a la Laguna Recreativa de Rada.

Pinos carrascos a derecha e izquierda, y espartal florecido en los orillos.

Un caballo alazán pálido pasa a buen trote por un sendero paralelo, con un buen caballista vestido de ocasión, con dos niñas a cada lado.

Aquí viene el hermano mayor, sudando y sin sombrero, atento a todo y a todos, menos a sí mismo, uno de los hombres que tomó a pecho desde el primer momento la idea de Pepe Trujillo de fundar la Asociación de Nuestra Señora del Rocío en Navarra. Me presenta a su hijo, un adolescente color de fruta joven, que lleva con otros compañeros el estandarte con la Virgen a un lado y el escudo de Navarra al otro.

– Venga, más adelante y que corran un poquiyo más.

Y ahí salen Miguel y dos amigos, que venían la senda de los caballos.

– ¿Cómo va eso, hombre?

Suenan las castañuelas y cantan los romeros y romeras que van detrás de la Virgen:

*Se despertó el camino,
Madre, de su letargo (ter)
Se deshojó la espera,
Vamos andando.
No sé que tiene la Virgen,
no sé qué tendrán los pinos
que hasta me tiemblan las carnes
cuando pienso en el camino.*

Debajo de unos pinos frondoso, se arremolina la gente, y Jesús, el párroco veterano de Barañain, alma eclesiástica de la Hermandad, introduce el rezo-canto del Angelus, ya señalizado también en el itinerario. El coro, romero en mano, se aglutina en torno al baldaquino de la Señora y entona con fuerza y salero el cántico, al repique de las castañuelas:

*El campo quedó en silencio,
la gente quieta estaba
porque rezaban el ángelus
a esó de media mañana.
Enrojecieron los cielos
a esó de media mañana*

EL ROCÍO DE RADA

*y el campó quedó en silencio,
y se calmaron las aguas.*

Relinchan unos caballos y los romeros rompen en aplausos.

Un rato más de carreteo, de cabalgadura, de paso lento, y ya estamos en la ladera sur de la laguna de Rada, dentro de un camino recto que la circunvala.

Entornan el embalse artificial viejos pinos alepos, entreverados de coscojas, lentiscos, carrasquillas, chopos, tomillos y espliegos. Dentro de la lámina de agua verdea lozano el carrizal, con algunas manchas de pradera y juncal.

La romería se derrama por el rasillo próximo a la balsa, cerca de los puestos de bocadillos y bebidas, y de la sombreada caseta del guarda; por los fogones, las mesas y la fuente del muy bien planeado merendero. Enseguida sale potente y animosa por los altavoces la música de unas sevillanas, y todo el mundo capaz de hacerlo sale a la pista vegetal y se arranca por bulerías. Ay, como bailan esas dos chavalas vestidas de azul y de rosa: tan bien como los ángeles, si alguien les hubiera enseñado a bailar. Y cómo baila Conchín, maestra del género, aunque no venga vestida de sevillana.

Y cuando estamos, unos y otros, fascinados por el cante, alguien grita como en las películas

– ¡Fuego, fuego!

Y todo el mundo echa a correr. Una colilla o una hoguera, vete a saber, ha prendido en la parte meridional en el bosque de pineda, chopera y matorral, y comienzan a arder estrepitosamente los carrizos de la acequia que pasa por ahí, los zarzales y el tomillar. Todo el que puede, hasta los camperos, coge una rama de chopo o de pino y va a apagar la llama o la brasa que le toca.

– No te metas ahí, que es inútil.

Uno ve en estas ocasiones lo inútil que es y que aparece, mien-

tras admira los consejos, las consignas, las maniobras y los movimientos de los que parecen bomberos de profesión o de afición.

Algunos cogen agua de la fuente y de la misma acequia para aliviar el daño. Afortunadamente, el bochorno deja de soplar y el incendio no se extiende hacia donde están los coches, ni sube a los pinos o chopos altos; sólo se chamuscan los árboles pequeños.

– Dejad eso. Aquí, aquí, todos aquí.

– Vamos allá, todos allá.

No hay como el fuego o el agua desmelenados para imponer disciplina.

Nuestro amigo Emilio y otros extintores beneméritos se han quemado o cortado en la operación y una enfermera rociera les cura con el material que lleva el coche de la Guardia Civil.

Cuando los bomberos del Parque de Tafalla llegan por fin y apagan el fuego del todo con dos autobombas forestales, el hermano mayor avisa por el megáfono que la fiesta continúa y que no pasa nada.

– Sólo ha sido un pequeño susto.

Y comienza la misa rociera.

Es demasiado tarde para nosotros que repasamos la balsa donde cantan los carriceros; nos encontramos con mucha gente que va hacia la fiesta; vemos que El Cortijo se ha despoblado parcialmente; observamos cómo están terminando de desmontar el mercadillo, y dejamos con pena los pinares y arrozales de Rada, prometiendo volver otra vez, pero esa vez sin los bomberos.

DE SAN VICENTE A PUYO

San Vicente —uno de los pocos pueblos con nombre de santos— conserva, en su hermosa soledad, el encanto de la antigua capital de Urraúl Bajo. El próximo y excavado desolado de Puyo, sobre el Irati, lo hace más atractivo todavía.

Mañana velada de verano. Poco tráfico, algunos ciclistas. Chopos jóvenes en las márgenes de la carretera. Pacas en los rastrojos, aún sin recoger. Vastos campos de girasol (¿los dejarán perder? ¿los quemarán?).

Secarrales. Un tractor sonoro. Nieblas en Arangoiti. Una airosa chopera. Dejamos para otro día Rípodas y su palacio. Pasamos por el puente sobre el Areta. Acacias y huertas a un lado y otro. Nebulosa Ízaga.

Nos reciben a la entrada del lugar muchos tiestos con flores, acacias de Constantinopla, aligustres, rosales, pitas, geranios, parras caseras...

Sobre el dintel de una casa de tres niveles, reconstruida, vemos la inscripción del año 1797, con dos serpientes enroscadas entre

estrellas, terminadas en forma de lagarto y dos animales más; el alféizar de una de las ventanas lleva grabada un águila bicéfala coronada, que puede datar del siglo XVI.

Otras viviendas antiguas, junto a alguna nueva, tienen puertas adinteladas, en arco apuntado o medio punto, con alguna ventanita ajimezada. En un anchurón, junto a tinajas y tiestos, hay también basas de viejas columnas. Más allá de lo que un día fue era, con cajas de tractor, narrias, piezas de coche, y otros despojos, están rehaciendo una casa en el extremo sur del poblado.

Tres casas antañonas se han convertido en granja, con grandes puertas metálicas que han sustituido a portadas doveladas. En torno a una mansión palaciana, se espesan matorrales, cardos, hierbas altas. Les hacen coro unas higueras, unos ciruelos y un enorme ailanto, con otros más pequeños. Fue sin duda una cabal huerta, donde no falta el pozo.

En la calle Mayor –lo demás es calle Gracia– está la antigua casa consistorial del Valle, residencia antes del secretario, y vendida después; una casa restaurada, con una enorme antena; un chalé con jardín y pozo... Detrás del templo parroquial, un blasón rococó, con árbol arrancado y jabalí pasante, luce en la fachada muy rehecha de una casona del siglo XVIII, rodeada de un seto de boj, palmeras chinas, abetos y un sauce bien plantado.

No se extrañe nadie de que en un lugar tan pequeño –seis vecinos permanentes– haya estas preciosidades. San Vicente ha sido hasta hace poco capital administrativa del Valle, además de capital natural, por su emplazamiento, y ya en el siglo XV tenía nueve fuegos de hidalgos, lo que explica la noble osatura de las moradas.

El rincón de la iglesia de San Andrés, bajo la brava torre alerta, con su banco corrido y mesas de piedra, y jardincillo, con árboles y plantas, donde no falta el acanto, es un lugar de descanso y recreo antes de ir a Puyo y sobre todo después de llegar desde allí.

Abre y cierra la iglesia parroquial una esbelta puerta gótica, con arquivoltas y capiteles de cabecitas humanas y motivos vegetales. El interior, muy modificado, está presidido por una talla romanista del patrono, de expresión y formas muy vivas. Obra probable de Juan de Huici, que pleiteó con los vecinos por el dinero que le adeudaban.

María Ángeles, madre de una joven rubia que ha pasado hace un rato con un niño en la mochila y un perro, nos da las explicaciones precisas:

– El patrón es San Andrés y la patrona la Virgen del Rosario.

(...)

– El tejáo lo arreglamos hace un año. Falta la pintura del techo.

(...)

– Faltan también bancos. Claro que luego van a sobrar todos. Estamos tan poquicos...

Como ve que conocimos y tratamos a don Marcelino, aquel cura activo y listo, escritor y lingüista, que fue también párroco de aquí nos dice:

– Pobre, verdad que sí?

(...)

– El empezó a arreglar la iglesia.

(...)

– Mi madre estaba encantada con él.

(...)

– Claro que tenía, al final, sus cosas...

(...)

– Pero era majo.

Bajamos del puyo donde se asienta San Vicente –436 m.–, camino del desolado medieval de Puyo, o Pueyo. Una asombrosa y sombría vegetación aprieta por ambos lados al barranco de Apardués, que otros llaman Guerguitain o Izaga, por el origen. Ahora está seco, pero están verdes verdísimos los fresnos, los olmos, los alisos, los arces, los saúcos.

Tras el puente, está la caseta con chimenea, que lleva el nombre de fábrica de electricidad, molino construido en 1850. Por un ca-

mino de piedras pequeñas, entre matorrales, se llega al desolado, que lo fue desde comienzos del siglo XV.

Vamos encontrando montones de piedras con líquenes blanquecinos y anaranjados, entre tomillos y aliagas. Algunas piedras labradas y piedras losa-laja. En la cima del puyo o cerro, en el extremo norte (497,3 m.), un letrero de madera indica: *Desolado medieval de El Puyo*. Muchas ruinas de edificaciones de piedra, entre matorrales, cardedales y escambrones. Especie de murales anchos entre tomillos y cardos. Tal vez son los restos de la ermita arruinada, que constata el *Diccionario* de Madoz a mediados del siglo pasado; ermita, donde antiguamente se celebraban las juntas del valle, por ser punto céntrico, cuando existía el puente de Artieda. Los Urraúles, Romanzado, y Liédena fueron durante siglos un solo municipio.

También aquí las piedras hablan. Hablan y pueblan un paisaje, que es un país humanizado y lleno para siempre de la presencia del hombre. Aquellos 18 habitantes que vivían sobre este huraño paraje en 1366 y que habían desaparecido en 1428 siguen hablándonos y humanizándolo todo, si es que tenemos ojos para ver y oídos para oír el paisaje.

Las excavaciones han encontrado restos del siglo IV de nuestra era. Fueron sus habitantes entonces y después gentes que vivían del ganado ovino. Madoz dice también que los pastos del terreno son buenos para ganado lanar. El suelo de las viviendas unifamiliares, de unos 70 metros cuadrados, era empedrado y la techumbre de madera y adobe recubierto con lajas de piedra. Las paredes, también de piedra, con el interior relleno de barro y cascajo. Solía haber dos habitaciones, hogar y dormitorio, con anejos de almacén y cuadra. No tenían ventanas o eran muy pequeñas.

Desde la desolación de El Puyo se contempla la consoladora terraza aluvial del Irati, desde Grez-Artieda hasta Rípodas-San Vicente, y aún más allá, hasta Lumbier. Grandes choperas a orillas del río pirenaico, que pasa debajo de donde estamos, ventallea sobre los campos lisos, amarillecidos de luz y de fuego solares, girasoles

tornátiles, piezas rubiales, ya labradas, y declives ondulantes de margas azulencas, con los islotes humanos de Sansoain y Nardués-Adu-rra, bajo el monte Muru. En el horizonte, Baigura entre luces de le-jañas.

Al volver por el oeste, vemos un rebaño de ovejas y cabras, muchas de aquéllas echadas en el suelo, acaloradas. Se oye remoto el gañido de un perro. Lo que queda del despoblado de Apardués se acurruca sobre el barranco y bajo el promontorio norte de la sierra de Tabar. Tuvo pobladores hasta los años sesenta.

Bajamos con dificultad por senderos de cabras o abriéndonos paso en el monte bajo, entre el perfume pisado de lavandas y tomillos. Un tractor con pala viene buscando arena en las orillas del regacho. Un cinturón de carrizos y de mimbreras hace cimbrear el talle del cauce ahora seco. Otro letrero de madera nos señala el Puente medieval de San Calaveris (¿broma macabra?). El puente es gótico, de piedra pura y dura, sin arrimo alguno. *Casi lo tapan* —escribió líricamente hace años Fernando Videgain— *de un lado los tamarices y del otro las madresekvas*.

Puente arriba, charcas de agua verde entre juncos, sobre la que se crispa una viña de cepas altas, la única que hemos visto por aquí. Subimos por el camino de Indurain, entre zarzales con moras apetitosas y endrinos con endrinas aún verdes. Unos hortancos ente sombrillas de higueras.

Verano —escribe Pablo Neruda—, *violín rojo/ nuble clara (...)* | *el cielo/ abovedado/ liso, luciente como un ojo (...)* | *sol endiabado/ sol terrible y paterno y sudoroso/ como un buey trabajando...*

PROCESIÓN DEL CORPUS EN ETXAURI

Se defiende el pueblo entre la sierra y el río, aunque ya no tenga que defenderse de nadie, salvo de sí mismo. El caserío circunda el amplio espacio del mercado ganadero y las eras comunales, que forman un anchurón cuadrado y es la plaza mayor.

El herbinche comienza a secarse y junto a él salen cebadillas, gramas, margaritas y tréboles blancos. Plataneros, chopos, arces y sauces, todos jóvenes, adornan un lado de la plaza. Dos cedros se levantan de una huerta cercana. Un tractor aparcado junto a la tapia.

En torno a la iglesia maciza de tiempos barrocos revuelan impacientes aviones y cerrines y pían incesantes los gorriones. Tras el atrio con acacias, bajo un pórtico de doble arcada con ladrillo rojeto andan unos chicos madrugadores.

Un frontón pequeño. Una torre de sillarejo, con la hiedra subiéndole por una de las aristas, luce ventanas ajimezadas de arcos apuntados y una triple hilera de canes, que sostienen impostas lisas bajo la cubierta a dos aguas.

En las calles por donde va a pasar la procesión se dan los últi-

mos toques a los altares. Del bar de la plaza sale un sordo ruido de cafetera. Tres personas se desayunan y a la par se informan en los periódicos.

Llegan dos coches de Pamplona, ellas y ellos en ridículos pantalones cortos, que contrastan con la gente endomingada del lugar.

Un señor con bastón, un chico con traje marinero y borlita retrechera, y dos chicas con cestillos de flores van hacia la iglesia. Pasan unos mocetes en bici.

Poco a poco se arracima la gente en el atrio, hasta donde llega, acompañada, una señora en silla de ruedas.

Tocan despaciosas las campanas de la torre revolada de vencijos.

La iglesia es oscura por dentro y está llena de altares barrocos y neoclásicos. Abundan las tallas de bulto redondo. El retablo principal tiene tres calles entre columnas corintias con fuste acanalado.

Cuando termina la misa, sale la procesión, entre un revolver de campanas, pequeñas y grandes, que no deja oír los buenos días que te da el vecino más próximo.

Al viajero se le vienen a la memoria las inolvidables procesiones del Corpus que ha visto en su vida, desde Toledo o Brujas a la de un pueblecito tirolés, pero sobre todo las espectaculares, un poco napoleonizadas, de algunos lugares de Ultrapuertos. Fiesta litúrgica reciente –*Besta berri* se la llama en el calendario vasco–, instituida en toda la cristiandad en 1264, alcanzó un singular relieve en tiempos de la Reforma, cuando muchos reformadores negaban la presencia real eucarística.

El primer decreto de nuestra reina Juana de Albret, la madre del futuro Enrique IV, una vez pasada al calvinismo, fue suprimir, el 30 de mayo de 1563, las tradicionales procesiones del Corpus (*Fête-Dieu* o Fiesta de Dios, en francés), tachadas de *idolátricas*, lo que levantó una activa indignación en la Navarra ultrapirenaica y en el Bearne.

PROCESIÓN DEL CORPUS EN ETXAURI

Cuando, un año después, Juana tuvo que acompañar a la Corte de Francia en su gira por el Reino, le tocó la fiesta del Corpus en Macon. La procesión presidida por el cardenal de Borbón pasó bajo las ventanas cerradas de su aposento, pero algunos miembros de su cortejo calvinista insultaron a los católicos, y el accidente estuvo a punto de acabar en tragedia. La reina madre Catalina de Médicis y el rey Carlos IX organizaron, días más tarde, otra procesión solemne y expiatoria, a la que Juana, sus edecanes y ministros religiosos tuvieron que asistir con los ojos bajos y las cabezas descubiertas.

Abre el cortejo la cruz parroquial, y bajo el palio, portado por cuatro hombres, va el párroco con la custodia. Niñas y niños, vestidos de primera comunión, las niñas con espórtulas llenas de pétalos de rosas.

*Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor..*

El estribillo del potente y luminoso himno del Congreso Eucarístico de Madrid ha llenado de emoción a generaciones enteras de españoles.

La procesión atraviesa la plaza, donde el yerbín hace de alfombra festiva, y se detiene ante el primer altar, en el descansillo de una calle, entre acacias y rosales. Un paño carmesí y otro de seda blanca hacen de fondo. Una pequeña palmera crece junto a la puerta dovelada de la casona. El párroco canta una oración y da la bendición con el Santísimo. Las chicas vestidas de blanco, ángeles caídos de este cielo azul de primavera, echan pétalos de rosa a la custodia.

Siguen tocando las campanas, como arrebatadas.

Alabad al Señor/sus grandezas cantad.

Sigue la procesión por una de las calles últimas del pueblo, entre tapias de huertas y casas robustas, que un día fueron las mejores del lugar, algunas del siglo XVI.

Vamos altos, sobre la verde y ancha vega del río; sobre las viñas nuevas; sobre los sembradíos antiguos, cereños y semitostados; sobre regadíos, choperales, robledales, y pequeñas colinas, que hacen irresistible esta belleza de junio. El portador de la custodia pisa un reguero de malvas y pétalos que marca el camino real.

El segundo altar se abre frente a un torreón con puerta de medio punto y escudo con querubines y panelas bajo una imposta con rosetas y botones. Lo aprietan lirios y azucenas, rosas y geranios. En los balcones de la casa y de las casas vecinas, colgaduras blancas y rojas.

En su *Oda al Santísimo Sacramento del Altar*, dedicada a su amigo y católico fervoroso, Manuel de Falla, el poeta granadino Federico García Lorca tiene viva la memoria de la hermosa procesión de su ciudad natal y de tantos pueblos españoles: la música popular, la luz estallada, el misterio de la Encarnación, la Virtud perseguida por los siete pecados capitales..., como en un Auto sacramental, que en esta ocasión solían también representarse:

*Cantaban las mujeres por el muro clavado,
cuando te vi, Dios fuerte, vivo en el Sacramento,
palpitando y desnudo, como un niño que corre
perseguido por siete novillos capitales.*

Ventanas geminadas de arcos apuntados o conopiales y escudos empotrados en las fachadas, con leones tenantes, yelmos, aves y cruces, aclaman al Señor que pasa. También las piedras hablan y cantan la gloria del Creador con su lenguaje empedernido. Y los lemas e inscripciones, que registran el honor y la gloria —tan efímeras— de herencias, proezas y títulos. Patricios caserones y casa recién restauradas o recién construidas, con mucho esfuerzo.

En una plazoleta, todavía con restos de construcciones, una tela blanca, en la que se incrustan rosas y espigas, hace de humilde retablo de un altar improvisado y procesional. Unos evónimos o bone-

PROCESIÓN DEL CORPUS EN ETXAURI

teros nos dan un poco de sombra, y un rosal color salmón su mejor perfume. La casa es del siglo XVII con la piedra vista, puerta de arco semicircular y ventana superior entre pilastras cajeadas. Un creciente renversado y tres aspas en el flósculo perenne del blasón

*Es así, Dios andado, como quiero tenerte.
Panderito de harina para el recién nacido.
Brisa y materia juntas en expresión exacta
por amor de la carne que no sabe tu nombre.*

No saben su nombre, no saben ningún nombre, quienes han escrito en una de las paredes próximas al turrumbal, y no sólo ahí, la terrible invitación al crimen: *Mátalos-ETA-Mátalos*. ¿No entra en los planes de limpieza de este ayuntamiento limpiar las calles de tamañas infamias?

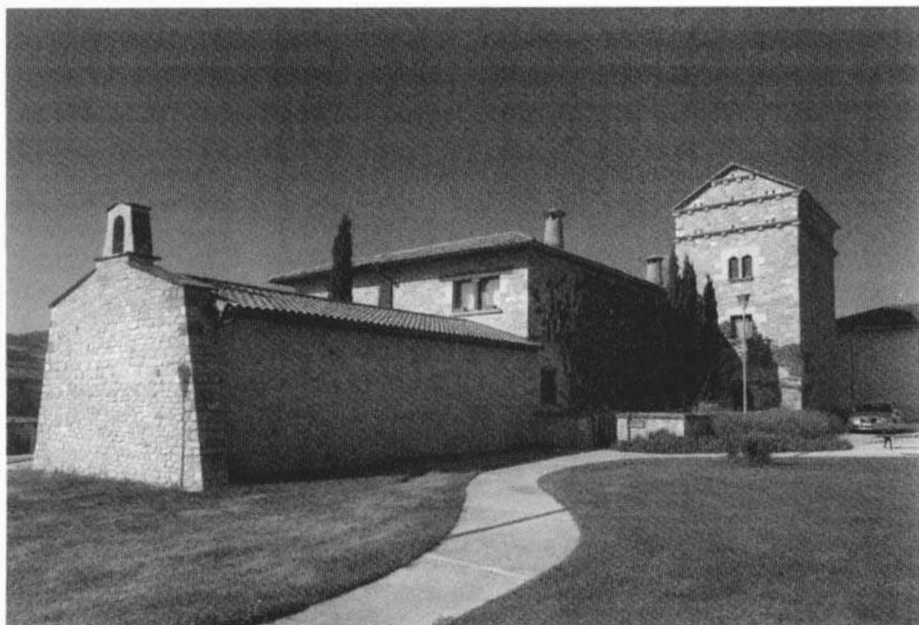
Se conservan algunos tramos de calzada. Pasamos entre damascos y paños adamascados, junto a unas casas renovadas y resplandecientes, con jardincillos donde esplenden lirios, vincaspervincas, margaritones y malvaviscos.

Cerca ya de la torre, caen las campanas sobre nosotros, y no se oye ni cantar ni tampoco los coches de la vecina carretera. La última bendición con la Sagrada Forma nos recrea todo el universo:

*Oh, Forma limitada para expresar concreta
muchedumbre de luces y clamor escuchado.
Oh, nieve circundada por témpanos de música!
Oh, llama crepitante sobre todas las venas!*

Es la fiesta del Corpus Christi.

PROCESIÓN DEL CORPUS EN ETXAURI



TORO SANFERMINERO

Los Sanfermines son unas fiestas eminentemente táuricas, no sólo taurinas, que conservan trazos y sobre todo el embrujo de viejos ritos culturales, que tuvieron como objeto al toro mítico desde los largos y oscuros tiempos protohistóricos.

Como casi todas las primitivas fiestas religiosas, también ésta acabó un día en fiesta civil y lúdica, pero no perdió del todo los ancestrales elementos cúltricos.

El toro ha evocado en todos los tiempos la potencia y fogosidad irresistible, la fuerza creadora y hasta el ardor cósmico. El *bos primigenius* (urus, uro) fue el primer objetivo de los cazadores primitivos, deseosos de sobrevivir, y se convirtió en algo más que en pieza de caza. El toro flechado, herido o acorralado de las cuevas de Lascaux, Altamira, Teruel o Levanzo, simbolizaba no sólo la virilidad animal sino también la prosperidad de un grupo humano por su enorme capacidad alimenticia.

Su caza solía acompañarse de ritos mágicos, prácticas ceremoniales y estrategias cinegéticas.

El culto al bravío animal se extendió, miles de años antes de nuestra era, al menos desde la India al Mediterráneo. Y así es el feroz y mugiente Rudra, fertilizador de la tierra, y llega a ser símbolo de los dioses superiores Indra y Shiva en el centro de Asia. O el toro celeste babilónico, de nombre Nlil, que los sacerdotes-astrónomos de Babilonia colocaron en la segunda constelación del Zodíaco. Representa al dios semita EL, proscrito por Moisés en Palestina. Y en Egipto al gran rey, dando origen a dioses creadores y solares.

Siempre en relación con la Gran Madre (la luna), las divinidades lunares mediterráneas aparecen con forma y atributos táuricos. La luna es el poderoso novillo del cielo, y el toro el animal lunar de la tierra.

Además, desde tiempos arcaicos, el toro y el rayo son los símbolos de las divinidades atmosféricas. El mugido del astado se asimila al huracán y al trueno, manifestaciones de la fuerza que fecunda la Tierra.

No hay mito sin rito, y los múltiples mitos que tienen que ver con el toro fueron representados, vividos y revividos desde un principio por ritos correspondientes, que interpretan al hombre y su mundo, le orientan, le liberan, le socializan.

En mil sitios de lo que se llamó Celtiberia, nuestra rugosa piel de toro, aparecen santuarios, exvotos, esculturas y esculturillas, pinturas, grabados, dibujos, monedas en torno al bóvido rey. Toros mitrados destinados al sacrificio se acuñan en Cascantum, Gracurris o Cesaraugusta. Es habitual el toro ofrendado a los dioses indígenas, como el del ara de Ujué a Lacubegis. Abundan hachas y puñales terminados en cabezas táuricas. Verracos con esa misma estampa coronan sepulturas como figuras votivas en terracota o bronce, a dioses tutelares. Y los toros se mezclan, repetidamente, con ciervos, figuras de la fecundidad, y con el cerdo y el jabalí, animales siempre gratos a los dioses pre-indoeuropeos.

Cuando los legionarios de Roma, de origen capadocio o latino, nos trajeron, si es que ellos nos trajeron, el culto tardío del dios vé-

dico y solar Mitra, favorecido entonces por los emperadores, a nuestros antepasados vascones no debió de sorprenderles mucho ni el rapto del toro primordial ni su degüello en la caverna, como fuente de fertilidad y de vida. Las aras y lápidas romanas en Ujué, San Martín de Unx, Aibar, Eslava, Artajona, Iruñuela, Gastiain, Sos o Uncastillo, con sus bucranios, cuernos de media luna, discos astrales, aras sacrificiales e instrumentos de pinchazo y descabello, tampoco les eran extraños: fueran figuraciones del culto mitráico o del ofrecido a la Magna Mater Cibeles, como sugiere el taurobolio recién encontrado en Arellano.

El toro era un viejo conocido de nuestra gente; animal sagrado, amigo-enemigo, sacrificial y alimenticio. Había quienes lo veían en sueños o hasta despiertos, de noche y de día, en cuevas y bosques, en forma de beigorri (vaca-toro rojos) o txekorgorri (becerro rojo), o echando fuego por la boca y las narices, o quemando las mieses y las metas.

El cristianismo, que fue ganando el corazón de los vascones, lentamente, pero no tanto como algunos se empeñan en afirmar, llevó al toro, como símbolo bíblico que es, a los altares. Lo vemos encaramado en el tímpano de Leyre, subido a la portada de Santa María de Sangüesa, bien situado en el ábside mayor de Irache, y activo, elocuente, significativo, en ménsulas y capiteles de la catedral de Pamplona, desmitificado ya pero llevando en sus nobles lomos y cuernos leyendas como la del unicornio y milagros fantásticos como el del obispo Ataúlfo.

Los ritos táuricos festivos fueron evolucionando con el tiempo. De los mitos nacieron epopeyas, leyendas, cuentos, fábulas. El rito se hizo a su vez juego, espectáculo, diversión popular o lucimiento de nobles. Y así el toro nupcial, que prefiguraba la fertilidad de los mozos casaderos, se convirtió en corrida nupcial, de la que habla el Fuero de Tudela a comienzos del siglo XII, habitual en las cortes hispanas.

Del único toro, al que se le perdonaba la vida se pasó a varios

todos de lidia y de muerte, en manos de caballeros y cortesanos. El rey Carlos II, nuestro señor, organizó la primera corrida de toros sueltos en 1385, y la corte de Olite dio ejemplo y ánimos a muchas ciudades y villas navarras. Del toreo a caballo, con perros, venablos y lanzas, se pasó al toreo de a pie, en el siglo XVII, donde toreros navarros, de recia complexión física, se hicieron célebres con sus banderillas, desplantes, quiebros, recortes, saltos de garrocha, trascuernos, y el llamado lance a la navarra especialmente con toros navarros, pequeños, cortos de cuerpo y revoltosos.

Muchos aficionados, o todos quizás, olvidaron los viejos mitos y ritos. Pero mitos y ritos permanecieron en la misma piel de la fiesta, como clavados a fuego en ella.

El toro es en los Sanfermines elemento capital de ese reenchantamiento simbólico del mundo que es toda fiesta frente a su desencantamiento funcional, adobado de cotidianeidad y de utilidad inmediata.

El *Riau-Riau* es el rito civil y tardío que funge como introducción calculada y cristianizada a los encierros de toda la semana. La procesión de San Fermín (1187) fue, antes del *Riau-Riau*, y sigue siendo todavía una santificación, formalizada y eclesial, de la hegemonía táurica. Por encima del *totem* (gran protector) de la tribu está el patrono católico, legendario asimismo, santo celestial, *que todo lo ve* y que a todos protege con su capotillo:

*San Fermín, primer mozo. Milagrero
capote de mil suertes peregrinas,*

escribió el poeta cristiano, taurófilo y sanferminero, J.M. Pérez Salazar.

Con el rito cristianizador de la procesión y su doble de la Octava enlaza la tonadilla madrugadora antes de comenzar el encierro,

que es el rito primitivo, no sólo resto de tiempos primigenios, sino eje y sentido de la fiesta actual.

En la inversión de valores que toda fiesta supone, el toro se hace dueño y señor de la calle festiva, y señor a la vez de la vida y de la muerte: por su imagen mítica, por su potencia, su agilidad, su prestancia. Mucho más que *casta, poder y pies* (Ortega), es el semi-dios, todo lo desmitificado y laicizado que se quiera. Porque basta no ya haber corrido el *encierrillo* (lunar) de la noche y sobre todo el *encierro* (solar) de la mañana, sino sólo haberlo visto de cerca para poder revivir de algún modo aquel temblor religioso-telúrico, cuasi sobre humano, que nuestros ancestros vivieron ante el *tremendo y fascinante* animal que los religaba con la Naturaleza-Madre, con la vida, con la muerte, con lo sobrenatural. Y los mozos que corren entre las astas ¿no sienten *la apetencia de muerte y el gusto de su boca*, como el Sánchez Mejías de Federico?

A las seis y media de la tarde, en la *corrida-iniciación* (capa, banderilla, muleta), dentro del coso tramposo y ritual, el torero, representante de la humanidad dominadora y *héroe civilizador* (J. Beriaín), llevará a cabo, envuelto en las artes del juego taurino, el sacrificio tradicional que significa la regeneración periódica de las fuerzas sagradas, y la victoria –incluida la posible muerte del matador– personal y colectiva del hombre.

Pero en la verdadera *corrida* sanferminera que es el *encierro* volverá el toro mítico por sus fueros primordiales, que el solo juego taurino, redicho y rehecho, no puede expresar y mucho menos agotar.

TORO SANFERMINERO



LA ANTIGUA Y NUEVA VILLAGRANCA

Si en algunos sitios lo más digno de ver es el puente, el museo de las bellas artes, el palacio de la ópera, o la antigua fábrica de tabacos, en Villagrana de Navarra (el viejo poblado Alesves), qué quiere usted que le diga, la iglesia parroquial de Santa Eufemia es la primera atracción turística.

El viajero llega, un día caluroso con sol y algunas nubes, y se para en la calle bajo el Arco, frente a la antigua Bodega Cooperativa de la Caja Rural Católica (1918), debajo del paredón del atrio con acacias.

Hay un revuelo alborotado y alegrísimo de vencejos, golondrinas y palomas en torno a la donosa torre barroca de la iglesia. Sostiene un campanario con balconcillo de rejas, un último cuerpo octogonal rematado por balaustrada y nido de cigüeñas, que con el pico hacen de pararrayos ecológico, es decir, casero y familiar.

Otro nido de cigüeñas se acurruca en la espadaña del convento carmelitano, cerca de la iglesia, a la que subimos por la calle Crucero Ancho.

Incluyendo casa Bobadilla, sin excluir siquiera la casa de Teléfonos (Zapatería), resquebrajada y desconchada, fácil albergue de temporeros con ropa tendida, pocos conjuntos arquitectónicos hay

en Navarra tan puros, complejos y acabados como éste. Por el otro flanco se despliega la llanura aluvial del regadío en la ribera izquierda del Aragón, bajo el largo cordel de cortados pinosos que, desde Peralta, y torciéndose en Cárcar, llega hasta Milagro, y que aquí lo llaman Peñalén.

Ahora sabemos bien que para contemplar y admirar el Barroco navarro –¡que, por fin, existe!– hay que ir, primeramente, a Tudela y su Merindad, como acaba de remacharnos magistralmente, en la defensa de su tesis, Ricardo Fernández Gracia.

La iglesia parroquial dedicada a Santa Eufemia –virgen de Calcedonia, martirizada en el año 303-304, guapísima en su busto relicario– es una muestra esplendorosa del Barroco decorativo de comienzos del siglo XVIII y de otros Barrocos posteriores. Obra de maestros de la zona tudelana-riojana, e inspirada en modelos cercanos, aprovecha estructuras anteriores de los siglos XIV y XVI.

En tiempos de la santa, ya había en el término de la futura Villafra nca una villa agrícola romana.

Uno no sabe a dónde mirar, cuando tiene tanto que ver. Y mira, para empezar, a las famosas yeserías, en pilastras, cornisa, ventanas y cúpula; iluminado todo por el sol total de esta mañana: cardos menudos y rizados; cartelas de follajes, flores y veneras; cabezas de querubines; alerones frondosos; bustos extraños; niños con palmas; revuelos de hojarasca...

Y luego va uno, capilla tras capilla, y le faltan ojos para ver todo de una vez y, al mismo tiempo, detalle por detalle. Hay que tener paciencia.

Y de la capilla neoclásica de San Francisco Javier evangelizando, con interesante lienzo de José Dordal, a la talla renacentista de San Sebastián en el retablo rococó de la capilla de las Animas. Y del retrato manierista de San Isidro a la barroquísima capilla de la Virgen del Rosario. Y así.

Según nos cuenta nuestro guía, al Cristo en cruz del siglo XVI, tan arcaizante como repintáo, ya no lo sacan más desde que un viernes santo cayó durante la procesión una tremenda pedregada. Ahora sacan el del Carmen.

– Pero éste no, por nada del mundo.

En la capilla principal o presbiterio hay unos grandes centros de azucenas, margaritones y claveles blancos. Entre neoclásico y rococó, el equilibrado conjunto es bellísimo y serena un poco la vista y el entusiasmo tan derramados ya.

Merece la pena subir al coro para ver la sillería del XVIII, y el órgano barroco desvalijado y, al mismo tiempo, para ver desde aquí toda la nave cargada de arte y devoción.

Aprovecho el viaje para asomarme a las dos terracillas superiores, desde donde veo un grupo de jubilados tomando la sombra junto al pórtico de la portada gótica, y, otra vez, el panorama vertical del campo, ahora desde la ermita de Portegado, de Funes, hasta las torres de Alfaro y el puente de Castejón.

El viajero guarda el mejor recuerdo de las fiestas (1984) que celebraron el 250 aniversario de la presencia de los carmelitas en Villafranca. Así que se deja llevar con mucho gusto por el Padre Zabala, que ha sido todo en este convento del Carmen, después de mirar de cerca la imponente fachada, casi réplica de la Iglesia de la Encarnación en Madrid.

La iglesia es una fiesta-exposición inigualable del rococó, sobre todo en el retablo mayor, donde la decoración corre parejas con los relieves. ¡Qué donosura ese Niño Jesús, cogido de las manos de María y José, danzando sobre la bola del mundo!

– Cómo huele a azucenas.

– Huele a mayo.

Recorre uno toda una historia muy granada recorriendo estas

dependencias en torno al patio interior, lleno de plantas y flores. Me conmueve ese cuadro, mal pintado, que recuerda a tres seminaristas, uno guipuzcoano y dos alaveses, ahogados en el río una tarde aciaga de los primeros cincuenta.

*Un día tornarán, con luz de fondo ungidos,
los cuerpos virginales a la orilla vieja...*

Donde fue un día seminario menor hay ahora una guardería, trabaja la escuela de solfeo y canto del compositor y escritor Padre Maquirriain y se reúnen grupos varios de reflexión, oración y acción. Pronto serán viviendas nuevas los pabellones levantados en los años sesenta. La huerta, imposible hoy de cultivar, servirá también de nuevos jardincillos.

Y del convento al vecino palacio de los Bobadilla, antes de los Martínez Arizala, (XVII-XVIII), hoy comprada por el ayuntamiento. Se lo digo, después, al alcalde:

– Es un sitio ideal para oficinas municipales y no sólo para leonera municipal.

Cogolludo cuadro de ladrillo, de cuatro fachadas, –hoy aún tristes– con armoniosos juegos de arquillos en el ático, balcones y ventanas de rejería corrida en los dos cuerpos. Tres tejados, incluido el de la linterna o caja de escalera terminada en cruz.

Gran escalera, con escudos y ventanas pintados en los muros. Soberbio piso principal, donde un armario empotrado y abierto todavía deja ver ropa de niños. Buena bodega en arco con muros de lentejones y ladrillo.

Muy cerca, entre la calle Procesiones, muy procesional, y plaza de los Fueros, formando ángulos con la casa consistorial y la fachada oriental de la iglesia, el palacio del conde de Rodezno deja ver su escudo –tres torres y caballero con armadura a caballo– del siglo

XVI, su cornisa de labores geométricas, sus arquillos mayormente ciegos, sus balcones con persianas y postigos pintados de verde.

Me he dejado atrás la plaza Nueva, a donde se abre otra puerta de Santa Eufemia, con cancel de madera, y donde estuvo —y aún está el letrero— el Fomento Agrícola. Hay también un tractor, pero de ahora.

—Así, con la Mayor, tres plazas.

De la plaza Nueva parten la calle Procesiones, la calle Paja, la calle Verde, muy apretada y con casi todas las casas rehechas. Como no vemos ni árboles ni plantas ni yerbas, preguntamos a un paisano con bastón que se sienta a la puerta de una de las viviendas el porqué del nombre:

— Dicen que en tiempos la calle era muy alegre. Eso dicen.

— (. . .).

— No, no, de forraje, nada.

Cerca hay un pasadizo, que da a la calle Mesón, donde se abre un anchurón o paseo un poco más elevado. El señor de la puerta nos avisa chungón:

— Es el túnel de Villafranca.

Desembocamos en una plazuela, de donde parten y a donde llegan la calle Paja, y las calles Rejas y Rosas. Se llama plaza de la Concordia, de reciente creación, y le han puesto una fuente de hierro verde, unas jardineras y unos arbolitos —tilos—, algunos secos.

En todas estas rúas, como en las demás que vamos a ruar, hay edificios de los siglos XVI, XVII y XVIII; algunos tal cual y otros muy restaurados. Las clásicas galerías de arquillos, muros enladrillados, ventanas-balcones, solerones de ladrillo o de madera. Unos cerrados, otros en venta. Muchos, muy modificados y llenos de vida y de flores.

Villafranca, como todas las villas y ciudades de centro histórico, necesita un plan de rehabilitación o recuperación artística de gran volumen, que junte belleza con utilidad, buen gusto y posibilidad económica. De todos modos, los ayuntamientos anteriores hicieron lo que tenían que hacer: primero, viviendas para todos, y luego... vamos a ver qué hacemos con las antiguas que merecen la pena y pueden recuperarse.

—Hombre, si se puede hacer las dos cosas, mejor que mejor, y, tal vez, más barato.

Mirando aleros, ventanales, triglifos y ménsulas, siguiendo por la calle Rosas, damos en la plaza de España o Mayor. La recuerdo cuando por primera vez vine, en los años sesenta, a la Semana Cultural, que se organizaba cada año en el casino Gayarre. Me invitaba mi amigo José Mari, carmelita, escritor e historiador, hoy párroco de Villafranca, a quien la villa debe tanto.

El edificio del casino, excesivo, hace juego con otros de factura moderna, no muy acertados en un centro histórico como éste. Hasta un bar se llama Quijote (sin don).

Lo mejor, con mucho, es la casa consistorial (1700). Pórtico con cinco arcadas, balcón corrido de piedra con tres amplios ventanales, dos escudos de Navarra —uno con el águila—, y galería de arquillos.

Mi amigo el alcalde suele llegar tarde. Y no es porque le dé la falaguera sino porque quiere hacer muchas cosas, incluso las que no está obligado a hacer. Pero vuelvo a mi callejeo, y por la calle Carnicería me meto en la calle Mayor. No sé si es la figuranza o qué, la cosa es que huele a fritanga, que quita las ganas de comer.

La calle, bien adoquinada, es larga e irregular y cruza el casco viejo de nordeste a sureste. Signo de los tiempos, la número 1 es una caseja, revieja, casi un tabuco, de ladrillo, ahora cerrada, a la que se adosa un moderno chalé con jardín. Cerca reluce una amplia galería principal con ventanales en una casa de ancha y luminosa escalera y

caja cuadrada que sobresale en el tejado, rasgo común de estas casas barrocas, frecuentes en esta calle. Dos de las que quiero ver están en muy mal estado, rotas y cerradas: por las ventanas sin cristales de una de ellas entran y salen unas golondrinas negras.

Apenas hay nadie en la calle a esta hora.

Pasa una señora joven y le pregunto por las casas vacías.

– Al menos, estarán tranquilos con tan pocos vecinos.

– Con ese bar es suficiente para no estar.

Se refiere a un próximo bar-discoteca.

De un feo chaflán sale la calle de los Muchos, cuyo nombre nadie acierta a descifrar.

La calle Martínez Arizala, con casas muy restauradas en uno de sus lados, me lleva lejos de la calle Mayor, y por la calle Santa Eufemia me llevo al occidente de la villa, a la que suben los callejos desde el regadío.

Leo, después de conocer su calle, que uno de estos Martínez Arizala, el palaciano de entonces, compró en 1845, como bien desamortizado el convento del Carmen y se lo repartieron sus herederos, de quienes costó no poco recuperarlo.

Villafranca, como otros pueblos vecinos, se asienta al borde de la terraza que domina la llanura fluvial, huyendo de las inundaciones. Por eso, todo es subir y bajar suavemente en Villafranca. La villa cabalga las dos vertientes del alturón.

Andando, andando, llevo al comienzo de la avenida de Miguel Cervantes, donde hay un monumentillo al *bravant* (hierro pintado de negro) sobre basa de ladrillo. Y, en tan buena compañía, doy con la basílica de la Virgen del Portal (siglo XVI), situada antaño junto a una de las puertas de la villa. Por fuera es toda de ladrillo, con torre octogonal barroca y cubierta piramidal. Por dentro es una joya manierista-rococó-neoclásica. Los estudios atribuyen nada menos que a Francisco de Gurrea el retablo mayor barroco y al taller de Vicente Berdusán las pinturas del mismo. Qué brillazón de luz, qué exactitud de hermosuras. En un banco corrido, bajo una marquesina poco es-

tética, junto a la acera de la calle Calahorra (don Fernando), cotorrean unos jubilados pomposos.

Como el alcalde todavía no ha venido, aún encuentro tiempo para, ya fuera del casco histórico, repasar la calle Mesón, parcialmente descuidada, y enlazar con la del Castillo, que me da la pista del emplazamiento de la antigua fortaleza de este lugar disputado entre moros y cristianos. Sancho VI el Sabio concedió a sus moradores el fuero de Jaca (1191), haciéndolos francos (libres) de toda pecha señorial: *Villafranca*, que siempre tuvo asiento en las Cortes. El año 1430, la fortaleza contaba con 20 ballesteros al mando del notario de Vidángoz y otros cinco hombres. Un siglo más tarde, la villa compró el castillo al rey, entonces Carlos I de España.

En el altillo, que da a la vega, y en sus alrededores, hay restos de antiguas construcciones, terrenos baldíos y zarrios, viejas casetas y nuevas viviendas. Pitas, rosales y ruinas.

Me encuentro otra vez con la calle Muro, que comienza con una guapa mansión barroca de doble altura. Sube un ciprés clásico desde el jardín.

Nos refrescamos en el próximo bar-colmado Alesves, donde un curiosos letrero nos cuenta las diez cosas a que da derecho un vaso de vino, además del vino: desde usar palillos y servilletas hasta... decir que el amo gana mucho dinero.

Y, como ya llegó el alcalde, nos vamos a tomar colación, que ya es hora donde quiera que nos vean. Y, además, de vobilis-bóbilis.

Villafranca, además de los servicios comunes a todos los grandes pueblos, tiene río, tren, residencia de ancianos, casa de cultura (el

antiguo colegio de los Hermanos Maristas), polígono industrial, guardia civil, bodega, hostel, cinco ganaderías bravas y dos de carne, un tentadero, un cementerio de coches, una cuadra de caballos de montar... y un humedal, la badina Escudera o laguna de Las Navas.

Declarada enclave natural hace unos pocos años, desde 1992 solía crecer y bajar, pero este año lluvioso y airoso ha ido creciendo, creciendo —¡la osma!— hasta inundar maizales, campos de labor, granjas de vacas, cerdos y pollos, y llegar cerca del tentadero: 1.000 robadas de cosechas perdidas.

No paran los dueños y los ediles de protestar, de subir con quejas a la Administración, de proponer remedios, pero ya estamos a finales de mayo y el aguazal, de casi cinco kilómetros de laguna, está llena de juncales, algas y cañizos, entre los que corren-vuelan las fochas, nadan las pollas negras, aterrizan los patos y pescan con el anzuelo del pico las cigüeñas. Entre viña a un lado y campos donde empiezan a crecer el maíz al otro. Y aquí no hay bociles ni arquillas.

Vuela una alondra de un lado al otro del camino pedregoso. ¿Desecarán la badina por bombeo? ¿Habrá indemnizaciones suficientes? ¿Comprará Medio Ambiente los terrenos? ¿Tendremos una nueva laguna de Pitillas en Villafranca?

Pasamos por el antiguo barrio de las Casas Baratas, hoy con casas baratas, menos baratas y caras, entre calles que llevan muchos nombres navarros y locales, y donde se han instalado varios servicios comunales. Representa casi un tercio de la población.

Suena un juvenil rebullicio en derredor del Grupo Escolar, piscinas y Casa de Cultura, donde hay tantas madres con hijos al caer la tarde.

También hay un nido de cigüeñas sobre la torre de ladrillo de una antigua fábrica conservera.

Grillados los trigos, acolinados algunos alcaceres, exuberantes prados y sotos, reina mayo, el mes rey de todo el mundo.

LA ANTIGUA Y NUEVA VILAFRANCA



REAL FÁBRICA DE ORBAICETA

Cerca de las ruinas de la fábrica de armas de Orbaiceta hay muchos coches con matrículas mayormente de Madrid, Barcelona y Vizcaya. Va y viene la gente entre inmuebles derruidos y muros resistentes, más allá de un pórtico abierto de fresnos y avellanos.

¿Qué han venido a ver aquí?

La Navarra montañesa era en tiempos antiguos un país de ferrones. La ferrería de Eugui (1420) y la fundición de piezas en Pamplona (1529) fueron pieza básica para la industria militar española.

En 1432, la reina doña Blanca de Navarra había dado permiso para instalar y explotar una ferrería en Orbaiceta a fin de aprovechar los bosques del Irati y las minas de hierro de los alrededores.

El lugar poseía, además, los materiales secundarios como piedra, cal, arena, tierras de diferentes especies y piedra de sillería de fuego.

En el siglo XVIII seguía funcionando la ferrería en manos de dos nobles franceses, el conde de Ornano, y el navarro de Ultra-puertos, vizconde de Echauz.

Visto el creciente consumo de carbón en los dos hornos de la real fábrica de Eugui, la corona española decidió, el año 1784, incorporarse los terrenos y la ferrería de Orbaiceta para montar una nueva factoría.

Dicho y hecho. El Valle de Aézcoa cedió gratuitamente el sitio y los montes comuneros, pero con la condición, a la vez, de no seguir pagando el canon de 204 florines, y de no quedar privados tampoco en adelante del goce del ganado, aguas, leña de hogar y corte de madera para edificación y reedificación de viviendas.

Para su construcción se tuvo muy en cuenta la experiencia de Eugui.

Lo mejor que puede hacer el lector curioso es tener entre manos el meritísimo trabajo de Aurora Rabanal Yus, publicado por el Gobierno de Navarra, y cotejar la información, los planos, los grabados y fotos con las ruinas que va contemplando. Entonces se levantarán las paredes derruidas; se cubrirán los vacíos huérfanos; desaparecerán las yedras; volverá el trajín a donde solía; se oirá el ruido sordo de ruedas, fuelles y otras máquinas dieciochescas... Y todo será real y vívido, casi tanto o más que cuando entonces.

Edificada la fábrica según proyecto, al parecer, del conde de Lacy, inspector general del real cuerpo de artillería, las obras fueron dirigidas por el teniente Santos Andía, natural de Oñate, asistido por el teniente Ignacio Muñoz, quedando desde 1791 en manos del comandante Francisco Vallejo: todos ellos miembros del cuerpo artillero.

Terminados los dos hornos de fundición en 1789, en los cinco años siguientes se llevó a cabo el segundo núcleo de producción con otros dos hornos destinados a los ejércitos españoles en América.

El área definida como específicamente industrial, situada en el nivel inferior del terreno acotado, se extiende a los dos lados del riachuelo Legarza, hecho mayor por las regatas Txangoa e Itolaz, y bien canalizado por aquí.

Arcos fajones apuntados, de sillar, que unían sobre el cauce los hornos de un lado con las carboneras del otro, forman una galería fantástica de cien metros, bajo la que pasan, humildes y transparentes, las aguas nivales y pluviales, mientras ramas de fresno, avellano y yezgo se asoman de entre los muros, arcos y ventanos.

Viendo la corriente tan mansa y constante, se me viene la inocente expresión del inolvidable Dersu Uzala, repetida a lo largo de la película magistral de A. Kurosawa:

– El agua es buena gente (*good people*).

Ya no quedan, unos metros más arriba, sino algunas losas de la presa sólida y elevada de donde llegaba el agua por un canal hasta las ruedas de los hornos, para volver después, por los desagües, al mismo río.

Para acercarse a las carboneras hay que salir del recinto donde estamos y pasar el puente. Unos hortancos con patatas, alubias, cebollas y otras cosas de comer. En un leve recuesto, tras un yerbazal, queda aún reconocible el cuadro de tierra que sirvió de camposanto. Entre grandes avellanos y fresnos, hay ahora sólo piedras, plásticos, zarzales y cardos.

– Dicen que aquí estuvo enterrado un famoso militar, director de la Fábrica.

Un buen camino, que lleva una pequeña tapia a un costado y un viejo muro de contención a otro, nos lleva hasta nuestro objetivo. La franja entre el camino y las ruinas está ocupada también por huertecillos, regados por medio de una goma de regar.

El conjunto de las tres carboneras de carga elevada y descarga aérea, a través de la plataforma sobre el río hasta la boca del horno, era pieza clave de la fábrica de Orbaiceta, ensayada antes en Eugui.

Tras el muro exterior, junto al que corre un arroyuelo, hay un raso herboso y más allá comienza el hayedal.

Siguiendo el camino por donde venían las caballerías con el carbón del monte, vemos el corral de un pastor y, cerca del mismo, bloques de cemento y piezas de uralita. Aquí arranca el camino de Roncesvalles, y por el puente se sube al primer nivel de la fábrica donde acabaremos la visita.

Al otro lado del Legarza, junto a restos de maderas y piedras labradas, son todavía reconocibles los cuatro hornos siderúrgicos, colocados separadamente de dos en dos. Ya no están las ruedas y los fuelles y demás maquinaria ferrera, pero sí las recias bases de sillar, los arcos de entrada y la parte inferior de las torretas-chimeneas, sobre y entre las que crecen intrépidos plantones de haya.

Antes de que operasen aquí varios campos de verano, podían recordarse aquellos versos de Pio Baroja sobre *Las ferrerías*:

*Están encima del agua
tan cubiertas de hierbajos,
que parecen peñascales
más que productos humanos.*

Recién limpios de matorrales, sauqueras, malvas, cardos, espinos, rosales silvestres y ortigas, podemos contemplar ahora las ruinas de los talleres de moldería, de reconocimiento y limpieza de municiones, almacenes y patios correspondientes. Mejor mantenidos están los muros del taller de cerrajerías, intactos los marcos de piedra de algunas ventanas y puertas.

Salta uno por encima de unos ramujos de fresno que taponan la última puerta que daba al patio-depósito de municiones y da con un recoleto hortal de patatas y alubias verdes.

– También entonces había una huerta, pero estaba un poco más arriba.

Toda la zona, que incluye la gran plaza de palacio, se edificó sobre inmensas bóvedas de sillería con el fin de nivelar los terrenos

ocupados por la real fábrica y conducir las aguas de la presa hasta los hornos así como las de la regata Iturroil, que entra por debajo del palacio.

Una muestra de esta infraestructura abovedada puede verse en medio del espacio industrial: por encima del arco penden unos matorrales y cae un chorrillo de agua sobre un montón de deshechos, que espero lo haga desaparecer en el próximo campo de verano.

Del espacio urbano al industrial, cercados a lo largo de su perímetro, subían y bajaban dos escaleras de piedra de sillar con dos portadas de arco escarzano y pilastras cajeadas. Una de las escaleras se conserva aún y también las dos puertas sobre la plaza. Entre los depósitos de menas (mineral de hierro) y el juego de accesos se extendían dos bloques de viviendas. Queda casa Babil, con balcón de madera, espadaña y dos chimeneas.

El edificio más grande de todo el complejo y que cierra la plaza está lleno de desconchaduras. Es ahora pajar privado y antes fue la iglesia del poblado, dedicada a la Inmaculada. Los planos debieron de ser obra del jacetano Francisco Javier de Clairac, capitán de artillería, el mismo que había levantado la iglesia de Eugui. Las torres delgadas ya no llaman a nadie desde sus cegados campanarios, y la fachada neoclásica, terminada en frontón y descuidada, nos invita a mirar para otro lado.

Pondera uno de los veraneantes, que se nos acerca, el mucho frío que pasarían en una iglesia tan amplia

– Pero sería el cura más rápido que don José Luis –dice otro, chungón.

El centro del espacio urbano eran la plaza rectangular y el palacio. Detrás de la iglesia, en dirección a la Puerta de Burguete, como entonces se llamaba, corría una hilera de cinco viviendas de obreros, de dos plantas, como el resto de casas, excepto la palaciana. Hoy están reconstruidas y de buen ver, con tejado de placas de perfiles rojos. La primera la ocupa un bajonavarro y se llama Legartzaburua. Otra es nada menos que Casa Rural: ropa tendida en el balcón, troncos de haya apilados junto a la entrada y geranios en las ventanas.

– ¡Qué bonitas tienen las casas!

– Hombre, ya nos costó lo nuestro, ya.

El palacio, llamado popularmente casa forestal, donde ahora vive Manuel Mari, quien nos ha hecho conocer los Pirineos, es un caserón a dos aguas, tres plantas, seis vanos en las dos superiores, puerta adintelada y balcón central saliente, apoyado en ménsulas y lleno de geranios. Fue antaño casa con habitaciones para los jefes, capellán, cirujano y oficina de contaduría. Muy próxima al palacio se abría la Puerta de Francia.

Las otras casas que lo flanquean estuvieron destinadas en su día a operarios, casados y solteros de la fábrica y tienen una o dos plantas.

Los últimos edificios, cerca de la entonces denominada Puerta de Aézcoa, se destinaron al cuartelillo del destacamento de artilleros y guardamontes, posada, y casa de proveduría, con dos hornos ésta última para hacer pan y depósito de víveres varios. Hoy ocupa uno de estos inmuebles el bar Ostatu-Urkulu. El espacio que sirvió para escuelas sirve hoy de capilla, dedicada también a la Inmaculada: el sagrario en un tronco de roble; una talla de Santa Bárbara, patrona de artilleros y mineros; unas dalias; una campana; arcos con maderas y tablas alegres en los muros.

En el lado sur de la plaza o explanada, guardado por un vallado de alambre, pusieron recientemente un jardincillo con rosales y pinos.

Bajo un arco de la antigua fábrica hay una lápida con la efigie de San Miguel de Aralar, en la que está inscrito un acróstico en euskara o vascuence, que habla de clamores de palomas y llanto de pastores por Mikel Zabazla.

Aquí lo llamaban todos Miguel Mari y su casa natal –casa Lorentxo– está enfrente del monumento.

Su muerte trágica, que dejó muchas sospechas, causó conmoción en el barrio de la Fábrica, en todo Orbaiceta y mucho más allá.

Uno de los objetivos del ejército de la Convención, tras la declaración de la guerra a España en marzo de 1793, fueron las dos fábricas de armas de Eugui y Orbaiceta. En enero del año siguiente, en medio de un largo y crudo invierno que paralizó las hostilidades, se ordenó poner en fuego los segundos hornos de ambas fábricas para aumentar la producción. Pero la presencia del enemigo en las inmediaciones dificultó no sólo la producción, sino el transporte de cualquier material.

La guarnición permanente de Orbaiceta, con 644 hombres capitaneados por el brigadier marqués de la Cañada Ibáñez, a una con un grupo de aezcoanos con su alcalde a la cabeza, lograron rechazar la acometida de los franceses mandados por Marcillac, el 6 de abril. Veinte días después, las tropas españolas y los exiliados franceses que componían la Legión Real de los Pirineos penetraron más de dos leguas en territorio galo e incendiaron varias bordas en los montes. Donde las dan las toman.

Soldados de la Convención que han cruzado los Pirineos por Roncesvalles hostigan, todo el mes de mayo siguiente, a las defensas de Orbaiceta, sin poder desalojarlas. A finales de agosto resisten éstas otro ataque contra las dos fábricas reales.

Pero tras la ofensiva general de Moncey, los dos generales Laborde y Marbot empujan hacia los dos objetivos armeros. Siete batallones franceses, a las órdenes del segundo, rebasan las líneas defensivas de la real fábrica de Orbaiceta y prenden fuego a las instalaciones, igual que habían hecho poco antes en Eugui.

Reconstruidas, con enorme costo, a partir de 1805, son ocupadas, tres años más tarde, por los soldados de Napoleón, que, esta vez, las mantienen abiertas y hasta refuerzan su producción, hasta que,

tras la batalla de Vitoria, ponen pies en polvorosa, no sin antes inutilizar los fuelles de los hornos.

– ¿Ya saben todo este historial los turistas franceses que pasan por aquí?

El regimiento de León, mandado por el teniente coronel Aguiar, reconquistó y defendió la fábrica. Pero sus nuevos moradores, tanto Morillo como Mina, no sintiéndose seguros, tomaron la desdichada decisión de quemar las carboneras y destruir el resto. El maestro carpintero Miguel Saralegui hizo lo indecible para que no se redujera todo a cenizas. El comandante de la plaza, Jiménez de Cénarbe, aprovechando el carbón y el hierro dejado por los franchutes, consiguió de mala manera atender durante un tiempo a obras y obreros –que trabajaban por la paja–, y, lo que es más, hacer echar humo a los hornos en 1830.

En septiembre de 1833 no hay en Orbaiceta guarnición militar alguna y no más armas que algunas escopetas de los paisanos. Pero a finales de año se estacionan allí casi setecientos hombres armados. Otra vez ha entrado la guerra en Navarra.

El 14 de enero del año siguiente, la guardia bajada y reducido el número de defensores, asoman la cabeza los carlistas, ocupan el lugar y lo abandonan horas después. El director, coronel Bayona, y el personal civil logran, previsores, pasar la frontera a tiempo, para repasarla poco después.

– Un descendiente de Bayona estuvo por aquí un día y lo sabía todo de carretilla.

El día 27 del mismo mes, aparece por allí Zumalacárregui con una tropa de 4.000 efectivos y pide la entrega de la fábrica. El coronel director obtiene del tío Tomás la salvaguardia de las vidas y de la producción. Poco dura la ganga. Se detienen los trabajos, y las tropas carlistas, acosadas, se llevan proyectiles y útiles varios, después de un breve período de mala explotación. La Aézcoa no son las Améscoas.

Al reanudar los trabajos en 1845, la plantilla cuenta 40 operarios

tan sólo y una docena de funcionarios. Hay edificios que amenazan ruina, y casi todas las instalaciones están en pésimas condiciones, muy reviejadas.

Veinte años adelante, y como medida extrema, se hace cargo del aprovechamiento de los montes la Dirección General de Propiedades y Derechos del Estado, después de haber pertenecido durante once años al ministerio de Fomento.

La provisión, desde mayo de 1868, de lingotes de hierro para las fábricas nacionales de Trubia y Oviedo da un fuerte impulso a la vieja carrocería. Pero un incendio, esta vez casual, interrumpe durante un año el ritmo de trabajo.

El ocaso está próximo. Imposible competir con Trubia. La madera deja paso al coque.

Los operarios se reducen, un día, a siete.

Llega por fin el fin.

Subimos a la casa forestal o palacio, donde la Trini nos saca pan con jamón y queso. Hablamos de viajes pasados y futuros por Pirenelandia. Hojeamos libros de pastores y pastos.

Entra paso a paso, sigilosamente, la noche entre Txangoa, Murukoa, Urkulu, Azpegui y Mendilaz.

Se va la luz, pero continúa allá abajo la callada música del río.

– Hasta el año que viene.

REAL FÁBRICA DE ORBAICETA



GRAFITOS Y PINTADAS

Según el Diccionario de la Lengua Española, el término *pintada* –letrero o conjunto de letreros de carácter preferentemente político o social. . .– no incluye expresamente el dibujo, mientras que el término *grafito*, además de abarcar dibujo y letrero, no hace referencia al contenido. Pero algunos maestros del lenguaje nos aconsejan no utilizar el popular neologismo italiano, admitido recientemente por la Real Academia, lo mismo, por cierto, que *pintada*, que hasta hace poco sólo quería decir gallina de Guinea. Así que empleo los dos.

Los grafitos, rasguñados sobre la piedra, grabados con instrumentos agudos, o escritos con tiza o carbón, abundan en los monumentos conservados del Antiguo Egipto: desde garabatos y rudas caricaturas hasta propaganda electoral o versos amorosos.

Los propietarios de edificios en Roma ya se preocupaban de los daños que los grafitos de entonces podían ocasionarles. Cerca de la Porta Portesse (Portuensis) se encontró un aviso escrito pidiendo por favor a los ciudadanos que no garabateasen (*scariphare*) en las paredes.

Muy apreciados por paleógrafos, arqueólogos y lingüistas, lo son también por los historiadores, en lo que a la vida cotidiana de la

época se refiere y en lo que respecta a costumbres e instituciones. Los grafitos de Pompeya sobre los espectáculos de gladiadores son testimonios de primera mano sobre aquella cruel fiesta nacional.

Como se sabe, algunos grafitos —no los que va a revivir conmigo el lector, precisamente— son una forma de arte popular, que pone en tensión a varias escuelas. Incluso han servido de incitación a notables artistas. Hace unos cuantos años adquirieron notoria relevancia en la ciudad de Nueva York; amplios, elaborados y multicolores, fueron aclamados por los estetas como nuevas formas de expresión, y aborrecidos por los usuarios del metro o por los ciudadanos de a pie, hartos de ver manchadas las paredes de sus calles. Todavía el invento americano sigue extendiéndose por todo el mundo.

Pertrechado por esta elemental introducción, voy a resistir mejor la prueba que me he impuesto a mí mismo de mirar, leer y decir lo que acabo de leer en una zona media-alta de Pamplona, bajo seis bloques de pisos altos y suntuosos y en su contorno, que incluye un centro educativo de segunda enseñanza, junto a dos importantes calles de mucho tráfico.

Lleguemos, lector amable, a la primera puerta del primer bloque, a un lado de la cual, sobre la fachada revestida, podemos leer en gruesas letras moradas: *Eta mátalos*; al otro lado, un grafito (dibujo), en pintura negra.

Las columnas, exentas, de cemento desnudo, que sostienen la poderosa estructura han sido elegidas como paneles gratuitos de propaganda terrorista. Escrito con rotulador, de arriba abajo, dice en su flanco oriental:

Vamos a matar a todos los torturadores —Txakurrei sua (fuego a los perros)— *Desnúdate*. Hay también otros gráficos semi borrados.

En otro: *ETA te desea felizes fiestas comiendo turrón de la Viuda*. Y debajo, el emblema de la banda: el hacha y la serpiente.

En la cara norte:

Legalizazioa orain (Legalización (del porro, dibujado aquí) – *Euskal presoak Euskalherria* (Presos vascos a Euskalherria) – *Aizkora eta sugea* (el hacha y la serpiente) – *Herriaren boterea* (el poder del Pueblo) – *Hau ez da España* (Esto no es España, junto con un garabato de una bandera con signo de supresión por encima).

En el lado occidental de la misma columna: *ETA, herria zurekin-ETA mátalos* (pintura morada).

En otra columna, lado oeste: *Kontra el Estado y su violencia / ahora y siempre resistencia* – *Euskal Herria askatu* (Euskalherria libre) – *Jo ta ke* (sin descanso) *Aldaya jódete* – *Gobierno ataka libremente* – *Aldaya ordaindu* (Aldaya, paga) – *Independentzia eta Sozialismoa*.

Mientras el Estado español oprime al Pueblo Basko siempre habrá un gudari dispuesto a apretar el gatillo – *Jo eta ke* – *Eta no mata libera las almas de los cuerpos impuros*.

Ke se enteren los nacidos/ y los que están por nacer / nacemos para vencer / y no para ser vencidos – *Gora ETA*. Junto al hacha, y la serpiente, con una gran lengua fuera: *Jarraí bietan* (Seguir, perseguir con las dos) *KAS*.

Por si todo esto no bastara, en la misma pared del entresuelo del bloque, hay dibujado un porro humeante con un gran letrero: *Legalizazioa !!!*. Y en el muro recubierto de ladrillo: *Eta* – *Jarraí* – *Borroka harmatua* (Lucha armada).

Sobre los bordes de los ladrillos van escritas con rotulador numerosas frases pornográficas, la más suave de la cuales dice: *Hola puta puerka*. De una tal Tania, a la que se le adjunta el nombre de un barrio cercano, se dicen atrocidades.

Para que nada falte, en el lado norte del entresuelo-portería aparece una gran A dentro de un círculo, que suele significar: Anarquía. Quizás quien pintó esta letra mayúscula en negro versificó también en una columna frontera: *Gora la anarkia y la cerveza fría*.

Sobre la pared enladrillada del bloque segundo campea una

enorme cruz gamada y un círculo grande con cruz inscrita, todo en pintura negra. Varios nombres trazados con tiza, entre los que sobresale Vanessa, que debe de ser una Venus local. Ainara parece hacerle la competencia, sólo que por títulos, al parecer, menos nobles. Aunque la mayoría de los escritos son de procedencia masculina, por lo que se ve, algunos parecen venidos de ellas: *Smith, tío bueno*. Aunque, vete a saber.

En la pared occidental, con gruesos trazos negros, una pintada enigmática: *Dios mío, que hostias damos 97*.

En una de las columnas adyacentes sobresale un apóstrofo iracundo:

Tú no eres vaska, eres brasileña gilipollas (no sé si está última palabra la escribió el mismo artista u otro distinto). Y un poco más adelante: *Quien escriba más aquí hijo de puta*. No parece que el dicterio haya surtido efecto.

Bajo la cal reciente del tercer bloque se trasleen aún unas pintadas brutales en favor de la banda terrorista. Algunos forofos de Osasuna han manchado ya con dibujos y lemas deportivos la pared recién limpiada, pero sucia ya de huellas terrosas de playeras y botas.

En torno a los bloques cuarto y quinto, sobre todo en los rincones, hay cascos de botellas, bolsas de plásticos y papeles varios. Grandes manchas de orina y algunos charcos que apestan. Abundan los letreros de exaltación de ETA, Indar Gorri (Fuerza Roja), con su estrellita de cinco puntas, y Jarrai: *Mahai Nazionala askatuta* (Mesa Nacional libre) – *Amnistia* – *Insumisioa*. Junto a un *Jesucristo nunca existió*, alguien añadió con sorna: *Y tu madre tampoco*. No falta un grito de pesimismo total: *Esto es una puta mierda*.

En las tablillas de los ladrillos hay algunos lemas más originales y hasta internacionalistas:

Me siento bien – No necesito alas para volar y prefiero LSD – Yo soy la Edurne – Atzo, gaur eta beti gorriak (Ayer, hoy y siempre, rojos) – *Gorra Osasuna – Guatemala resiste en su sierra – Todos los tíos son unos ca-*

brones. Y sobre los ladrillos exteriores, dos desgarrs diferentes, entre el pasquín y el alarido de guerra: *Matan a zorras para vestir a putas*, y *ETA limpia Euskadi de fachas* (¿en segunda persona de imperativo?).

Las estrellitas negras abundan en los alrededores del bloque sexto. En las columnas aparecen fugazmente unos corazones y algunos lemas un poco más líricos que el sexo directo, repetido hasta la saciedad, casi siempre representado por ese verbo que significa, además, talar o destruir, componer algo con hojas, soplar con el fuelle, fastidiar o molestar:

Natalia se gusta de Aitor– Alicia (hay un corazón pintado) *Oscar– Izaskun x Sergio – Soy cojonudo qué ojos tengo – Nadie me quiere – Roberto sí te kiere – No me doy asco Rubén sí.*

Se reproducen varios lemas en pro de la banda terrorista independentista, y en el último rincón se nos invita, en inglés, francés, español y euskara, al país del porro: *Welcome to Porroland*. Sólo que en castellano se repite Porroland, cuando, como se sabe, lo correcto es escribir Porrolandia (como Filandia, Islandia, Dineyslandia, etc.).

Los muros libres de los bajos comerciales tampoco están limpios. Ni las escaleritas que unen la plataforma de los bloques con los terrenos colindantes. Los mismos muros del alledaño centro educativo, vallado, se adornan con pintadas en sus cuatro costados, desde el *Aupa Bienzobas* al *ETA y HB askatu*. En la misma entrada la columna central lleva pintada el emblema del hacha y la serpiente ¿Para qué se quiere más?

No se libran las calles cercanas. *Galindo púdrete cabrón* sustituye al inicial *Viva Galindo* sobre la cornisa sur de la plataforma. A un tiro de piedra, dos grandes rótulos en vascuence sobre la fachada de una bajera: *Gure Gudariak ez dira terroristak* (nuestros guerreros no son terroristas) y *Erahilketa modu bakarra* (la muerte-matanza la única manera).

Como me ve mirando, se me encara una señora, confundiéndome quizás con un concejal:

- ¿Y qué hace el Ayuntamiento con todo esto?
- ¿Y el dueño o la dueña qué hace? –le pregunto yo.

Dos contracalles vecinas están embadurnadas de grafitos multicolores, con algunas pintadas. Siguiendo hacia el oeste, varios letreros en favor de la banda etarra, y, en frente: *Put a ETA*, con la primera palabra cruzada y un *Gora* superpuesto.

En la pared frontera, varios grafitos y garabatos vulgares, entre los que se lee: *Di no a los pijos*.

Pasen, lectores, pasen y vean.



EL BOSQUE ANIMADO DE ORGUI

Todas las estaciones son buenas para visitar el bosque animado de Orgui. Hace muchos años el viajero lo cruzó de sur a norte en otoño, cuando no era un espacio protegido (1996), ni se llamaba área natural recreativa, y le impresionó el espesor y envergadura de algunos robles comunes o nobles (*quercus robur*), y el color de cobre ardiente de los robles rojos americanos (*quercus rubra*) plantados allí en 1934. Todas las estaciones son buenas, pero sigo prefiriendo el otoño.

La última vez que lo recorrí, una tarde ventosa y octubreña, caían a la entrada del bosque, como regalos bajados de no sé qué cielo, las hojas de los robles rojos, de corteza casi lisa, altos, gráciles y bellos, exóticos y no autóctonos, qué le vamos a hacer. Era una lluvia fina, a ratos una nevasca colorada, a ratos una borrasca de hojas, grandes, puntilobuladas, granates.

Esa tarde no había coches en el aparcamiento (*No dejen cosas de valor en los coches*), ni familias en el merendero atizando el fuego en los fogones de piedra, ni chicos jugando en los yerbines con paletas y pelotas, ni escondiéndose tras las leñeras. Sólo un alboroto de grandes hojas por el suelo, atabacadas o rojizas, entre las que se veían de vez en cuando las tiernas y recatadas flores violáceas de los azafranes locos.

Esta zona de acogida, llamada Arigartzeta, fue posible tras haber derribado el cierzazo más de dos centenares de robles en febrero del mismo año de 1996.

Dicen los expertos que el robledal, minúscula parte del bosque primitivo, existe desde hace 4.000 años. Es uno de los últimos testigos del bosque natural de Ulzama. Durante las últimas centurias Orgui, monte comunal de 80 hectáreas, ha sido un bosque muy aprovechado por los vecinos de Lizaso, que en él encontraban un complemento para su apurada subsistencia: caza, leña, madera, hoja, frutos silvestres, plantas curativas, brezos para escobas, bellotas y pastos para sus cerdos, ovejas y vacas, así como lugar de descanso para mulos, caballos y bueyes.

La caseta de información, hecha también de madera, estaba cerrada a esa hora pero había unos folletos, ya desteñidos por el uso, a disposición de la gente (*Usar y dejar aquí*). Todo un doble signo de civilidad.

Esta vez comenzamos por atravesar la cerca del banco largo, junto al panel de información de la zona de paseos de Tomaszelaieta (campos de Tomás). Nos metimos luego por el amable y nada inquietante laberinto, resguardándonos un tanto del viento; por la senda del jabalí, que nunca vi, o por la ruta del roble caído, donde ya se levantan nuevas vidas, y pasamos bien que mal bajo sus grandes más-tilles derribados.

(No cojas las flores. Algunas son escasas...)

Bajo los grandes robles pedunculares (por el largo pedúnculo de sus bellotas) crece silenciosamente el sotobosque, dilecto de los pájaros; desde el fresno, el arce y el olmo hasta el aligustre, el arraclán y el endrino. Pero también el viburno, el saúco, la zarzamora, todos sus verdes entrebarajados. Nos deleitaban esa tarde los muchos ruscos o arrayanes con sus frutos globosos y encendidos; las drupas negras entre las ramificaciones pardo-rojas de los cornejos; las

lustrosas, onduladas y coriáceas hojas de los abundantes acebos, algunos corpulentos; las cimas blancas y tetrasépalas de las clemátides; las bayas rojas de las nuezas trepadoras; los falsos frutos rojos-curos de los espinos albares...

Son algunos de los alegres componentes del cortejo rendido y humilde del robledal, bien arraigados en el suelo sombrío, suelto y fresco de Ulzama, desde donde sacan sus cabecitas al sol. Desde hace cientos de años el *homo cultor et recolector* ha ido aclarando los bosques, haciéndolos más holgados y a la medida de las necesidades humanas: hierbas, bellotas o espacios de pastoreo. Hoy mismo, un rebaño de Lizaso rebaña, en primavera y otoño, el suave césped que crece libre junto a los gigantes del bosque.

En *El Bosque animado* (bosque humanizado de Cecebre), que un día me llevé a Orgui para releerlo, donde los árboles hablan y hasta imitan al tren, a la lluvia o al agua del molino, el exquisito y fecundo escritor gallego, Wenceslao Fernández Flórez nos cuenta las virtudes y defectos de estos grandullones habitantes bosqueriles:

Los árboles tienen sus luchas. Los mayores asombran a los pequeños, que crecen entonces con prisas para hacerse pronto dueños de su ración de sol, y al esparcir las raíces bajo la tierra, hay quizá demasiado codiciosos que estorban a los demás en legítimo empeño de alimentarse. Pero entre todos los seres vivos de la fraga son los más pacíficos, los más bondadosos, los que poseen un alma más sencilla e ingenua. Conviene saber que carecen absolutamente de vanidad. Nacen en cualquier parte e ignoran que por el hecho de crecer allí, aquel lugar queda embellecido. No se aburren nunca porque no miran a la tierra sino al cielo, y el cielo cambia tanto, según las horas y según las nubes, que jamás es igual a sí mismo.

Poco después el cierzo travieso se puso furioso en Orgui. Ya nos lo habían anunciado en la tele no sé cuántos kilómetros por hora, pero nosotros lo habíamos olvidado. Vapuleaba árboles, arbustos, plantas. Los encimaba, sacudía sus ramadas, casi como en aquel febrero huracanado, y humillaba a los arbustos más crecidos. Hasta nos hizo

temer por nuestra misma seguridad. Avanzábamos despacio mirando a cada paso a las copas, imborneables, de los árboles más viejos, todavía en su penúltimo otoño, amarillecidos, con sus hojas lampiñas de oro viejo, ahorrado y sostenido por las ramas más altas y seguras.

Los robles padres y abuelos, centenarios muchos de ellos, ásperos y callosos de corteza, agujereados de nidos ocultos de pica-troncos, agateadores, herrerillos, carboneros, cárabos o murciélagos, se mantenían impertérritos. Algunos, ya casi desnudos, musculosos y bien trabados, con algunos brazos traídos y llevados por la ventolera, parecían ya amenazarnos, ya querer protegernos, o quién sabe si más bien desafiar al airaz mostrando su fortaleza y poderío, seguros de sus raíces, tan hondas y anchas como altas y anchas sus copas son.

El roble número 1, ya deshojado, majestuoso y campanudo, recorrido por la hiedra, el musgo y los líquenes, se sentía más fuerte aún. El número 2, casi tan robusto como el anterior, todavía con muchas hojas otoñadas, resaltadas por el verde matorral del entorno, parecía resistirse a que le arruinaran sus últimas galanuras. El roble número 3, trasmochado, más enderezado, vertical y airoso que sus congéneres, se defendía mejor de las embestidas de la ventola y seguro que se pavoneaba de su capacidad de paravientos del bosque.

En esto que oímos un ruidazal de hacia la parte de la entrada, y luego un griterío levantado y copioso. Alguna excursión de escolares –pensamos– y nos sentimos contentos de no estar ya tan solos en el bosque, más que animado, agitado ese rato por la ventisca.

De las bellotas pedunculadas que caen de los robles en otoño brotan los plantones que podemos ver en Orgui y serán dentro de muchos años como sus añosos antecesores.

Las esponjosas almohadillas de los brezales, resistentes al pastoreo moderado y lugar de trabajo para las abejas, ocultan y protegen lagartijas, culebras, ratones e insectos. Suelen convivir con algunas matas aisladas de enebros.

Tras pasar un puentecillo de madera, nos metimos en la senda que se curva para llegar casi hasta el cabo del bosque por el sur. No habían llegado aún, esa tarde, las recias lluvias que cayeron poco después. No estaba el bosque encharcado ni corríamos el riesgo de pisar limacos (caracoles sin concha) en alguno de sus cansinos recorridos por el sendero.

En las orillas de la charca más grande, ahora cubierta de hierbas y plantas, donde se revuelca el jabalí, que nunca vi, se veían las señales de la sal fósil, el salitre que dejó el mar que hubo por estas comarcas hace doscientos millones de años.

En el Museo Thyssen-Bornemisza, de Madrid, puede verse el cuadro del famoso paisajista holandés Meindert Lubbertsz Hobbene (1638-1709), inspirado en otra obra de su maestro Jacob van Ruysdael, uno de los mejores paisajistas de todos los tiempos. Ocupan el cuadro unos grandes árboles de tronco y ramas retorcidos, entre las aguas de un pantano, con unos personajes como perdidos. Se parecen los dos paisajes y me parecieron entonces dos momentos de una misma tarde, aunque allí «Holanda, al fin» había agua en la hondonada y aquí todavía no.

La senda atraviesa el robledal, al que acompañan otros árboles nobles, arces, serbales, olmos, manzanos silvestres, junto a los arbustos del sotobosque, a los que podíamos contemplar ya más sosegadamente, sin los ramalazos del vendaval.

Una señal informativa nos llamaba la atención sobre el paso por el bosque de Lizaso del corzo celoso. La corteza de un pequeño acebo estaba raspada por la piel rijosa del animal, tímido y casi invisible, que quería así marcar las fronteras de su dominio sexual.

Había unas setas grandes, que nosotros, ignorantes como somos de la micología, no sabíamos apreciar (*No cojas setas de otoño...*)

Alrededor de del refugio-observatorio de madera, subiendo y

bajando sus escaleritas, perleros y risioneros, andaban los chicos y chicas de algún colegio, a los que habíamos oído llegar. El bosque se había animado mucho más con aquella garzonía bulliciosa, y me acordé entonces de los amores o de la falta de amor entre Geraldo y Hermelinda en la fraga de Cecebre. Y del últílogo que cierra aquellas historias melancólicas:

Y transcurrieron los días. Y los años. Y vino la Muerte y pasó la esponja por toda la extensión de la fraga y desaparecieron estos seres y las historias de estos seres. Pero detrás todo retoñaba y revivía, y se erguían otros árboles y se encorvaban otros hombres, y en las cuevas bullían camadas recientes y la trama del tapiz no se aflojó nunca.

En el herbazal, tranquilo y monótono, sobresale la *deschampia cespitosa*, planta típica del sotobosque robleño.

Antes de pasar de nuevo junto al laberinto, nos dimos con la cantera de ofita, de la que ya nos habíamos olvidado. Es el único altílo en el bosque, con las rocas casi ocultas por la tierra y la hojarasca. El hueco semeja un pequeño anfiteatro, que sirve a veces para breves representaciones de los escolares. Por eso lo llaman también el *Ofitateatro*. Rodeado de robles, se dan bien en el paraje los acebos. Hay un asiento en frente y adorna el semicírculo una valla de madera.

Se llama ofita esta roca sacada aquí a la superficie hace más de treinta millones de años por el llamado diapiro de Lizaso –pliegue de núcleo salífero y perforante–, porque tiene el color gris verdoso de la serpiente (en griego *ofis*). Fue una cantera de carácter local, que sirvió mayormente para los caminos del Valle. También los caminos de Orgui llevan ofita molida.

Antes de salir, vimos una pequeña balsa dentro del herbazal: *un proyecto* –según el indicador– *de recuperación de la rana ágil*.

Entre prados de siega, donde pasturan unas vacas pirenaicas, a la vera del río Ulzama, un camino lleva directamente hasta Lizaso, lugar del Valle del mismo nombre, con un centenar y medio de habitantes. Es un pueblo subido a un altozano, desde donde se ve muy bien el robledal, que en aquella vespertada aparecía verdiamarilloso. Las casas, la mayor parte levantadas en los siglos XVIII y XIX, aho-

ra renovadas y enlucidas, tienen balcones y terrazas que dan mayormente al sur y al oeste.. En las pequeñas pendientes, jardines de las viviendas, y detrás de la iglesia, alrededor de una doble fuentequilla, yerbines, setos, flores de la Pampa, cipreses, rosales, laureles manchados, claveles chinos, dalias, laburnos, pensamientos... Se han hecho nuevos casares en el núcleo de la población y sobre todo a lo largo de la carretera.

Unas escaleras muy adornadas, bajo un gran nogal, suben hasta la iglesia de san Simón y san Judas. Una discreta placa nos informa: *JHS. Au eliza izan zan egiña 1890 garren urtean, izanik apezaita D. José Igoa erri onetaco semea* (Esta iglesia se hizo el año 1890, siendo párroco don José Igoa, hijo de este pueblo). Entre la imaginería moderna del retablo son de notar dos tallas renacentistas y la Virgen gótica, traída de la iglesia de Udoz, despoblado ya a finales del XIV. Ya no subsiste la antigua ermita ermita.

En una especie de anchurón, con que se abre la única calle con el nombre de los patronos, sobresalen las sombrosas mansiones número 5, 7 y 9, separadas por dos belenas. La primera, ahora Casa Rural, lleva en la fachada un escudo neoclásico. En la segunda, sobre un portalón de medio punto, corre un largo balcón en cada piso, llenos de flores y enlazados por una gran parra. La tercera casona, del siglo XVI, luce tres ventanas con antepechos de bolas, y bello balcón corrido de madera en el tercer nivel, bajo un alero más que airoso.

Lizaso tiene un bar-restaurant y una posada, un centro cívico, una oficina de turismo, un convento de carmelitas descalzas, la oficina del equipo veterinario de la Ulzama, un minicampo de golf y un parque infantil.

Es el lugar, al que pertenece el bosque animado de Orgui.

EL BOSQUE ANIMADO DE ORGUI



LA VIÑA Y LA BODEGA

Frente a la concepción griega del trabajo como sufrimiento o castigo, venganza de Zeus engañado por Prometeo, el poeta mantuano-romano Virgilio, en el primer libro de las *Geórgicas* (*Georgicon liber*: libro de los cultivos de la tierra) reconoce la necesidad del esfuerzo humano, que sólo puede proporcionar al hombre bienes y felicidad:

La felicidad de la edad de oro perdida bajo el reinado de Cronos o Saturno —ese bello mito arcaico, continuamente renovado— se recupera así, en buena medida, mediante el esfuerzo personal del hombre, pasando de la felicidad pasiva, un tanto boba, a una felicidad dinámica, que estimula el progreso continuo, fuente de bienaventuranza:

Antes de Júpiter ningún labrador cultivaba la tierra, ni era lícito tampoco amojonar ni dividir el campo por linderos. Disfrutaban en común la tierra y ésta producía por sí misma de todo con total liberalidad, sin pedírselo nadie. Él fue quien (...) sacudió la miel de las hojas, y ocultó el fuego, y secó los arroyos de vino, que corría por doquier (...) Entonces aparecieron los variados oficios. Todo lo venció el extremado trabajo y la necesidad que aprieta en circunstancias duras.

Los romanos decían: *Mejor es sembrar menos y arar mejor*. El autor de *La Eneida*, que aconseja al labrador que sea el primero en cavar el suelo, el primero en quemar los sarmientos y el último en vendimiar (*pero vendimia el último*), recomienda a la par el principio de menos y mejor: *Alaba los extensos campos, pero cultiva uno pequeño*.

La viña de Indurain, viña Ezcaba, ocupa 18 robadas en la falda sureña y cascajosa –carasol– de este monte villavés. El mejor terreno para la vid. Es la única viña que queda en el término; la más alta de Navarra; el único cultivo donde antes se plantaba vid –arriba–, o se sembraba grano –abajo–, ahí donde hoy se agita el polígono industrial de la villa. Un seto de ciprés verdiazul rodea la finca por los tres costados. Al norte linda con una chaparral de roble, surmontado por un pinar comunal de repoblación. Baldíos a los lados. Por una senda, que pasa al sur, pasean personas mayores o algunas señoras con perros.

La viña actual, plantada en 1995, todavía hoy con los tutores, alambres y postes metálicos, sustituyó a los viñedos de los que antes más vivía la familia. Hoy es, más bien, una tradición, un recuerdo, una afición, y un entretenimiento familiar. Un reto científico también. Los doce sarmientos de los seis pulgares de cada cepa, alta y expandida, están holgadamente tentadores de uvas, negras, limpias, ofrecidas, apetitosas. Los espacios entre liño y liño son grandes, como aconseja Virgilio: *Si se trata de cuestas empinadas, espacia las hileras*. La variedad predominante es Cabernet-Sauvignon, preferida a mediados de los noventa, con alguna que otra cepa de uva blanca –hojas alimonadas–, tempranillo –hojas granates– y garnacha –hojas anchas y color verdi-morado–, como eran las de mi pueblo.

–Qué dulce y sabrosa es la uva garnacha

–Como uva, no hay como ella.

La viña de Indurain está cuidada como un jardín. Bien deshi-juelada, bien deshojada, bien aclarada (basta con arrancar las hojas con las manos huecas y aclararlas a intervalos), limitadamente abonada, muy mimada por el tío Víctor, que tiene aquí uno de los placeres de su activa jubilación.

No sé si es la primera en ser cavada, pero sí que es la última en ser vendimiada. Cuanto más tarde, mejor. Veintitantos familiares y amigos cumplirán el rito ancestral del corte a mano, liño por liño, en un ambiente festivo y contagioso, con la fuerza del sol, de la uva y de la amistad. Qué alegres, que memorables las fotos de estas cinco vendimias: los vendimiadores en corro, delante de las primeras cepas, con las tijeras, los pañuelos, los gorros, los sombreros, las ropas de colores varios y chillones, y en la cara la color de la parra madura y la risa del mosto de octubre!

De la cepa a la barca, de la barca al tractor, del tractor al remolque, del remolque a la bodega.

El señor Miguel, aquella gloria de Villava, navarro tipo, caballero admirable, me invitó un día a ver la bodega familiar. El se fue al cielo antes de nuestra cita. En su honor, con su hermano y sobrino, Víctor los dos de nombre, fui a verla y a pasar con ellos una velada como de vendimia.

Del remolque a la máquina despalladora y de ésta a la pequeña estrujadora, de donde cae el caldo a los tinos o lagos de acero inoxidable, situados en una estancia inferior. Recordando tiempos no muy lejanos, dejemos a Virgilio que cante al dios del vino:

Ahora a ti te cantaré, oh Baco (...). Ven aquí, tú, oh padre Leneo [lagar] (...) en tu honor, cargado de pámpanos de otoño, florece el huerto, la vendimia espuma hasta los bordes las rebosantes cubas, ven aquí, padre Leneo, y, descalzándote los coturnos, tóñete conmigo del nuevo mosto las desnudas piernas.

En nuestros ambientes cristianos santificamos el culto báquico con el rosario de la Virgen de octubre, que por la mañana o por la tarde bendecía nuestro trabajo y nuestra alegría familiar y pueblana.

Y de los tinos, grandes, medianos o pequeños, a las cubas de roble francés. Ya Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, alabó el vino (*Es el vino muy bueno en su mesma natura*) y reprobó el mucho vino (*Ado es el mucho vino, toda cosa es perdida*), pero con sola una excepción:

El mucho vino es bueno en cubas y en tinajas.

Buena parte de la cosecha del 99 está a punto de cumplir dos años en el botellero innúmero y geométrico, uno de los lugares fuertes de la visita. Antes de que entre la cosecha del 2002, que trae 13'8 % de grado, vamos viendo el taller, el laboratorio, la sala de recuerdos de la vieja viticultura: la encorchadora, la diminuta prensa, las hoces, las tijeras, los serruchos, las diversas medidas de cobre, la carretilla, las fotos vendimiales en que sonríen los hermanos Miguel y Víctor ensombrerados y con uvas en la mano.

Tere, Víctor y Eugenio, de la rama Úriz-Indurain, cubren la mesa familiar de la bodega con sabrosos productos de la tierra que dejan un buen sabor de boca y un buen sabor de amistad. A eso siempre añaden, buenos catadores como son, unas muestras del rico florilegio de vinos españoles, incluido el vino de Villava, que en la pared contigua exhiben sus vitolas. Los versos rústicos de las cerámicas ayudan a los malos bebedores a saber apreciar los colores, los olores y los sabores (por lo menos tres por cada sentido): *El vino alegra el ojo / limpia el diente / y sana el vientre. Y Aceite, vino y amigo / mejor cuanto más antiguo...*

Al maestro Virgilio le hubieran recordado los toscos versos de los campesinos de Ausonia, que se ponían *máscaras grotescas de corteza hueca*, cantaban a Baco y colgaban figurillas de cera o de lana de un pino alto para que atrajeran la fertilidad sobre el terruño.

SAN MIGUEL IN EXCELSIS

De las muchas veces que he subido a San Miguel de Aralar, recuerdo sobre todo la primera. Teníamos quince o dieciséis años y trepábamos, alegres y aventureros, por una senda vertical y pedregalera. Como en la excursión de Unamuno. Como en los tiempos en que subían, a miles, nuestros abuelos para pedir al santo Arcángel por la unidad católica de España.

Otro día hermoso y popular fue la fiesta de la inauguración de la esperada carretera de Huarte al santuario. Todo el pueblo estaba allí, festival y alto de espíritu; todo el pueblo y media Barranca.

Los días breves de otoño suelen ser de los más bellos, cuando toda la sierra luce sus galas mejores antes de retirarse a hibernar. Bellísimos son también los días en que la nieve va derritiéndose aún sobre los dólmenes venerables de uno y otro lado. Y todavía hay mañanas de mayo, en torno a la fiesta de la aparición, en los no hay nadie en el templo, oscuramente románico, y ni siquiera compartiendo los garbanzos en el refectorio de la hospedería.

De San Miguel de Ízaga, además de la romería del 8 de mayo, remembro el día grande de la restauración de la ermita, que fue mucho más que una romería general.

El arcángel de Ízaga suele estar muy solo durante casi todo el

año. El camino, desde Zuazu, es bueno, entre tomillos, aliagas, rosales silvestres, bojés, pinos, quejigos, robles y hayas.

Uno puede asomarse a balconillos audaces de rocas y mirar los campos y los pueblos de los valles de Izagandoa y Unciti, mientras planean los buitres sobre sus nidos. Se ven los valles de Ibargoiti y Elorz desde el mirador oriental. Y desde el altillo de la iglesia-ermita, contra la que el cierzo suele combatir con ululares, que en otro tiempo hubiéranse tenido por diabólicos, media Navarra se ve ascender hacia el cielo de los arcángeles.

Mikha'él (en hebreo: quién como Dios) es el mejor de los ángeles en la tradición judía y cristiana. *El gran príncipe y protector de Israel*, según el libro de *Daniel*. En los *Apócrifos* del Antiguo Testamento y del judaísmo es uno de los ángeles que están junto al trono de Dios. El abogado de los justos en el juicio final. El *Apocalipsis* describe el combate celeste librado por Miguel y sus ángeles fieles contra el dragón y los ángeles rebeldes.

En los *Apócrifos* cristianos Miguel aparece como *administrador de los bienes celestiales, guardián del paraíso*, guía de Adán y de los demás justos al cielo, y estratega de los ejércitos celestes vengadores de Satán. *Hermas*, el Pastor, que escribe a mediados del siglo II en Roma, le llama *ángel grande y glorioso; que tiene potestad sobre este pueblo y lo gobierna*.

El culto a San Miguel nace en el Oriente helenizado. En Cherotopa, cerca de Colosas, y en Chonae (Frigia) debieron de estar los santuarios más antiguos. La fiesta de San Miguel se celebraba entonces el 8 de noviembre. En Egipto es especialmente vivo el culto en Alejandría y la fiesta coincide –12 de junio– con la época de las crecidas del Nilo. La conmemoración del 29 de septiembre procede de Roma, donde el primer templo dedicado al arcángel parece ser una basílica en la vía Salaria. De Roma se extiende la devoción a toda la península.

En el monte Gargano, en la Apulia, debió de existir ya en el siglo V un lugar de culto y de peregrinación. El 8 de mayo del año 663, los longobardos vencedores de los sarracenos en la batalla naval de Siponto, atribuyeron la victoria a San Miguel. La fiesta litúrgica posterior celebrará la aparición en esa fecha y en anteriores. Allí surgirá la ciudad de *Monte Sant'Angelo* y el famoso templo románico-gótico, meta de peregrinaciones de toda la región.

Algo parecido ocurre en el antiguo monte Tumba y después célebre *Mont-Saint-Michel*, en Normandía. Aquí a quien se aparece San Miguel es al obispo de Avranches, Auberto, alrededor del año 709, y donde se levantará mucho después la prodigiosa abadía y las espectaculares edificaciones religiosas y defensivas. Tanto en este como en el caso anterior, la leyenda añadió monstruos, toros feroces, grutas y cavernas, junto a milagros sin fin atribuidos al poderoso guardián del paraíso. La *Legenda Sanctorum*, luego *Legenda aurea* (s. XIII), los hizo populares en todo el mundo cristiano. De los milagros de San Miguel de Aralar ya hablaré otro día.

Muchas iglesias en Navarra fueron dedicadas al arcángel San Miguel, quien, tras la Virgen María, los apóstoles más importantes y algunos mártires de la Iglesia primitiva, ocupa una destacada posición. La mayoría de ellas fueron erigidas en los siglos XII y XIII.

Están consagradas al más popular de los arcángeles, entre otras, la iglesias –parroquiales hoy en o en otro tiempo– de Aoiz, Arraiza, Artazu, Badostain, Baraibar, Barbatain, Barillas, Beramendi, Cábrega, Cadreita, Cárcar, Cía, Ciriza, Corella, Eguillor, Eraso, Eraúl, Eslava, Estella, Huici, Idoy, Ilarregui, Ilundain, Larraga, Leiza, Lizoain, Lodoso, Marcalain, Mendivil, Noain, Olaiz, Olalde, Olcoz, Olazagutía, Orcoyen, Oteiza de la Solana, Pamplona, Peralta, Salinas de Ibaigoiiti, Salinas de Oro, Sarriá, Urdániz, Yanci, Zarranz, Zufía.

Buena parte de estas iglesias se alzan en lugares altos, o en puntos estratégicos de comunicación y comercio, en honor del patrono de viandantes y comerciantes.

Mejor todavía cumplen alguna de estas notas específicas, o ambas dos, las –más numerosas todavía– ermitas de hoy o de ayer acogidas a la protección de San Miguel: Abaigar, Aibar, Aranarache, Arguedas, Arguiñano, Arizaleta, Artajona, Artozqui, Atondo, Ayechu, Ayesa, Barasoain, Bargota, Bézquiz, Buñuel, Cortes, Desojo, Domeño, Echarren de Mañeru, Echávarri, Elía, Espronceda, Esténoz, Falces, Funes, Galar, Galdeano, Góngora, Goñi, Huarte-Pamplona, Huarte-Araquil, Idoate-Lerruz, Ilzarbe, Iracheta, Irañeta, Iroz, Izal, Lerga, Lerín, Liberrí, Lizarraga (Ergoyena), Maquirriain, Mezquíriz, Monreal, Munárriz, Murillo el Fruto, Ochovi, Olaz (Galar), Olite, Oricain, Orrio, Rocaforte, Sada, San Martín de Unx, Santesteban, Tudela, Ucar, Ujué, Ulibarri, Urdíroz, Uridain, Urzainqui, Ustés, Valcarlos, Vera de Bidasoa, Viana, Vidángoz, Vidaurre, Vidaurreta, Viguria, Villatuerta, Zabalza (Urraúl), Zuazu (Araquil), Zuazu (Izagaondoa), Zuza. Una lista de 75 localidades, sin tampoco pretender que sea definitiva.

El lector puede ver también una innegable relación entre la devoción al príncipe de la milicia angélica (*princeps militiae angelorum*) y la presencia de Roma en nuestro territorio.

Roma es en Occidente el primer centro de irradiación, como hemos visto. Hasta el papa Gregorio el Grande, cuando la ciudad está asolada por la peste, ve aparecer sobre el mausoleo de Adriano al arcángel San Miguel envainando una espada sangrante; poco más tarde, el papa Bonifacio IV (608-615) le erigirá en el mismo sitio de la aparición una capilla, que se llamará *Sanctus Angelus inter nubes*, coronando el desde entonces llamado Castell Sant'Angelo.

Antes, (546), en Ravena, la capital imperial bizantina, se había levantado la iglesia de *San Michele in Africisco*. Las apariciones de Roma y del monte Gargano serán un estímulo y una inspiración común.

Francia hace del arcángel defensor de la Iglesia un santo nacional. Imitando al *Mont-Saint-Michel*, eleva en Le Puy-en-Velay, en

la cima de una roca de basalto, el *Saint-Michel d'Aiguilhe*. El Poitou tendrá a la vez el *Saint-Michel-en l'Herm* (Hermes). Los reyes de Francia ponen bajo su protección arcangélica el reino de la flor de lis. No faltará quien le represente como un guerrero galo, con los trazos de Vercingétorix. Luis XI funda en 1469 la Orden de Caballería de San Miguel.

El primer de los arcángeles es el protector de Bruselas, quien con santa Gúdula se reparte el patronazgo de la catedral.

En Alemania es particularmente venerado en Baviera, pero se le dedican por todo el imperio iglesias espléndidas, como las de Hamburgo o Hildesheim.

Inglaterra es una nación consagrada a San Jorge, otro santo caballeresco y mílite, pero en el Cornuaille inglés no falta tampoco el *Saint Michal's Mount*, que acoge a devotos y peregrinos.

Los santuarios más célebres dedicados a San Miguel en la edad media se emplazan en altozanos, colinas o montañas. Otras veces, se le dedica una capilla alta en los templos, preferentemente encima del pórtico o del nártex.

El *Codex Calixtinus* habla del altar de San Miguel, el principal de los tres que hay en el triforio de la catedral de Santiago de Compostela, donde la tercera de las iglesias se pone bajo el patrocinio del arcángel. En el Camino que recorre España está muy presente San Miguel: Valcarlos, Mezquíriz, Idoy, Galar, Rocaforte, Monreal, Villaveta, Estella, Nájera, Pedrosa, Burgos, Población de Campos, San Miguel de Escalada, San Miguel del Camino, San Miguelín de Sarria. (*Villa Sancti Michaelis*)...

El *condestable de la milicia celeste* es el guardián por excelencia de las puertas de los templos, encargado de impedir con su tizona la entrada al demonio. Un día se le confiará asimismo la custodia de las casas. Una imagen arcangélica corona frecuentemente las flechas de los campanarios. Alguien ha bromeado con el *culto aéreo* a San Mi-

guel arcángel análogo al del santo profeta Elías, venerado igualmente *in excelsis* (en las alturas).

Pero San Miguel, ay, está muy presente también en las capillas cementeriales, luego veremos por qué. Todos los osarios tienen, durante varios siglos, una capilla que lleva el nombre del arcángel. Las cofradías dedicadas al enterramiento de los muertos suelen venerarlo como patrono. Y muchas de esas capillas, dentro y fuera de las iglesias, están decoradas con cuadros sobre el Juicio final.

San Miguel *in excelsis*. San Miguel *in inferis*. San Miguel de las alturas y de las profundidades. De cielos e infiernos.

En 1970 el sagaz etnólogo y sobre todo profundo conocedor de la vida y la historia de las gentes del piedemonte de Aralar, José María Satrústegui, ya intuyó posibles *reminiscencias de un posible culto de la fertilidad*, detrás de las múltiples rogativas a la cumbre de Aralar hasta hace poco tiempo, las tradicionales visitas a los pueblos, las aportaciones en especie y las bendiciones de los frutos en los pueblos de la Barranca.

Un año antes, Julio Caro Baroja, en un estudio publicado sobre *La leyenda de don Teodosio de Goñi*, había aludido muy de pasada a la herencia de algunos atributos de Hermes o Mercurio, citando algunos autores menores, no conocidos por aquí. Pero para entonces se habían escrito también otras páginas mucho mejores sobre el culto al protoarcángel, inencontrables casi siempre en nuestras bibliotecas.

Quizás es cierto, como sostienen algunos autores, que San Miguel fue primero considerado como escoltador, acompañante, conductor o guía de las almas, como hemos visto en algunos textos judíos y cristianos. Así puede contemplarse la hermosa figura del arcán-

gel en el mosaico (s. XI) del *Catholikon* de San Lucas, en Fócida (Grecia): alado, túnica y palios rozagantes, las manos casi juntas a la altura del pecho, y en la derecha una vara florecida.

A veces el guía celestial observa silencioso el juicio de Dios y espera a las almas junto al platillo derecho de la balanza divina. Pero, otras veces, él mismo la sostiene. Hans Memling le pintó así en el *Juicio final*. Y le fijaron en piedra románica los tímpanos de Autun, los capiteles de San Eutropio, de Saintes; el capitel del coro de San Pedro de Bauvigny, o la jamba izquierda de la portada norte de San Miguel de Estella: San Miguel pesa las almas frente a un demonio que se le opone; debajo aguardan el seno de Abrahán y el antro de los condenados.

Mucho más popular ha sido siempre la iconografía de San Miguel, estratega: armado de espada, loriga, escudo y casco, alanceando y derrotando, a pie o a caballo, al dragón-demonio-mal. Piero della Francesca, Rafael, Rubens, Bermejo, Reni, Delacroix, Giordano... le llevan a sus cuadros. Y se repite, desde el siglo VII en Occidente, en frescos, puertas de templos, bajorelieves, capiteles, tímpanos, pinturas murales, sellos, miniaturas..., inspirados en la tradición judía, en el Apocalipsis, en relatos de apariciones, en las cruzadas... Tal se muestra en la portada susodicha de Estella, junto al motivo del juicio. Y los tres se yuxtaponen en el retablo románico, llamado de Egüillor, ahora en Barcelona.

Más rara es entre nosotros la imagen, muy frecuente en miniaturas, iconos y mosaicos bizantinos, del arcángel con espada y globo crucífero, como guardián del paraíso y defensor de la cristiandad.

Hermes-Mercurio, el *dios del montón de piedras* y de los túmulos sepulcrales, es un dios de nombre pre-helénico, y de origen indoeuropeo. Es un dios pastoril, por su capacidad de multiplicar el ga-

nado, como dios de fertilidad. Es también llamado *guardián del ganado, ovejero*... Se le representa llevando un cordero en los hombros (crióforo), como buen pastor, imagen que transfigurará pronto el cristianismo primitivo. Recordemos la bellísima pintura en las catacumbas de Domitila (s. II).

Por su carácter pastoril y nómada se le atribuye la protección de caminantes y peregrinos, y, por ende, de los comerciantes. Es el dios de los viajes y de los viajeros. Dios sin templos, se amontonan en su honor piedras (*hermai*, marcueros=mercurios) en calles, campos, bordes y caminos. Después (desde el s. VII antes de Cristo), se le dedicarán los *hermes*: cabeza y torso, a veces los genitales masculinos esculpidos sobre el fuste o sostén. En Atenas los hermes señalaban los santuarios o servían como monumentos conmemorativos. Según su colocación, significaban divinidades de fertilidad, mediadores, de fortuna o tutelares.

En Roma y en el Imperio Romano los hermes alojaron diversas divinidades y aún personajes públicos. A veces sólo eran señales de términos. El cristianismo los convirtió en imágenes santas; entre nosotros, en cruces de término o calvarios.

Hermes-Mercurio, *raudo mensajero de los inmortales*, como le canta el himno del siglo VI antes de Cristo, medicador entre ellos, dador de bienes y males. Asociado con la noche y con la muerte –ser subterráneo (ctónico)–, una de sus funciones más conocidas es la de pos y *chopompós* o conductor de almas a su última morada y hasta castigador y liberador de los muertos.

Desde la edad clásica griega –recordemos el *Hermes Propylaios* (c. 430 antes de Cristo) de la Acrópolis– se le representa vestido de pastor –o a veces entre jabalíes, cabras y gallos–, con sandalias aladas, alas en la cabeza, zurrón y aduceo. En la célebre escultura de Giambologna, en el Bargello de Florencia, Mercurio es un alado y bellísimo joven, el caduceo en la mano izquierda y la derecha levantada, con el índice hacia arriba.

Según César, Mercurio –o lo que él interpretaba como tal– era el dios más venerado de la Galia. Era el señor de las cumbres. Pasados los siglos, los *Mont martre* (monte de los mártires) sustituyeron a los *Mont Mercurii* (monte de Mercurio). Aún puede verse el templo reconstruido en la cima del Puy de Dôme (1465 m.), al oeste de Clermont Ferrand. Un día se veneró allí, como dios protector, el colosal Mercurio de bronce, esculpido por Zenodoro, escultor preferido de Nerón.

Los autores que rechazan de plano la hipótesis son pocos y nada convincentes. En cambio, el gran Emile Mâle, nada seospechoso de frivolidades, no duda en escribir en una obra magistral:

Para toda la Edad Media, san Miguel fue el inductor de las almas en la otra vida, el santo psicopompo. Desde los primeros siglos del cristianismo, la Iglesia, deseosa de desviar hacia san Miguel el culto que los galoromanos todavía paganos, tributaban a Mercurio, concedió, al parecer, al arcángel algunas de las atribuciones del dios. En las ruinas de los antiguos templos de Mercurio, que ocupaban generalmente las alturas, se levantaron capillas dedicadas a san Miguel. Una colina de la Vendée lleva todavía hoy el significativo nombre de Saint-Michel-Mont-Mercure. San Miguel, que ya era el mensajero del cielo, se convirtió, como Mercurio, en conductor de los muertos. Este papel fúnebre de San Miguel está atestiguado por costumbres antiguas (...) Finalmente, desde la Edad Media, el ofertorio de la misa de difuntos decía expresamente: "Signifer sanctus Michael repraesentet es (animas) in lucem sanctam" (Que el abanderado san Miguel lleve las almas a la luz santa).

Y Louis Réau, en otro célebre libro posterior, es aún más contundente:

Su culto (el de San Miguel) ha reemplazado el de divinidades paganas: sobre todo el del dios egipcio Anubis y especialmente el de Mercurio, el Hermes psicopompo, que jugaba en la mitología un papel análogo. Una colina de la Vendée se llama aún "Saint-Michel-Mont-Mercure". En Godesberg (monte del dios, cerca de Colonia, una capilla de San Miguel sustituye un templo de Mercurio...

No es, como saben todos los historiadores de las religiones, un caso único, ni mucho menos. En el centro y norte de Europa los mis-

mismos cristianos sustituyeron con el culto al primer arcángel el popular culto a los dioses Wotan y Thor.

No es casual que el principal culto a San Miguel viniera de Aralar y del monte Izaga.

Aralar era la montaña más alta y cercana de la *mansio romana* de Aracaeli en la vía de Hispania a Aquitania, desde Astorga a Burdeos (*Ab Asturica Bordicalam*), según el *Itinerario de Antonino* (s. III-IV): *Aracaeli*, 21 m. p.; *Alantone*, 16 m. p.; *Pompelone*, 8 m. p.; *Turisca*, 22 m. p.; *Junono Pyrineo*, 18 m. p... Los autores traducen por Echarri-Aranaz o Huarte-Araquil, Atondo, Pamplona, y Espinal. Caro Baroja, más cauto, escribe que el río Araquil parece estar en relación con el *Ara-celi* del *Itinerario de Antonino* y de los *aracelitarios* de Plinio.

Ízaga (1355 m.) es el monte más alto de la Navarra media, y presidió durante siglos el paso obligado a *Pompaelo* desde los romanizadísimos territorios de la actuales Cinco Villas, del Val de Aibar y de la Cuenca de Lumbier.

La ermita románica de San Miguel de Villatuerta, que cobijó el primer relieve en piedra con la ruda efigie del arcángel, no está lejos de la vía (o vías) que unió *Vareia* (Logroño) con *Pompaelo*, no lejos de la ciudad romana de Andelos ni de la única calzada que hoy conocemos, aunque sólo en parte.

Sí, ya sé que ni entre los olivos que cercan la ermita de Villatuerta, ni entre las malvas y ortigas en torno a la ermita de Ízaga, ni bajo los fresnos que sombrean el santuario de Aralar, he encontrado yo, ni nadie, la estatua o estatuilla de Hermes-Mercurio, que, vg., el profesor Taracena, encontró en el término de mi pueblo, tal vez entre Gazteluzar y Andelos, en una de las villas romanas, cerca del río Salado y de la calzada romana.

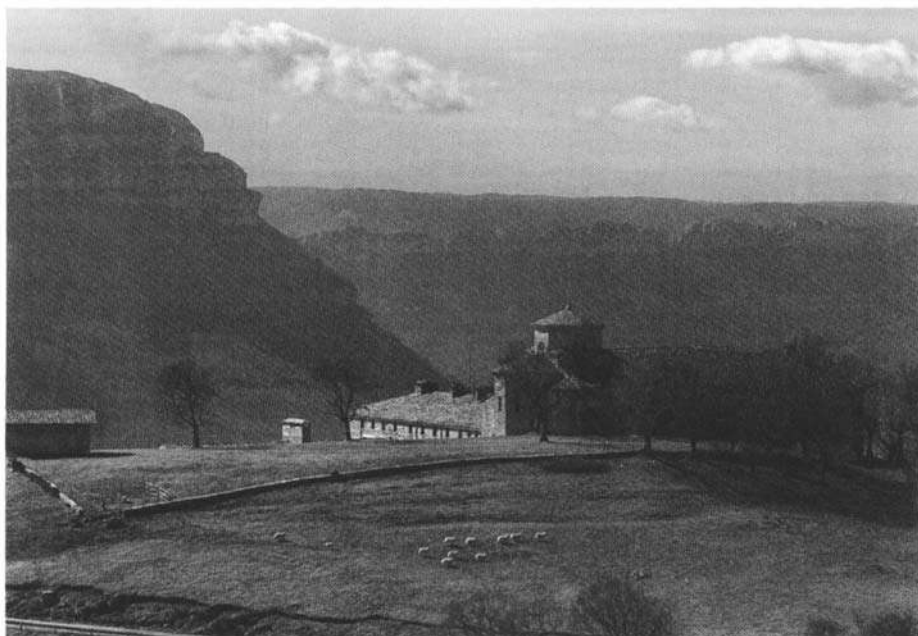
Pero hay argumentos tan sólidos o más que ése.

Don Inocencio, segundo ángel de Aralar, aunque ya sin alas, que sabe mucho más que yo de ángeles y arcángeles, y sobre todo de

SAN MIGUEL IN EXCELSIS

las almas que ellos pesan, conducen y defienden, sabe, con San Justino en su *Apología II*, que *cuanto de bueno está dicho en todos ellos* (poetas y escritores antiguos) nos pertenece a nosotros los cristianos. Y es que todos ellos *sólo oscuramente pudieron ver la realidad gracias Verbo en ellos ingénita*.

San Miguel Arcángel nos valga.



CAMPOSANTO AMIGO

El camino de tierra, yerba y gravilla, arranca del extremo noroeste del pequeño poblado —30 habitantes—, junto a una casa gótica de nobles piedras rejuvenecidas, y asciende levemente entre fresnos, olmos, matorrales y rosales caninos, algunos montones de piedras y útiles de labranza.

El tramo, empinado, que se desvía hacia el camposanto, está reforzado de hormigón.

Los muchos aires húmedos y lluviosos han revestido de óxido rojizo —orín— los hierros de la puerta, y el cerrojo, al moverse, suena a herrumbre, a muchos años y a intemperie. Suena a viejo camposanto de pueblo.

Los griegos lo llamaron cementerio (*koime-térion*): lugar de los que duermen, y el nombre griego es ahora entre nosotros término común. Pero en nuestros pueblos, menos teóricos y más piadosos tal vez, lo llaman todavía camposanto.

Este es un pequeño rectángulo, recostado en la ladera, con tapias altas y recientemente recompuestas, recorridas a trozos por yedras y algunos matojos. Hierbas altas en el suelo, con algún plantón de olmo. En el centro del espacio una cruz de piedra desnuda, recu-

bierta de costras pardas y amarillas de líquenes; alguien ha puesto una herradura entre la base y el fuste.

Junto a la tapia occidental está ya torcida y muy entoñada una antigua cruz de hierro, con la típica placa de esmalte, con fecha de 1945. Otras dos lápidas, en forma de cruz, celebran la memoria de dos familias del lugar, y tres más recuerdan la muerte de tres párrocos que murieron regentando la parroquia entre 1935 y 1961. Cerca de la tapia oriental, la tierra removida y abultada del último enterramiento.

El camposanto está rodeado de un cerquillo de olmos y zarzas a la vera de una pieza recién sembrada, bajo un pequeño mogote. Es un buen mirador sobre el pueblo y su vallecico, drenado por una regata entre chopos que comienzan a otoñar. Unas tiramiras con monte bajo cierran el horizonte, bajo un cielo con celajes. A sus pies, tierras labrantías, arcillosas y margosas, pardas y grises.

En un pueblo vecino, mucho más encimado, se reencienden de golpe, como alarmadas, ocho luces blancas y una amarillenta. Ladrán unos perros, y grita, estridente, la lechuza.

Dos tractores, yentes y venientes, con las luces puestas, abren de manera nueva las viejas hazas de la sementera.

Nuestro amigo difunto no tiene lápida ni un metro siquiera de sepultura. Sus cenizas fueron dispersadas aquí, una tarde de mucho viento, en ceremonia íntima, dos semanas después de su muerte. Todo el camposanto es, pues, su tumba.

En los últimos meses de graveza, subía a veces, penosamente, hasta aquí, descorría con dificultad el cerrojo herrumbroso, y se ponía a mirar, a esta hora, su pueblo y su valle: el pequeño mundo que le traía a la memoria el ancho mundo que recorrió, conoció, describió, admiró o denostó.

Durante siglos –solía pensar y decir– sus trasabuelos se escondieron aquí, en esta hondonada fértil, gozaron y sufrieron, esperaron o dejaron de esperar, sin apenas salir de ella más que para negocios

cortos y guerras largas. Aquí vivieron en contacto acostumbrado con la muerte, que en aquellos tiempos venía tan a menudo, sin que les saltasen por eso los muelles de la sorpresa o de la desesperación.

Del camposanto en torno a la iglesuela parroquial –hoy es un atrio lleno de rosales– pasaron los trashombres a este corralillo de muertos, austero y rural; venteado, soleado y llovido; sólo bendecido por el cielo de Dios y una cruz tosca de piedra.

Las buenas y sufridas gentes de nuestros pueblos, con las excepciones de siempre, no se daban importancia. ¿Para qué gastos inútiles, que, además, no podían darse? Se sembraban en la tierra, como habían sembrado el trigo o la avena, esperando casi siempre la primavera de la eternización. ¿Para qué nombres, fechas, títulos, frases...? Allí están todos, solos y bien guardados, humildes (de *humus*, tierra) más que humillados, provisionales y provistos.

A nuestro amigo le gustaba esta prístina sabiduría, casi ya desconocida y por eso menos-preciada. Era feliz viendo y contemplando estos paisajes, estos parajes, estas luces últimas o primeras. A veces, como cuenta Jenofonte de Sócrates, se quedaba como ido, tras-puesto, largos ratos, en soberana contemplación. No lo creerían quienes lo vieron sólo como hombre de mundo, quién sabe si también como ambicioso, soberbio o vano. Solía confesar a los más cercanos que no daba nada de todo lo visto, oído, gustado, poseído en su agitada y reluciente vida por una hora de este recogido sentir, por una yarda de esta sosegada andadura.

La muerte le recogió madurado ya por la filosofía y por la fe.

Nuestro amigo era un lector fervoroso de los clásicos griegos y latinos. Se sabía de memoria páginas enteras de Platón, Cicerón o Séneca sobre el amor, la amistad, la vida o la muerte. Le recuerdo leyéndonos en voz alta párrafos del libro *De Amicitia*, del orador romano, en los que el cónsul Cayo Lelio Sapiens pondera su ejemplar amistad con P.C. Escipión Emiliano.

Se siente huérfano de él tras su muerte como nadie pueda sen-

tirse, pero no necesita medicina alguna: se consuela a sí mismo y con el consuelo de no caer en el error en que caen tantos tras la muerte de un amigo:

Nihil enim mali accidisse Scipioni puto: mihi accidit si quid accidit.

(Pienso que nada malo sucedió a Escipión (cuando murió); a mí me sucedió en todo caso, si algo de malo llegó a suceder).

La amistad une tanto a las personas, que los amigos ausentes están presentes, los pobres son ricos, los débiles fuertes, y, lo que es más difícil, los muertos viven (*mortui vivunt*). Escipión Emiliano, aunque súbitamente desaparecido, vive y vivirá siempre para su amigo (*vivit tamen semperque vivet*). Lo que Lelio amó en él no se ha extinguido precisamente, sino que se ha infinitado.

Otro amigo de nuestro amigo, Lucio Anneo Séneca, que llegó tan lejos en su estoicismo que se le tuvo por convertido al cristianismo, contempla con la misma serenidad la muerte de los suyos, y se arrepiente de que un día le abrumara el dolor por la muerte de su querido Anneo Sereno, víctima de unas setas venenosas.

Y si Átalo maestro del filósofo hispano-romano, pensaba que el recuerdo de los amigos difuntos es como ciertos frutos dulcemente agrios, a Séneca le resulta grato y suave:

... pues los tuve igual que si los hubiera de perder, los he perdido como si aún los tuviera.

Y al final de su epístola 63, nuestro Lucio Anneo nos reparte su última moraleja:

Consideremos, pues, carísimo Lucilio, que hemos de llegar presto a aquel lugar al que nos entristece que él haya llegado. Y es posible, caso de ser cierta la opinión de los sabios de que alguna mansión nos dará cobijo, que el que creemos haber perdido se nos haya adelantado.

Nuestro amigo, a quien hoy celebramos en su camposanto, también se nos adelantó en el morir y en el desmorir.

CAMPOSANTO AMIGO



MINEROS Y GANADEROS

Frente a una historia a menudo violenta y hasta sangrienta, el bello paisaje de Alduides concita los mitos griegos de Hermes y Pan. Banca es el tercer núcleo aldudarra: pueblo de ferrones antiguos y de ganaderos del siglo XXI.

Visité los Alduides —escribe José María Areilza—, *valle escondido del Pirineo, especie de cola de milano carpinteril en el trazado hispano-francés de los límites territoriales recíprocos.*

La cola carpinteril de la parte septentrional del País de Quinto se esconde entre la barrera de los montes occidentales, Argintzo, Lohiluz, Alba, Arguibel, Abrakou y Autza, y la oriental de Lindus, Achistoy, Laurigna, Adarza y Monhoa.

Observa tus montes y bosques hermosos —cantaba en versos sencillos y rimados Xalbador—. *Observa nadar a los peces en tus limpias aguas. Escucha a los pájaros cantar mañana y tarde, que enseñan a los otros cómo hay que cantar:*

*Beha zure mendi ta oihan ederreri,
zure ur garbietan arrainak igeri.
Entzun xoriak kantuz goiz ala astiri,
erakutsi beharrez kantatzen bertzeri.*

Yendo desde Alduides hasta San Esteban de Baigorri o volviendo desde Saint-Etienne hasta Alduides, Esnazu y tierras de Erro, entre peñascos y regatos, bosques y praderas, historias y leyendas de pastores y de contiendas de pastos, me ha venido a la mente aquel himno griego, probablemente del siglo V a. C., vigoroso y ágil, en honor de un dios desconocido por Hesíodo y Homero, original de Arcadia, de nombre Pan y etimología muy controvertida:

Háblame, Musa, del amado vástago de Hermes, el caprípedo, bicorne, amante del ruido, que va y viene por las arboradas praderas junto con las Ninfas, habituadas a las danzas. Caminan ellas por las cumbres de las rocas, camino de cabras, invocando a Pan, el dios pastoril de espléndida cabellera, desgreñado, bajo cuya tutela se hallan todas las nevosas colinas, así como las cimas de los montes y los senderos pedregosos.

Hermes, padre de Pan, es asimismo un dios pastoril por su capacidad de multiplicar el ganado, un dios de fertilidad. Lleva un carnero a la espalda —crióforo—, y tiene como sobrenombres el *guardián de ganado*, *ovejero*... Como en toda sociedad pastoril, el rebaño no siempre se acrecienta por medios legales, sino que el abigeato (hurto de ganado) ha sido un modo habitual de aumentarlo, no es de extrañar que Hermes sea a la vez protector de los ladrones de reses. Por eso mata al monstruo Argos, vigilante arquetípico, y es gran enemigo del perro, otro vigilante por antonomasia.

De casta le vienen, pues, a Pan sus cualidades:

Va y viene de aquí para allá por entre los espesos breñales, atraído a veces por las suaves corrientes de un río. A veces, por el contrario, vaga por entre los escarpados roquedales trepando hasta la más alta cima, atalaya de rebaños.

Traído y llevado por el himno pánico, mientras recorro estos pánicos paisajes pastosos, pastorigos y pastoriles, me olvido fácilmente de la historia. Pero sin historia no hay dioses, ni himnos, ni siquiera paisajes.

Y lo cierto es que voy y vengo por lugares de historias recias: hambres, robos, homicidios, incendios, odios, exilios, refugios, deserciones, refriegas, guerras, invasiones, tártagos y sustos de muerte...

Tan cotidianamente precaria debía de ser la situación de aquellos segundones baigorrianos, de los que vengo hablando, que en carta de 8 de noviembre de 1731 al obispo de Pamplona, monseñor Melchor Ángel Gutiérrez Vallejo, el de Bayona tomó la iniciativa de organizar el cuidado moral y espiritual de los nuevos aldudarras:

Hay un cantón común a las dos diócesis que es de una extensión bastante grande y suficientemente provisto de habitantes, que se llama los Alduides, que está muy alejado de las parroquias limítrofes. Estas pobres gentes están sin socorros, sin instrucción, y tienen que andar al menos tres leguas para oír misa, lo que hace que la mayor parte del tiempo no oigan ninguna.

Recuerda el obispo bayonense que los dos comisarios regios convinieron el año 1717 en hacer uso común de la capilla erigida en 1688 –que sustituía a otra provisional del siglo anterior–, contando con el permiso de los dos prelados. Pero todo quedó en nada al fin, al no haber ratificado los dos monarcas el proyecto de tratado. Por lo que propone al pamplonés que pueda decirse allí la misa las fiestas y los domingos y que la capilla quede como lugar sacro común para los súbditos de las dos coronas, con el título de Nuestra Señora de la Asunción de los Alduides; y, si quiere comentarlo con Su Majestad Católica, él lo hará con su Majestad Cristianísima.

Debió de sorprenderse y revolverse en su sillón el obispo de Pamplona. La documentación que ordenó allegar se refería a los baigorrianos de los Alduides como vasallos del conde Echauz, a quien pagaban las décimas; eran muchos y vivían *como gentiles* y aún *como indios montaraces*, por lo que necesitaban sobre todo instrucción y recepción de sacramentos. Las mismas fuentes achacaban al conde bajonavarro el haber impedido el entendimiento entre las dos Monarquías, con tal de *mantenerse como rey de aquellos pobres*.

El prelado pamplonés escribió al rey de España, Felipe V, explicándole la propuesta de su hermano bayonés, pero el rey prefería que se construyeran dos iglesias o capillas, una para cada territorio, lo

que la de Bayona le pareció imposible, dada la indivisibilidad del mismo, habitado indiferentemente por súbditos de ambas Monarquías.

Por si algo faltara, los vecinos de Baztán y de Erro se irritaron tanto, que no había más que ver: hacer dos capillas e iglesias –protestaron– afianzaría a los baigorrianos en los terrenos usurpados, se harían dueños de los pastos, podrían paralizar la fábrica de Eugui, o la quemarían tal vez, y levantarían edificios fuertes y no simples bordas; además, los altonavarros que vivían en los Alduides no necesitaban iglesias, porque tenían cerca las suyas: Valcarlos, Roncesvalles, etc.

Así que la iniciativa pastoral del obispo de Bayona quedó pronto archivada.

La carretera, que sigue siempre al río –Nive de Alduides o Noureppe–, se adentra con mayor dificultad que la corriente por la garganta lenta y profunda que agarrota a ratos al valle.

En uno de los recodos del rabión se guarece y resguarda el núcleo principal del municipio de Banca, que se separó del municipio madre de Alduides el año 1790 y que ahora ronda también los cuatro centenares de habitantes.

Encima de las piscifactorías, que se ubican en las dos orillas, y otros servicios de ruta, las viviendas se encaraman bajo el macizo de Adarza (1.250 m.), que tiene otro escalón inferior, el Minchondo. Enfrente, escalan, entre el frondoso bosque, las estribaciones del Abrikou y del Autza.

La iglesia es la casa más alta y pobre de todas, como ocurre ya en muchos pueblos de Francia y de otros países. El camposanto adjunto conserva varias lápidas de hierro colado en las herrerías locales.

En el frontón inferior juegan a mano un grupo de chicas al que acompañan dos monitoras. Probablemente están en algún campa-

mento cercano, de los muchos que vienen en verano por aquí. La antigua pared data de 1882. La nueva, de 1928: *Emazue gasteak ardua pilotan! Zeren den ederrena joko guztietan.* (Poned empeño, jóvenes, en la pelota/ porque es el juego más hermoso de todos).

Banca (nombre vasco-latinizado= fragua y vena de mineral) se llamó hasta 1873 *La Fonderie* (La Fundición), debido a la del mismo nombre, construida en 1745 por el suizo Beugnières de la Tour, y que producía, quince años después, 120 toneladas de cobre, del filón encontrado en el monte Astoescoria (escoria de burro). El nieto de aquél, M. de Meuron, la vendió en 1776, en plena decadencia. Las ruinas son fáciles de ver –hornos, chimeneas, muros desaparecidos entre yedras...– a orillas del río nival.

La producción se interrumpió porque el bosque cercano de Hayra no daba para más, el yacimiento se hizo insuficiente y la concurrencia iba en aumento. Otros intentos posteriores, (1823 y 1873) no tuvieron éxito. La tradición llega hasta los romanos, que explotaron por aquí filones de cobre y de plata.

También la tierra de Alduides es como la tierra de Arcadia, a donde llegó el raudo Hermes, *pródiga en veneros y madre de ganados, de áspero vellón.* Y, como allí, aquí también su hijo Pan a *todos les alegra el ánimo.*

SOL Y LUNA DE NAVIDAD

Todo un inmenso acervo, casi totalmente desconocido, de himnos, secuencias, cantos litúrgicos, canciones populares..., de santos padres, apologetas, juglares clarísimos, cardenales, obispos, abades prestigiosos, escritores ascéticos y místicos, filósofos y teólogos, como san Hilario de Poitiers, san Ambrosio de Milán, nuestro Aurelio Prudencio, Caelius Sedulius, Venancio Fortunato, Rábano Mauro, Paulino de Aquileja, Alfano de Salerno, Pedro Abelardo, Pedro el Venerable, Nokter Balbulus, Adam de San Víctor, Hildegarda de Bingen, Jacopone de Todi, Tomás de Kempis..., junto a cientos, tal vez miles, de graves o ligeros eclesiásticos y seglares anónimos, en escuelas catedralicias y monacales, conventos, parroquias, universidades, ciudades, villas, aldeas, iglesias, teatros, casas y caminos, que cantaron en versos clásicos o populares el Misterio de la encarnación del Verbo, de la Palabra de Dios, y su acampada entre nosotros.

Desde los primeros poemas, turgentes de inspiración bíblica, una imagen sobresale sobre todas: la imagen de la luz, del sol, símbolo de Cristo, Hijo del Padre, que viene a iluminarnos, a darnos vida, a guiarnos, liberarnos, recrearnos y acabarnos. *Un gigante solar* (salmo 18), *de doble naturaleza*— canta san Ambrosio (339-397)—, *sale alegre del pudoroso tálamo regio a recorrer alegre su camino*:

*Procedat e thalamo suo / Pudoris aula regis
Geminae gigas substantiae / Alacris ut currat viam.*

Y nuestro Aurelio Prudencio, nacido probablemente en Calahorra (348-c-415), el mayor poeta cristiano de la Europa de su tiempo, abre el primero de sus himnos natalicios cantando al Cristo-Sol, que nace en la tierra acreciendo el espacio de la luz, cuando el sol natural deja ya el estrecho círculo de su dominio:

*Quid est quod arctum circulum / Sol jam recurrens deserit?
Christusne terris nascitur / Qui lucis auget tramitem?*

El simbolismo del sol es desde los primeros testimonios humanos, tan multivalente como la realidad solar. Si no es el propio dios, el sol ha sido y sigue siendo para muchos hombres y pueblos una manifestación de la divinidad: hijo del dios supremo, ojo del dios, uno de sus ojos...

El sol inmortal, que engendra y devora a sus hijos, guía también a las almas de los hombres –psicopompo– a la luz de la vida, a través de las sombras de la muerte. Para unos, como Platón, es la imagen del Bien. Para otros, como los órficos, es la misma Inteligencia del mundo. Para Plutarco, símbolo de todo nacimiento.

El sol preside las religiones astrales. Su culto domina las antiguas grandes civilizaciones, con las figuras de los dioses-hombres gigantes, encarnaciones de las fuerzas creadoras, que el astro representa: Aton, Ra-Osiris, Baal, Mitra, Helios, Horus, Apolo...

En Palestina hubo también seguramente cultos solares, como lo sugieren varios topónimos y antropónimos (Sansón); determinadas particularidades litúrgicas; afirmaciones como la de Job de que nunca mandó un beso de adoración al sol y a la luna, fórmula ritual y

familiar, o tópicos literarios como el del salmo 19, que se encuentran ya, entre otras, en la mitología babilónica:

*En el mar levantó para el sol una tienda
y él, como un esposo que sale de su tálamo,
se recrea cual atleta, emprendiendo su carrera.*

Aunque la Biblia presente claramente al sol como una criatura de Dios y el yahvismo prohíba toda idolatría, la tentación del culto solar, por influencia asiria, encontró eco y manifestaciones propicias en la corte de Judá, que el rey Josías intentó en vano eliminar destruyendo, v.g., las estatuas de caballos (animal sagrado de Samas) erigidas en el templo.

Según la Biblia, el sol señala el día y lo preside; es fuente de vida y de calor; disipa la niebla; es a veces perjudicial para el hombre y la naturaleza. El sol testimonia sobre todo el poder de Yahvé, quien puede interrumpir en cualquier momento su curso.

Como en todo el Oriente, el sol es símbolo de justicia: *La luz de la justicia no nos alumbró*—dice el libro de la *Sabiduría* (5, 6)—, *no salió el sol para nosotros*. Y el profeta Malaquías (3, 20): *Para los que teméis mi nombre brillará el sol de justicia, con sus rayos saludables, y saldréis brincando cual becerros bien cebados fuera del establo*.

Desde los primeros tiempos los cristianos pusieron el nacimiento humano y virginal de Cristo en relación con su resurrección, manifestación suprema y punto final y decisivo de toda su vida. Cristo es el sol victorioso, *el primer nacido de entre los muertos*. La tumba es, como el seno maternal, la noche de donde sale el sol. *Sol de la resurrección, engendrado antes de la estrella de la mañana, dispensador de vida en sus rayos*, escribirá después el cultísimo teólogo y apologista Clemente de Alejandría (c. 150 - c. 216).

La vigilia de Pascua, la primera fiesta cristiana, es la noche del verdadero nacimiento cristiano, la noche de los nuevos bautizados renacidos de / a la gracia (presencia viva del Señor). El bautizado es *hijo de la luz* (carta de san Pablo a los de Éfeso, 5, 8), equivalente al

Helios-Páís (hijo del Sol), fórmula que encontramos en inscripciones funerarias.

En dos himnos primitivos, recogidos en el evangelio de San Lucas, escrito probablemente entre los años 70-80, se llama al nuevo Mesías *Sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, y Luz para alumbrar a las naciones*.

En el Oriente helenístico (Alejandría, Petra, Eleusis...) se celebraba, la noche del 5 de enero, el *Guenézlios Heliou* (natalicio del Sol y de otras divinidades solares). Los cristianos orientales celebraron también, por vez primera, a finales del siglo III, la fiesta del Nacimiento del Señor: aparición y manifestación de su luz y su amor divinos (Epifanía, Epifancia, Zeofancia), y pronto celebrarán junto con ella, y por los mismos motivos, el Bautismo de Cristo. El teólogo sirio san Epifanio (c. 315- 403), obispo de Constantia (Chipre), canta en uno de sus himnos:

*El Sol se eleva victorioso
con leves pasos misteriosos.
(...)
Vencidas son las tinieblas del invierno
símbolo de Satán, rey de los avernos.*

Como es bien sabido, la fiesta oriental de Navidad comenzó a celebrarse entre los cristianos occidentales casi al mismo tiempo que en Oriente, y con toda seguridad desde el año 354. Contribuyó no poco el que, tras varios intentos fallidos, el culto al *Deus Sol Invictus* (Dios Sol Invicto) y a otras divinidades solares se hizo por fin oficial en tiempo del emperador Aureliano (270-275). La traslación del 6 de enero –la fiesta navideña todavía hoy en los Países de fe greco ortodoxa– al 25 de diciembre se debe al desplazamiento del solsticio de invierno, procedente de la tradición egipcia, llevado a cabo por el astrónomo alejandrino Socígenes y puesto en práctica por Julio César en el llamado calendario juliano, el año 46 a. C.

La cueva de Belén, donde el doctor y padre de la Iglesia san Jerónimo (c.347-420) estuvo tantas veces, fue antes, según él nos cuenta, un santuario de Apolo desde el tiempo del emperador Adriano. El santo, hombre de letras, exegeta, teólogo, historiador, secretario del papa Dámaso, que vivió ascéticamente sus últimos años en Belén, donde murió, escribe en unas de sus cartas: *En la gruta donde un día lloró Cristo niño, han resonado los cantos quejumbrosos sobre el amante de Venus*. Además, como buen romano (romano de Dalmacia), defiende la fecha elegida por la Iglesia de Occidente, que hasta le parece más acorde con la creación: *La luz crece, las noches se debilitan. El día se agranda, el error disminuye, la verdad se levanta. Porque este día nació por nosotros el sol de Justicia*.

Todavía, mediado el siglo V, el papa León reprendía a los cristianos que, el día de Navidad, desde las escalinatas de la basílica de San Pedro, inclinaban su cabeza ante la salida del sol: *sol novus* (el nuevo sol del año nuevo).

El simbolismo de la luna en la literatura universal es frecuentemente, no siempre, correlativo con el del sol.

La luna es también símbolo eficaz de los ritmos biológicos y vitales de hombres, animales y plantas; del tiempo que dirige y llena de realidad todos los planos cósmicos regidos por la ley del devenir: aguas, lluvias, vegetación, fertilidad...

El astro rey de la noche, que *muere* tres noches cada mes, es el símbolo del paso de la vida a la muerte y de la muerte a la vida. En algunos pueblos sirve de mansión inmortal de los hombres privilegiados. *La luna* —escribe Plutarco— *es la morada de los hombres buenos después de su muerte*. Allí viven despreocupados hasta su muerte segunda, que preludia el nuevo nacimiento.

Fuente de numerosos mitos y mitologías, la luna —con género masculino en muchas lenguas— ha dado cuerpo a divinidades como Isis, Ishtar, Artemis, Diana. Hécate..., figuras diversas de la Gran Madre (*Magna Mater*).

Las religiones cananeas promovieron en Palestina cultos lunares, con numerosas divinidades de todo género. El Antiguo Testamento se subleva contra el culto a la luna, que es sólo una criatura de Dios. El rey Josías tuvo que emplearse a fondo contra esta idolatría, unida a otras similares. El profeta Isaías vitupera a las hijas de Sión que llevan alhajas en forma de media luna.

En la Escritura Santa ella es la lumbrera menor creada por Dios para presidir la noche y distinguir los días, las estaciones y los años. El calendario hebreo, como otros orientales, tiene un origen lunar. Blanca y bella por su luz, es símbolo de perennidad y regularidad por el ritmo de sus fases e influye en el destino del hombre, especialmente en su salud, y también, naturalmente, en sus cosechas, *los frutos de las lunas*.

La luna oscurecida es señal de la ira divina y al final de los tiempos se volverá roja como sangre. En el libro del *Apocalipsis* (Revelación) sirve de pedestal a la Mujer (el Pueblo de Dios). En los tiempos mesiánicos, según Isaías, fulgirá como el sol, pero ya no será necesaria en la Nueva Jerusalén.

Entre los griegos, los pitagóricos afirmaban que la luna (*Seléne*) quedó encinta de la luz del sol (*Hélios*) y llegó así a ser “señora de la vida” (*tu biu kyriatáte*), en expresión de Plutarco. Y el divino Parménides sostenía que la luna, *de ojos redondos, es de fuego y que vuela siempre su mirada hacia los rayos del sol*.

Para Empédocles de Agrigento, la bienhechora luna (otros traducen *dulce y rica de gracia*), la de ojos brillantes, es un disco de aire congelado que recibe la luz del sol, su señor, y nos manda su luz tenue y femenina. Ella es a la vez la mediadora entre la noble luz de Hélios y la oscura Tierra, entre el mundo espiritual de los astros y la materialidad de los elementos terrestres. Dispensadora del agua, es principio de toda maternidad y todo nacimiento. Plotino, más cercano, en la quinta de sus *Enéadas*, compara a Dios con la luz, al Logos con el sol, al alma humana con la luna.

Los Padres (teólogos) católicos griegos se inspiraron, en gene-

ral, en esta cosmología y desde su fe en el misterio cristiano añadieron desde un principio a su interpretación simbólica del sol, como figura de Cristo, la de la luna como figura de María su madre. Así entendieron, por ejemplo, el pasaje del *Apocalipsis* sobre la Mujer vestida de sol y la luna a sus pies.

María ha engendrado al Sol que es Cristo, y la Iglesia es iluminada por el esplendor de la Pascua, cuando los nuevos cristianos salen del seno materno del agua bautismal para marchar hacia el plenilunio de la futura Resurrección. María y la Iglesia son esa Luna pascual por su función auxiliar y mediadora al servicio del hombre.

Se debe al mayor de los Padres latinos, san Agustín de Hipona, la identificación de María-Iglesia en el capítulo 12 del último libro bíblico, y de la Navidad-noche de Pascua en la explicación del misterio de la luz solar nacida de la Madre del Verbo. Así lo pintarán, los siglos posteriores, en sus códices los *Beatos* y así lo testimoniarán las deliciosas figuras de Herrad de Landsberg en el *Hortus Deliciarum*.

El nacimiento nocturno de Jesús, *sol novus*, en la noche más larga del año solar, es una muestra más de la humillación extremada al descender desde el cielo de su Padre, en la luz de la existencia infinita, hasta el seno virginal –pura gracia– de una mujer.

Ahora entenderemos mejor la citada estrofa de san Ambrosio, glosa cristiana al salmo 18:

*Procedat e thalamo suo
Pudoris aula regis...*

María es la madre-novia; su seno, la alcoba real, y su parto, un amanecer del sol navideño.

San Pedro Crisólogo (palabra de oro), doctor de la Iglesia y arzobispo de Ravena (406-450), escribirá una frase que vale por un poema: *Transcursis anni metis dies dominicae Nativitatis adventat et virgi-*

nei partus fulgor toto orbe diffunditur flammineo corusco. (Trascurridos los plazos, llega el día de Navidad y el fulgor del parto virginal se derrama por todo el mundo con resplandor de hoguera).

Y en las miniaturas preciosistas de colores paradisíacos, al pie de la imagen de la Madre virginal se repetirá durante toda la edad media este verso loco y sabio a la vez:

Luna fovet Solem / cui Sol dedit ipse nitorem.

(La Luna alumbra al Sol / que le dio la brillantez que ella tiene).

Cientos y hasta miles de canciones latinas, en todos los metros, lo proclamarán durante diez siglos. La titulada *In rosa vernal lilium* (s. XIII), registrada en el rico cancionero manuscrito de Pedro de Medicis y también en el código matritense, lo salmodia en pura rima consonante:

*Ex luna solis emicat
Radius eluscescens,
Mundanis solem indicat
Luna nunquam decrescens.
Hic sol, dum lunae jungitur,
Neuter eclipsim patitur,
Sed est plus quam nitescens.*

Desde la luna brilla un rayo lúcido de sol. La luna que no decrece señala el sol a los hombres. Mientras este sol se une a la luna, ninguno de los dos sufre el eclipse, sino que esplenden mucho más.

Así que los autores de los primeros poemas sobre la Navidad en las varias lenguas nacionales europeas, no sólo romances, tienen ya

SOL Y LUNA DE NAVIDAD

muchas lecciones aprendidas. Nuestro inmenso Lope de Vega, el más grande de los poetas navideños de todo el mundo, que conoce muy bien a sus antecesores latinos, echa mano de la metáfora solar en numeroso villancicos:

*Buscaban mis ojos
la Virgen pura:
con el sol en los brazos
no ví la luna.*

Otras veces prefiere comparar a María no con la luna, sino con la estrella de Jacob, con la estrella de Belén, o, más certeramente poético, con el alba, como en estos versos deliciosos, sabidos por todos:

*Campanitas de Belén,
tocad al alba, que sale
vertiendo divino aljófara
sobre el sol que de ella nace,
que los ángeles tocan,
tocan y tañen.*

¿Cómo no intentar expresar, desde la misma aparición del hombre sobre la tierra, lo sublime trascendente por medio de lo más hermoso, poderoso y alto, del universo?



LA SOMBRA DE LOS AZPILCUETA

Los cinco barrios que componen Azpilcueta, en el cuartel de Baztangoiza (Alto Baztán), se acomodan como pueden en el halderío abarrancado que desciende desde los montecillos umbrosos de Unboto, Eskitz, Achuela y Larro.

Contemplándolos de nuevo, siento parecida emoción a la que debió de sentir el célebre biógrafo de Francisco de Javier, Georg Schurhammer, cuando llegó por vez primera al Baztán. No se puede decir mejor en boca de un erudito jesuita alemán: *Valle de arroyos de incesante murmullo, jugosas praderas siempre verdes, manzanales y castaños, hayedos y robledales, confortables caseríos pintados de blanco y bordados de rojiza piedra arenisca, con sus balconajes de madera y ajedrezados escudos de piedra sobre la entrada en señal de nobleza.*

Pasado el río Maya, primer tramo del Baztán-Bidasoa, subimos hacia Elizegui, el núcleo principal del lugar baztanés de Azpilcueta. Esto de Elizegui debe de ser poco popular, porque varios paisanos que encuentro no saben qué es. Ellos lo llaman Azpilcueta sin más.

A la vera del arroyo Arburu, marchamos entre pinos alerces, castaños, robles o avellanos. Pasamos por el minúsculo barrio de Arbiltoa- Arribiltoa, barrio de cuatro casas, donde la casa Garcinea, la más aparente, es una muestra de las muchas casonas que veremos

en todos los barrios: ancha fachada a dos aguas, *gorape* (sotechado, porche) de medio punto y un hueco a cada lado, pequeño balcón o tres ventanas en el primer piso, donde suele estamparse un pequeño escudo con el ajedrezado baztanés; un balcón corrido, generalmente de madera, en el segundo piso, con tiestos floridos y tres huecos, y, bajo el caballete, otro más. A veces los arcos centrales son dos, como en Caracoechea (barrio de Apaioa), o sobre el balcón corrido hay otro pequeño balcón, pegado al caballete, como en Dolarea (barrio de Urrasun), o el balcón superior lleva entramado de madera, como en Iriarte (también en Apaioa), o el arco de entrada es abocinado, como en Aguerrea (barrio de Zuaztoy).

En torno a la iglesia gallarda de San Andrés, la calle Mayor de Elizegui se tuerce hacia occidente, prieta de casas de piedra rosada y caleadas, entuñadas de flores, puertas adinteladas y aleros volados: Echartenea, Marimotzenea, Elicecheverría, la Posada (naturalmente sin escudo, y con un contenedor en la puerta), Migueltonea (con escudo al revés), Elizacoechea, Echeargaraia ... Varias de ellas, junto a otras de otros barrios, tienen el cuadratín correspondiente en el cementerio alto del pueblo, inclinado de oeste a este y recostado bajo el flanco oriental de la ermita dedicada a San Fermín: *Fermin Sainduaren Ermita*. Sólo por excepción aparecen nombres de personas concretas en algunos panteones o lápidas. El fosario correspondiente a Casa Dorrea lleva fecha de 1914.

En lo alto del poblado (367 m.), junto al reciente colegio público *-Ikastetxe Publikoa-*, lindando con el monte de robles del país, robles americanos, avellanos y hayas, se planta la casa llamada Dorrea (la Torre), latinismo vasconizado que siempre alude a una casa-fortaleza, aunque sea muy anterior. El blanquecino escudo barroco, entre leones y ángeles, con jaquelado baztanés y mitra episcopal, representa más bien la casa reedificada en el siglo XVIII. Sobre el balcón corrido en el segundo piso, de leño, con vano grande y dos pequeños laterales abiertos, campea un Víctor de madera (o escudo,

como le llaman hoy sus moradores), batido y desdibujado por los elementos, al parecer con símbolos episcopales (¿un capelo?).

Y es que en esta casa nació, en 1682, Martín de Elizacoechea. Colegial, doctor y catedrático de filosofía en la universidad de Alcalá, ocupó varias dignidades capitulares y otras responsabilidades eclesiales en la catedral y ciudad de Méjico. Fue nombrado obispo de Durango en 1735 y de Michoacán diez años más tarde. Se fue de este mundo el año 1756. A él se debe sin duda la reedificación de su casa natal.

La recientemente restaurada Dorrea deja ver en la parte inferior de la fachada en hastial una franja de piedra, mientras la cal cubre el resto de la mansión. La casona tiene a un lado una pequeña y exenta borda de piedra, que parece servir ahora de almacén y garaje, y un cuerpo posterior añadido para cuadra y silo, con dos puertas, una inferior y otra superior. Junta a ésta última pasa el camino hormigonado que lleva al depósito de aguas, y, más arriba aún, un vía crucis, con cruces de piedra, hasta el cementerio.

En el extremo occidental de la fachada, como ocurre en la primera casa de otros pueblos, se lee en letras azules sobre cerámica blanca: *Provincia de Navarra. Partido Judicial de Pamplona. Valle de Baztán. Barrio de Azpilcueta*. El gorape cobija la puerta de medio punto, precedida de tiestos con geranios floridos y calas. La puerta tiene clavos de forja y picaporte. En una pequeña placa ovalada, una advocación en torno a la figura de la Virgen: *Ave María Purísima, sin pecado concebida, rogad por nosotros, que recurrimos a Vos*. En el primer piso hay un balcón pequeño con ventanal, entre dos ventanas laterales, y puertaventanas de color marrón.

Junto a la entrada hay dos coches. Un pino grande monta la guardia en la esquina oriental de la vivienda. Cercana, la huerta rudimentaria con unas cebollas y unas acelgas, y detrás el monte.

A petición del entonces rector de Azpilcueta, Martín de Eche-
nique, el obispo baztanés-mejicano, nacido en esta casa, donó 6.000 pesos para reedificar la iglesia del lugar, muy deteriorada, nueva iglesia que es la que hoy podemos admirar, con sus cinco retablos de estilo rococó, de exquisita ornamentación, y varias esculturas de Luis

Salvador Carmona, entre ellas, la muy lograda del santo titular y la de su acompañante San Francisco de Javier. Sobre un muro del presbiterio cuelga un lienzo con el retrato del prelado donante y la leyenda con algunos de sus títulos. La iglesia se reconstruyó hacia 1752, y hoy acaba de ser restaurada y embellecida, pero en ella ya no se ve el escudo de los palacianos de Azpilcueta, que campeaba en la primitiva, por ser patronos de la misma.

Al otro lado del camino-carretil se abre la portada de Dorreberria (torre nueva), en lo más alto de la pendiente, encima de prados de siega, separados por vallas de alambre o de lajas,alzada sobre las ruinas del solar fortificado de los Azpilcueta, que mandó desmochar el regente cardenal Cisneros en 151

Es un caserío a cuatro aguas, de sillarejo y sillar, de color rosado, con puerta adintelada, que da al norte. En el dintel está pintado el número 4, en color negro sobre blanco, y resalta, escrito también en piedra, el año 1741.

Desde aquí se domina bien la cubeta verde y armoniosa del Alto Baztán, entre el Auza y el Gorramendi: los barrios de Azpilcueta: Elizegui, Apaioa y Arbiltoa (Arribiltoa), y los caseríos sueltos o apiñados de los barrios de Arizcun –en primer término, el barrio industrial de Ordoqui– y Errazu, cuyos núcleos blancos hacen un lindo juego estético con los verdes sempiternos de las praderas y los colores madurados del otoño.

En el primer piso de cada lado de Dorreberria se abren dos o tres vanos de ventana, en el segundo un ventanuco, mientras en la entreplanta se rasgan en cada uno de los flancos laterales dos pequeños huecos en forma de saeteas. No hay rastro en los huecos de hojas de madera o de cristal. El alero se resiente en varios puntos y hay un cierto desorden en el tejado. Un haya añosa, de tronco retorcido, resto sin duda de una arboleda antigua, resiste aún junto a la pared occidental. En las vertientes sureña y oriental, unas tablas irregulares de hortalizas, propiedad de un vecino, y algunos cerezos y nogales. A los dos lados de la portada corre una pequeña cerca de piedra, que separa al viandante de los prados aledaños, abierta sólo en el lado del poniente por una cancilla de barrotes de hierro con cerrojo.

¿No es éste el palacio de los Azpilcueta que pensaba edificar

desde sus ruinas –casi arruinado– su propietario el conde de Javier, Antonio Idiáquez, cuando en 1735 vendía a tal fin heredades y censos en el lugar de sus antecesores? ¿O es que el primitivo caserón era algo mucho mejor que la casa actual, salvo las almenas abatidas, en este altozano baztanés?

Dos señoras de casa Dorrea me dicen desde el balcón pequeño que Dorrebarria lleva vacía hace muchos años, que nunca han conocido moradores en ella, y que, no se sabe cuándo, vino una señora de Madrid diciendo que iban a restaurarla

–Que iban a arreglarla o así, eso dijeron.

Los Azpilcueta o Azpilcoeta de Baztán no proceden ni de Carlomagno ni de los tiempos de Carlomagno, como fantaseó el doctor Navarro, a quien siguen algunos biógrafos del santo de Javier. El primer palaciano de Azpilcueta fue, según el historiador capuchino P. Germán Sánchez de Pamplona, Juan García I, nacido c.1330, al que le sobrevivió una hija, casada con García Ibáñez de Hualde, merino de las Montañas y alcaide de Gorriti. Su sucesor se llamó Juan García II (1384-1431), que heredó los cargos de su padre, aunque no sabía –¿como él?– ni leer ni escribir.

A Juan García II le sucedió su hijo Juan Ibáñez (1431-1462), bisabuelo materno de Francisco de Javier. Uno de sus dos hermanos, Miguel de Azpilcueta, capitán casado en Sada, fue el abuelo del *doctor Navarro*.

El secundogénito de Juan Ibáñez, Martín de Azpilcueta, su heredero, por muerte del primogénito, en el palacio *nuevo y almenado* del homónimo lugar baztanés (1463-1502), fue un activo milite agramontés en el Baztán-Bidasoa, junto con los Zozaya y Bergara, contra el Príncipe de Viana, y al servicio de Juan II de Aragón y de Navarra.

Agradecido el rey a sus favores, le reservó el señorío de Javier, arrancado a los Artieda, beamonteses de pro, por el azor agramontés Pierres de Peralta. No era nada nuevo. Charles de Artieda, condot-

tiero de raza, se lo había arrancado poco antes con otro golpe de mano a los Aznárez de Sada, herederos del primer señor de Javier. Allí había colocado el caudillo beamontés a su hermano menor Alonso, quien se ganó, de un modo u otro, el amor de la bella anónima, heredera del castillo, al decir de José María Recondo.

El genio de la guerra Pierres de Petralta había hecho transitoriamente (1461-1462) a su valiente conmillitón Azpilcueta *alcayde de Maya y baylse del Valle del Baztán*. En Javier casó Martín (1463) –no había conquista bélica sin conquista erótica y hereditaria– con María Aznárez de Sada, de la que pronto enviudó, y, tras obtener dispensa pontificia, llevó al altar a la hermana de aquélla, Juana, nacida en Javier, llamada unas veces Juana de Chabier, y otras, Juana de Sada, Juana Alfonso o Juana Aznárez, todo menos Juana de Artieda, oprobioso apellido.

De aquel matrimonio lustroso de apellidos hidalgos nacieron María de Azpilcueta, madre del santo, y su hermana Violante, la futura y omnipresente tía del castillo. El palacio de Azpilcueta quedó así unido definitivamente a la casa de Javier. La luna renversada de los Aznárez de Sada quedó ajedrezada de blanco y negro con el jaquelado baztanés de los Azpilcueta. Tres hermanos de Martín, salidos del mismo nido baztanés, fijaron su residencia en Lezaun, Cáseda y Echagüe.

Hacia el año 1477 enviudó Martín, primero consorte y después señor de Javier. En 1488 su primogénita María, la heredera y hasta entonces tutelada por su padre, casó con el presidente del Consejo de Navarra, Juan de Jaso, llamado *el Doctor*. Dos años más tarde, el antiguo alcaide de Maya y de Javier recibió de los reyes de Navarra la alcaidía del castillo de Monreal, a donde se trasladó a vivir.

En 1499, buscando compañía para su vejez y probablemente

heredero para el solar solitario de Azpilcueta, casó con Isabel de Echauz, del palacio vizcondal de Baigorri, hija del vizconde Tomás y de Susana de Agramont. Pero el heredero no llegó y sí, tres años después, la muerte al que fuera alcaide de tres castillos navarros. Isabel volvió a pasar el puerto de Izpegui, pero esta vez cargadas las mulas con los cofres llenos de platas, camas de ropa, cadenas de sortijas y joyas, más otras lindezas del pobre Martín, más de dos mil florines de moneda.

No contenta con ello, la rica viuda baigorriana insistía, muchos años después, ante los tribunales y exigía a los nietos mayores del abuelo Martín residentes en el castillo de Javier el pago del *doaire* de 200 florines, *por quanto el doaire y amejoramiento no se da, ni se prometió del dicho Martín de Azpilcueta por causa ni respecto a la dote, antes prometió de dar y se da por causa y a contemplación de la virginidad y desflo-ramiento della tan solamente y no por otra cosa.*

La torre *muy gentil* de Azpilcueta fue abatida por orden del cardenal Cisneros en 1516, igual que el castillo de Javier y la casa de Pamplona. En el primer caso el alcaide de Maya, Antón Alguacil, fue el encargado de la demolición. En el verano de 1519, María de Azpilcueta, señora ya de Javier, envió al rey Carlos dos memoriales, pidiendo, entre otras cosas, la indemnización de 4.000 ducados por los daños y demoliciones de sus casas de Javier, Azpilcueta y Pamplona.

El rey remitió el asunto a su Consejo en Pamplona, y, en enero de 1520, Juan de Azpilcueta, por orden de su madre, presentó memoria detallada de los daños, pidiendo 2.300 ducados por el abatido solar baztanés. El virrey, duque de Nájera, por el contrario, tasaba los daños causados en la fortaleza tan sólo en 200 ducados.

Desde octubre de 1521 hasta la voladura del castillo de Maya, el 2 de agosto del año siguiente, Miguel (Miguel de Xavier), el primogénito de María, y Juan, su hermano, dominaban desde su casa de Azpilcueta, aun con la torre desmochada, todo el valle de Baztán.

Acechaban al enemigo, tejían redes de confidentes, montaban guardia en los pasos fronterizos, pasaban y repasaban la muga, o se encerraban en la fortaleza de Maya.

A pesar de la devoción de muchos baztaneses a sus reyes, los capitanes agramonteses no las tenían todas consigo. Se quejaban los habitantes del Valle de que algunos guardas de los puertos les hicieran pagar la entrada de cargas de trigo, o de que los capitanes hicieran prisioneros en los lugares del Baztán, cometiendo contrafuero por no remitirlos *al comisario ordinario y alcalde de la tierra...*

En 1687 no fueron los condes de Javier –regalados con ese título en 1625 por el rey Felipe IV, a los tres años de la canonización del santo– los que levantaron la ermita en el barrio de Apaioa o Apayoa, del lugar de Azpilcueta, sino un hacendado del mismo barrio, Juan de Labaqui, natural de la casa homónima, Labaquia, y vecino entonces de Puerto de Santa María (Cádiz), *por la devoción que tiene al glorioso apóstol de la India y Japón (...) y para consuelo y devoción de sus moradores en dicho lugar, como engendrado en dicho lugar*. Fue esto último un lugar común en el pueblo y en todo el Baztán, pero sin fundamento alguno, como hemos visto más arriba.

El barrio de Apaioa se ve bien desde Dorreberria. Es el barrio más occidental de Azpilcueta, con casas en ringlera, de norte a sur y de sur a norte, algo menos nucleado que Elizegui y muy parecido a Zuaztoi, con imponentes casonas baztanesas y dos *casas rurales* en el extremo sur. Debajo del viejo lavadero y del asca de la fuente, entre las casas Lapicea e Iriarte, a la vera del camino-carretil, está la ermita del santo, con puerta septentrional adintelada: una sencilla nave con cubierta a dos aguas, techo de madera y muros de sillarejo y de sillar, que forman un pórtico. Lo preside un retablo barroco del siglo XVIII, con talla barroca popular del santo, rodeada de tres lienzos de flores de la época. Cuatro bancos de madera oscura en el interior. En 1999 fue restaurada, igual que la de San Fermín, y se escribió sobre la viga alta y horizontal del pórtico: *Francisco Javier Sainduaren Ermita*.

LA SOMBRA DE LOS AZPILCUETA

El sol de otoño se ha hecho sepia en los robles del país; bermellón en los robles americanos; gualda en los pinos alerces; tabaco en los plátanos; oro depurado en los arces y tilos; ocre, cobre, amarillo y carmesí en los hayedos de Baztangoiza. Unas nubes bajas echan un velo respetuoso al viejo busto del Auza, mientras los helechales del Gorramendi se vuelven cárdenos, como ésos que suele pintar, en recreación violenta, Ana Mari Marín.

Por aquí camparon los Azpilcueta, bisabuelos, abuelo, y nietos. Pero ya no se oye el relincho de los caballos, el chirrido de carros y cañones, o el temblor del acero de las espadas. Tan sólo el inocente tintín de las esquilas. Anillos de ovejas pastan y pastan por las laderas de las colinas otoñeadas de Baztangoiza.



ÍNDICE

Crónica de la nieve	7
En Etxarri-Aranatz, tras Jesús Ulayar	13
Artaza y Urrea	19
Viernes Santo en Cintruénigo	25
De Carcastillo a Gallipienzo	31
En San Miguel, con Bernardo Echapare	37
San Miguel en Osquia	49
Romería de Santa Cruz en Solchaga	55
El cabrero de Gallipienzo	61
Usi, Belzunce y Marcalain	71
Primavera en el Valle de Yerri	79
Romería en Santa Fe	85
De Lepoeder a Roncesvalles	91

El Rocío de Rada	95
De San Vicente a Puyo	101
Procesión del Corpus en Etxauri	107
Toro sanferminero	113
La antigya y nueva Villafranca	119
Real Fábrica de Orbaiceta	129
Grafitos y pintadas	139
El bosque animado de Orgui	145
La viña y la bodega	153
San Miguel in Excelsis	157
Camposanto amigo	169
Mineros y ganaderos	175
Sol y luna de Navidad	181
La sombra de los Azpilcueta	191

POR NAVARRA

Títulos publicados:

Tomo I: DE LEYRE A MAÑERU

Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA

Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES

Tomo IV: DE FITERO A LARRA

Tomo V: DE ABLITAS A LESAKA

Tomo VI: DE PAMPLONA A AEZCOA

Tomo VII: DE BAZTÁN A TUDELA

Tomo VIII: DE VALCARLOS A SANGÜESA

Tomo IX: DE IRAIZOZ A PADERBORN

Tomo X: DE JAVIER AL SAHARA

Tomo XI: DE LIZOAIN A TAFALLA

Tomo XII: DE TORRALBA A LAS BARDENAS

Tomo XIII: DE ETXARRI-ARANATZ A BAZTANGOIZA

